

CURSO

DE

HISTORIA DE ESPAÑA

PARA USO DE LOS INSTITUTOS Y SEMINARIOS,
COLEGIOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA Y ESCUELAS NORMALES,

POR

DON BERNARDO MONREAL Y ASCASO,

Doctor en Filosofía y Letras,
Catedrático de Geografía é Historia, Individuo correspondiente de la Academia
de la Historia; Id. numerario de la Sociedad Geográfica de París;
Abogado del Ilustre Colegio de Madrid; Académico de la Matritense de Jurisprudencia
y Legislación, y miembro de otras sociedades científicas y literarias.

OBRA APROBADA PARA TEXTO
POR EL REAL CONSEJO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

SEGUNDA EDICION

NOTABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL MISMO AUTOR.



ESCUELA POLITÉCNICA SUPERIOR
BIBLIOTECA

R 534
K123/3178
D103/4064

MADRID,

IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARDAG Y C.

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1875.

Esta obra es propiedad de su autor, quien se reserva todos los derechos que le conceden las leyes de propiedad literaria y los tratados internacionales vigentes.

Se hallará en Madrid, en las *principales librerías*, á 22 rs. rústica y 26 holandesa.

En Provincias: *Alicante*, librería de Ibarra.—*Avila*, de García.—*Barcelona*, de Puig.—*Bilbao*, de Emperaile.—*Búrgos*, de Rodríguez Alonso.—*Cabra*, portería del Instituto.—*Cádiz*, librería de la Revista Médica.—*Canarias*, portería del Instituto de La Laguna.—*Castellon*, librería de Rovira Hermanos.—*Córdoba*, de Lozano.—*Cuenca*, de Mariapa.—*Granada*, Sabatel.—*Habana*, de Lopez y Compañía.—*Huesca*, de Lino Martínez.—*Jaen*, portería del Instituto.—*Jerez*, librería de Bueno.—*Málaga*, de Moya.—*Mallorca*, de D. Pedro García.—*Murcia*, de Riera.—*Pamplona*, de Labastida.—*Salamanca*, de Oliva.—*Santiago*, de Escribano.—*Sevilla*, de Geofrin é Hidalgo.—*Valencia*, de Aguilar.—*Valladolid*, de Hijos de Rodríguez.—*Vitoria*, de Robles.—*Zaragoza*, de la Viuda de Heredia.

En las mismas se hallarán las siguientes

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Curso de Geografía. Un tomo en 8.º mayor, á 26 reales holandesa.
Geografía de España. Un tomo en rústica, 4 reales.
Atlas de Geografía moderna. 5 id.

ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICION.

Hacia algun tiempo que teníamos hechos varios apuntes de nuestra Historia, los cuales conservábamos, dudosos de su publicacion, y más cuando, enseñándose la asignatura en pocas lecciones, acompañadas al curso de Historia general, parecian suficientes las ligeras nociones que de la Historia de España agregaban tambien los autores á los textos de aquélla. Mas al aparecer la última reforma de nuestros estudios, la cual destina al de la Historia de España un curso entero, y éste en el quinto año, cuando ya los alumnos pueden oir explicaciones más que de niños, no dudamos, sobre todo al ver que carecíamos de libros *ad hoc*, en comenzar á redactar el que tenemos la honra de ofrecer al público.

Respecto al número de lecciones que abraza el libro, teniendo en cuenta los reglamentos, como que éste no ha sido más que un ensayo, no negarémos que ha salido excesivo y que algunas sean tal vez demasiado extensas.

Por lo tanto, hemos dejado su correccion para una edicion segunda, si el público recibe este nuestro nuevo trabajo, que dedicamos á la enseñanza, con la benignidad con que ha acogido el primero que hace algunos años tuvimos la honra de publicar.

ADVERTENCIA DE ESTA EDICION.

A lo ántes dicho debemos añadir que, si bien nos parece el libro algo extenso para un curso de lección alterna, no obstante, en la dificultad que hemos encontrado al tratarlo de reducir, hemos preferido dejarlo así y añadirle un *Resúmen* de todo el texto, que, dividido en el número de lecciones en que suelen enseñarse las asignaturas alternas, pueda al mismo tiempo servir de *programa* para quien tenga por conveniente aceptarlo; por cuyo medio creemos dejar el libro útil, tanto para la enseñanza de los Institutos, como para la de los establecimientos que la necesiten más extensa, así como también para toda clase de personas.

CURSO

DE

HISTORIA DE ESPAÑA.

EDAD ANTIGUA.

LECCION PRIMERA.

TIEMPOS PRIMITIVOS.—LOS IBEROS.—LOS CELTAS.—COSTUMBRES DE ESTOS PUEBLOS.—COLONIAS FENICIAS.—SUS RELACIONES CON LOS NATURALES. COLONIAS GRIEGAS.—CULTOS Y ARTES QUE INTRODUCIERON.—COLONIAS CARTAGINESAS.—RELACIONES CON LOS NATURALES.

Tiempos primitivos.—El origen é historia primitiva de España están envueltos en la oscuridad de los tiempos más remotos, pues todo lo que se ha dicho de Túbal y Társis, como primeros pobladores, carece de fundamento que pueda resistir á la sana crítica.

Los iberos.—Segun las mejores investigaciones históricas, la primera raza conocida, que se estableció en este país, parece ser la de los *iberos*, procedentes de la Iberia oriental.

Los celtas.—Después de los iberos vinieron los *celtas*, quienes se mezclaron con los primeros en el centro de la Península, resultando el pueblo *celtibero*, mientras otros iberos, replegados en el Norte del Ebro se conservaron puros y han continuado así con el nombre de vascongados ó vascos.

Costumbres de estos pueblos.—Divididos en tribus independientes, sus costumbres debían ser más ó ménos groseras

ó rústicas, según habitaban las ásperas montañas del Norte ó las fértiles y risueñas comarcas del Sur y litoral del Mediterráneo. Amantes de su independencia y diestros en su táctica militar, los primeros defendían sus viviendas hasta morir, pues se daban la muerte ántes que dejarse caer en poder del enemigo; y tan frugales en sus alimentos como sencillos en el vestir, adquirían una robustez especial, que, con su carácter guerrero, los hacía semejantes á los espartanos. Méenos toscos y agresivos los otros, presentaban costumbres más suaves y accesibles, y no tan adictos á sus viviendas, hacían acaso algun comercio con los habitantes de las costas de Italia y litoral africano (1).

Así debieron vivir por algunos siglos los españoles, más ó ménos felices, pero independientes, hasta que sucesivamente fueron desembarcando en sus costas los *fenicios*, *griegos* y *cartagineses*.

Colonias fenicias.—Los *fenicios*, pueblo esencialmente comercial, y habitante en la costa más oriental del Mediterráneo, después de establecer varias colonias por las demas costas de este mar, arribaron también á las meridionales de España, donde fundaron á Gadir (Cádiz), 1500 años ántes de J. C. Mas no contentos con este su primer establecimiento, se corrieron luego por la costa y el interior de la Bética; y Málaga (Málaga), Hispalis (Sevilla) y Córdoba (Córdoba) con otras, les debieron también su fundación.

Sus relaciones con los naturales.—Establecidos en estos puntos, la fama de las riquezas que su suelo encerraba les excitó á establecer relaciones comerciales con los naturales del interior, recibiendo de éstos grandes cantidades de metales preciosos en cambio de otros efectos, probablemente muy inferiores en valor, que de los talleres de Tiro les traían aquellos especuladores (2).

Colonias griegas.—Unos seis siglos después que los fenicios, aparecen en España los *rodios*, griegos establecidos en la isla de Ródas, los cuales, arribando á las costas más orientales, fundaron á Rhoda (Rosas). También, según algunos, fueron

(1) Entre las varias obras sobre este punto de nuestra Historia, citaremos sólo el libro titulado *Los vascongados*, por D. Miguel Rodríguez Ferrer, quien cita á su vez los principales escritores que sobre la procedencia de éstos se han ocupado.

(2) V. Strabon.—Pomponio Mela.—Tito Livio. — Masdeu, *España antigua*.

ellos los pobladores de las islas Gimnasias (Balears). A la venida de los rodios se siguió la de los *foenses*, quienes, establecidos ya en Masilia (Marsella), pasaron á Ampúrias, desde donde, corriéndose por la costa hacia el Sur, fueron tambien fundando otros establecimientos, erigiendo el famoso templo de Diana, en el lugar que hoy ocupa Denia. Sagunto debió tambien su fundacion á los griegos de Zante (1).

Cultos y artes que introdujeron.—Los griegos difundieron el culto de Diana y otras de sus divinidades, y, enseñando á los naturales algunas artes, introdujeron el alfabeto fenicio modificado, al paso que los fenicios habian traído el fenicio propio; pero prevaleció el método de escribir de izquierda á derecha, contrario al de los fenicios.

Colonias cartaginesas.—Florecian las colonias fenicias y griegas, cuando los cartagineses, llamados por los fenicios en su auxilio contra los turdetanos, desembarcaron en las costas de la Bética, y, rechazando unas veces á los naturales, y halagándoles otras, fundaron por su propia cuenta algunos establecimientos ó factorías. No hicieron esto solo, pues volviendo sus armas contra los auxiliados les tomaron á Cádiz, expulsándolos totalmente de España (500 años ántes de J. C.).

Relaciones con los naturales.—Aunque los cartagineses, ya dueños del Mediterráneo, debian meditar la conquista de España, es de suponer que no aprovecharan tan oportuna ocasion como esta, por no permitírsele la guerra que los ocupaba en Sicilia, contentándose por entónces con fortificar sus establecimientos comerciales y cultivar con los naturales relaciones amistosas, que les valian dinero y soldados para su guerra en Sicilia. Tambien, lo mismo que los fenicios, los cartagineses introdujeron en España sus divinidades hasta por el centro y aun el Norte, pues la crítica ha hecho ver que son de ellos, y no españoles, varios ídolos aquí encontrados (2).

(1) V. Strabon.—Pomponio Mela.—Plinio.—Masdeu, *España antigua*.

(2) V. Masdeu.

LECCION II.

ENTRADA GENERAL DE LOS CARTAGINESES: AMÍLCAR.—SUS CONQUISTAS.—SU FIN.—ASDRÚBAL.—TRATADO CON LOS ROMANOS.—ANNÍBAL: SUS CONQUISTAS: SITIO DE SAGUNTO.—SEGUNDA GUERRA PÚNICA.—CNEO SCIPION: SUS CONQUISTAS.—ÍNDIVIL Y MANDONIO.—PUBLIO SCIPION: VENTAJAS DE LOS ROMANOS.—MUERTE DE LOS DOS SCIPIONES.—PUBLIO CORNELIO SCIPION: EXPULSION DE LOS CARTAGINESES DE TODA ESPAÑA (1).

Entrada general de los cartagineses: Amílecar. — Perdidas por los cartagineses, de resultas de la primera guerra púnica, sus importantes posesiones de Sicilia y Córcega, trataron de resarcirse con la conquista de España, á cuyo fin mandaron á Amílecar Barca, uno de sus primeros generales (238.)

Sus conquistas.—Dueño en el primer año de toda la Bética, se dirigió por la costa oriental, cuyos pueblos sometió, respetando, sin embargo, las colonias griegas aliadas de Roma, pasó el Ebro, y echó los cimientos de Barcino (Barcelona). Aunque desde aquí meditaba llevar la guerra á la Italia, la noticia de haberse levantado los tartesios y célticos del Cúneo, que veían su independencia amenazada, le obligó á marchar contra éstos, los cuales vencidos, volvió contra los lusitanos, que sufrieron la misma suerte.

Su fin.—Restituido otra vez á la costa oriental, donde habia hecho construir la fortaleza de Acra-Leuka (Peñíscola), que era como su cuartel general, atacó la ciudad de *Hellice* ó *Vellice*, la antigua *Bellia*, que un crítico moderno cree fuese Belchite, y murió peleando con los mismos beliones, ó ahogado al pasar un rio, que probablemente sería el Ebro.

Asdrúbal.—Sucedió á Amílecar en el mando del ejército su yerno Asdrúbal, quien, perseguidos los beliones y vengada la muerte de su suegro, contrajo alianzas con algunos pueblos del interior, y, para asegurar las posesiones cartaginesas, fundó á Cartago Nova (Cartagena), que en adelante fué la cabeza de sus posesiones en España.

Tratado con los romanos.—Sobresaltadas las colonias griegas con el poder creciente de los cartagineses, solicitaron la

(1) V. Tito Livio.—Plutarco.—Masdeu.

proteccion de los romanos, quienes ajustaron con Cartago un tratado, en cuya virtud sus conquistas no habian de pasar del Ebro, obligándose ademas á respetar á Sagunto y demas ciudades griegas. Así las cosas, cuando el puñal de un asesino puso fin á la vida de Asdrúbal (220).

Annibal: sus conquistas: sitio de Sagunto.—Sucedió á Asdrúbal su cuñado el jóven Annibal, á quien su padre Amílcar habia hecho ántes jurar sobre los altares odio eterno á los romanos. Fiel á su juramento Annibal, despues de vencer á los olcadas, carpetanos y vaceos y otros pueblos del centro, tomadas Elmantica (Salamanca) y la capital de los Arevacos, y sujeta casi toda la España, sólo buscaba un pretexto para atacar las colonias aliadas de Roma. Y como á la sazón los saguntinos se halláran en guerra con los turboletas, sobre una cuestion de límites, declarándose por éstos, prévia autorizacion del senado cartagines, puso sitio á Sagunto, que atacada con 150.000 hombres, á pesar de las reclamaciones de Roma, sucumbió despues de ocho meses de resistencia. El resultado de la toma de Sagunto fué la declaracion de guerra entre Roma y Cartago.

Segunda guerra púnica.—Annibal, que no deseaba otra cosa, viendo llegado el momento de pasar á Italia, despues de arreglar las cosas en España y puesto á la cabeza de un lucido ejército, emprendió por tierra el camino (218), y franqueando los Pirineos y las nevadas cumbres de los Alpes, cayó en la Galia Cisalpina, resuelto á no parar hasta Roma. Entre tanto ésta sale á resistirle; pero el Tesino, el Trebia y las orillas del lago Trasimeno fueron testigos de otras tantas derrotas de sus ejércitos. En circunstancias tan apuradas, Roma nombra dictador á Fabio Máximo, quien, evitando las acciones decisivas, entretiene al ejército cartagines sin hacer adelantos; cuya conducta, que tan fatal pudiera haber sido á Annibal, cambiada por el cónsul Varron, cediendo al ardor del pueblo por atacar al enemigo, lo hizo así cerca de Cannas, trabándose aquella tan célebre batalla, que tanto elevó á Annibal como apurados dejó á los romanos (216).

Pere dejemos al vencedor entre las delicias de Capua, adonde se retiró despues de esta batalla, y volvamos á España, que es nuestro principal objeto.

Cneo Scipion: sus conquistas.—Entre tanto, Cneo Scipion, que habia sido mandado por los romanos á España en calidad de vengador del desastre de Sagunto, ganando por una

parte las voluntades de los españoles, mientras por otra vencia por mar y tierra á los cartagineses, se habia enseñoreado de la costa oriental al norte del Ebro, desde donde, uniéndosele muchos pueblos españoles, no cesaba de molestar las tierras cartaginesas.

Indivil y Mandonio.—Pero en esta misma época puede decirse comienzan los españoles á sostener sus continuadas luchas de independencia contra todos los pueblos que hasta nuestro siglo han de invadir su territorio, é Indivil y Mandonio, á la cabeza de los ilergetes, son los primeros que, conociendo la hipocresía de los romanos, cuya tendencia no era otra que dominar la España, alzaron el grito de independencia; pero acosados por el ejército de Scipion, y ahogada su voz entre tantos pueblos confederados de Roma, hubieron de sucumbir ántes que llegára Asdrúbal, que iba en fomento de aquella sublevación.

Publio Scipion: ventajas de los romanos.—A pesar de los apuros en que Anníbal le tenía, Roma, no perdiendo por eso de vista la España, mandó á ésta á Publio Scipion, hermano del anterior, con nuevos ejércitos, mientras el senado cartagines hacía otro tanto; y vencedoras las armas romanas en todos los encuentros, parecía asegurada su posesion en España, sobre todo cuando los cartagineses, cambiada su suerte en Italia, eran vencidos en Córcega y Sicilia.

Muerte de los Scipiones.—Pero, caprichosa la fortuna, sólo hizo sonreírles efímeramente, para hacer más ruidoso el golpe de su caída; pues, no obstante su actividad y esfuerzos, los dos Scipiones fueron vencidos y muertos por los cartagineses.

Publio Cornelio Scipion: expulsión de los cartagineses de toda España.—Entonces fué mandado á España por el Senado romano el jóven Publio Cornelio Scipion, hijo de uno de los difuntos. Dirigióse con tanta prudencia, y acaso tambien astucia, que se ganó muy pronto las voluntades de todos: tomó á Cartagena, y perseguidos por todas partes los cartagineses, no obstante la constancia de éstos y los refuerzos que de África les vinieron, los redujo á la costa occidental de la Bética, hasta que, tomándoles tambien á Cádiz, su última población, acabó para siempre en España el poder cartaginés, que tambien agonizaba en Italia para luego morir en África.

LECCION III.

CONDUCTA DE LOS PRETORES ROMANOS EN ESPAÑA.—SUBLEVACION DE INDIVIL Y MANDONIO.—VICTORIAS DE CATON: DIVISIONES DE LA ESPAÑA.—CRUELDADES DE CATON.—NUEVAS INSURRECCIONES.—PROCONSULADO.—COLONIAS ROMANAS EN ESPAÑA.—RESTABLECIMIENTO DE LA PRETURA: NUEVAS SUBLEVACIONES.—ESCIPION.—CRUELDADES DE LÚCULO Y GALBA (1).

Hemos visto pasar la España del poder de los cartagineses al de los no ménos ambiciosos romanos. Vamos ahora á presenciar una serie, apénas interrumpida, de guerras con éstos, á cuyo favor acababan de pelear, fabricándose por sí mismos unas cadenas, que tanto trabajáran por romper, siquiera sean inútiles todos sus esfuerzos. Dejemos á Scipion regresando á Roma, orgulloso, y con razon, por tan importante conquista como acaba de hacer á su patria. Abandonémosle en sus luchas con Anníbal, á quien por fin vencerá en los campos de Zama, y, volviendo á nuestro objeto, veamos cómo los incautos españoles se baten con sus nuevos dominadores.

Conducta de los pretores en España.—Los nuevos pretores ó gobernadores, que Roma mandaba á España despues de Scipion, léjos de seguir la conducta que éste con tan buenos resultados habia guardado, comenzaron á tratar á los españoles como á un pueblo conquistado, y aquella alianza y amistad, proclamada durante la expulsion de los cartagineses, no tardó en convertirse en una dominacion tiránica.

Sublevacion de Indivil y Mandonio.—Conocido, aunque tarde, su error por los españoles, resonó el grito de independencia entre los ilergetes y sedetanos, é Indivil y Mandonio, siempre con la idea de sacudir la dominacion extranjera, vuelven otra vez á levantar la voz contra los romanos. Pero, aunque seguidos de un respetable ejército, sus esfuerzos fueron inútiles, y muerto Indivil en la batalla de los campos Sedetanos, Mandonio, entregado á los enemigos, sufrió igual suerte. Mas la muerte de estos dos jefes no fué bastante á ahogar el grito de independencia que por todos lados habia resonado, y atacadas tambien las legiones romanas por los celtiberos,

(1) V. Tito Livio.—Appiano.—Polibio.—Floro.

pronto la sublevacion se hizo general, amenazando escaparse la España á la dominacion romana.

Victorias de Caton: divisiones de la España (196).—Pero el Senado romano, que conocia bien la importancia de esta provincia, mandó al austero y rígido Caton, quien, despues de derrotar á los celtiberos cerca de Lérída, acudiendo con velocidad á todas partes, siempre vencedor, consiguió apagar el fuego de la insurreccion, que por todos lados se propagaba. Desde Caton, la España fué dividida en *Citerior* y *Uterior*, con dos pretores.

Crueldades de Caton.—Pero si bien Caton corrigió la rapacidad que venian ejerciendo los pretores en España, por otra parte su proceder con los vencidos era tan cruel, que más que guiado por el espíritu de conquista, parecia dominado del furor de exterminio; pues él mismo decia que en 30 dias habia destruido 400 pueblos. Caton se restituyó á Roma (195).

Nuevas insurrecciones.—Amortiguado, pero no extinguido por este bárbaro proceder el fuego de la insurreccion, pronto volvieron los españoles á levantarse por todas partes, y, no desmayando con las derrotas, á veces llegaron á obligar á los romanos á mantenerse á la defensiva en sus ciudades y fortalezas.

Proconsulado.—Entre tanto, España habia vuelto á ser presa de la avaricia de los pretores romanos, cuya mayor parte sólo venian, al parecer, á enriquecerse; y como el senado romano, donde no faltaba de vez en cuando quien levantára la voz contra estos vicios de la administracion, señalándolos como causa de las continuas insurrecciones de los españoles, conociera la necesidad de pónér alguna vez correctivo, fué la pretura sustituida por un proconsulado ó propretorado: medida que no dejó de aliviar en algun tanto la suerte de los españoles.

Colonias romanas en España.—Por este tiempo se establecieron en España las colonias romanas de Carteya (cerca del estrecho de Gibraltar) y de Córduba (169): la primera, llamada de los Libertinos, por ser poblada de manumitidos hijos de romanos y españolas, y la segunda, patricia ó de los Patricios, porque luégo llegó á ser residencia de nobles romanos.

Restablecimiento de la pretura: Nuevas sublevaciones.—Pero el tiempo de asegurarse los romanos en España no habia aún llegado; pues restablecida la pretura, y con ésta las dilapidaciones de los pretores, tambien los españoles volvieron á insurreccionarse, y conociendo que la falta de union era la

causa de sus anteriores derrotas, confederados los celtiberos, arevacos, vaceos y lusitanos, derrotaron dos veces cerca de Numancia al brillante ejército de Quinto Fulvio Nobilior (153), mientras en la Lusitania Cessaron hacía también una guerra encarnizada al pretor Mumnio, á quien en una batalla mató 10.000 romanos.

Scipion.—Llegó á tanto el miedo que infundia á los romanos la guerra con los españoles, que nadie quería alistarse en las legiones que se reclutaban para España, hasta que el ejemplo del joven Scipion Emiliano, á la manera que setenta años ántes habia hecho, en semejantes circunstancias, su abuelo Publio Cornelio Scipion, animó á la juventud romana á alistarse en la legion voluntaria.

Crueldades de Lúculo y Galba.—Tal era el estado de las cosas, cuando, formada la legion voluntaria, vino el cónsul Lúculo con Scipion de lugarteniente, y Galba como pretor de la España Ulterior. Señalados por sus crueldades, tanto Lúculo como Galba, el primero contra los habitantes de la rendida ciudad de Coca (Cauca), y el segundo contra los lusitanos, despues de haberlos desarmado con promesas de paz, dieron ocasion, especialmente Galba, á la terrible guerra de Viriato.

LECCION IV.

VIRIATO.—SUS GUERRAS CON LOS ROMANOS.—CAUSAS DE LA GUERRA DE NUMANCIA.—RESISTENCIA DE LOS NUMANTINOS.—FIN DE NUMANCIA (1).

Viriato.—Entre los pocos lusitanos que se salvaron de la matanza de Galba, habia uno, llamado Viriato, quien, aunque pastor en su origen, se distinguia por su grandeza de alma, corazon esforzado y su constitucion robusta; cuyas cualidades, acompañadas de otras, le valieron el ser nombrado su caudillo por todos los lusitanos, decididos á morir ántes que someterse al yugo de los romanos.

(1) Appiano.—Aurelio Victor.—Floro.

Sus guerras con los romanos.—Hacia el año 150 comenzó su guerra con los romanos, y ya hacía diez que las legiones de éstos sufrían los descalabros de las huestes de Viriato, cuando éste, en la ocasión precisamente en que tenía más apurado al ejército del cónsul Serviliano, propuso la paz, que, inesperada por los romanos, aceptaron al momento, y confirmó luego el Senado. Pero, rota la paz por este mismo, con el pretexto de que era indigno de la altiva Roma haberla otorgado con un guerrillero como Viriato, y emprendida nuevamente la guerra, viendo el pretor Cepión que Viriato seguía siendo el mismo que ántes, acudió á la más negra traición; pues tres embajadores que aquel le había mandado para recordarle el tratado de paz, fueron ganados por el romano para que asesinarán á su jefe, y estos indignos españoles cumplieron lo estipulado, asesinando á Viriato en su mismo lecho. A esta acostumbrada perfidia hubieron de acudir los romanos para deshacerse de tan constante enemigo, en quien no sabemos qué admirar más, si sus dotes como guerrillero ó sus talentos como general.

Causa de la guerra de Numancia (140).—Siguióse á la de Viriato la célebre guerra y sitio de Numancia. Esta ciudad, que, durante la anterior guerra, había permanecido neutral, en virtud de un tratado con los romanos, dió, no obstante, asilo á algunos fugitivos en la guerra de Viriato. Roma, que se creía rebajada respetando la independencia de una sola ciudad, le declaró la guerra, tomando por pretexto la negativa de los numantinos á entregarle aquellos fugitivos.

Resistencia de los numantinos.—Aunque sólo contaba Numancia unos 8.000 defensores, sitiada por el cónsul Pompeyo, después de apurar todos los medios para reducirla, tuvo necesidad de ajustar la paz (139). Pero rota al momento por los romanos, fué también derrotado Pompilio Lena, cónsul sucesor de Pompeyo (138). No mejor suerte cupo al cónsul Mancino, quien, apurado en una larga salida de los numantinos, ajustó la paz, por salvar un ejército de 20.000 romanos. Mas otra vez rota por el infiel Senado romano una paz á que había debido la salvación de su ejército, Emilio Lépido, sucesor de Mancino, hubo de volver á Roma, después de perder 6.000 hombres en el sitio de Palencia. No hicieron más Lucio Furio Filon, sucesor de Lépido (136), ni Calpurnio Pison, que siguió á Filon.

Fin de Numancia.—Después de vencidos tantos cónsules á la vista de la heroica ciudad, que Roma llamaba el *terror de la*

república, y en cuyas inmediaciones quedaban sepultadas todas las legiones romanas, el Senado determinó mandar á Scipion, el destructor de Cartago. Cambiando éste el sistema de guerra, y repuesto el ejército romano, bastante desmoralizado, formalizó el sitio con 60.000 hombres, cuando apenas la ciudad contaba 5.000 (133). Apretado el cerco, y reducidos por el hambre los sitiados, desoidas sus proposiciones de paz, resolvieron morir ántes que entregarse vivos al enemigo, quien, despues de una desesperada resistencia, sólo encontró ruinas y cadáveres. Tal fué el fin de esta heroica ciudad, cuya memoria durará tanto como la historia de la humanidad.

LECCION V.

SUBLEVACIONES DE LOS LUSITANOS Y CELTIBEROS.—PRIMERA VENIDA Y GUERRA DE SERTORIO.—SEGUNDA VENIDA DEL MISMO.—SU GOBIERNO.—CONTINUACION DE LA GUERRA.—FIN DE SERTORIO (1).

Sublevaciones de los lusitanos y celtiberos —Siguióse á la guera de Numancia una era de veinte años de paz, la cual, aunque de mal grado sometidos los españoles, pudiera tal vez haber sido más duradera, si, volviendo los gobernadores romanos á su antiguo sistema de rapiñas, no les hubieran obligado á sublevarse, como lo hicieron primero los lusitanos (109), que resistieron quince años, hasta que los sometió Licio Craso, y luego los celtiberos (99), vencidos por Tito Didio Nepote, señalado, cual otro Galba, por sus crueldades y perfidia.

Primera venida y guerra de Sertorio.—A las anteriores sublevaciones se siguió la guerra de Sertorio. Partidario éste de Mario, arribó á España huyendo de las proscripciones de Sila, y ganadas las voluntades de los españoles que le acogieron como su libertador, despues de ayudar á los celtiberos á sacudir el yugo de Roma, levantó y mandó un ejército para detener en el

(1) V. SALUSTIO *Fracmenta Historiæ*, lib. I.—FLORO, *Epist.*, lib. III, capítulo XXII.—PLUTARCO, *Vida de Sertorio y Pompeyo*.—OROSIO, *Adversos paganos*, Hist., lib. V, cap. XXIII.—APPIANO, *Bello civili*, lib. I.

Pirineo al que esperaba, y vino, del dictador Sila. Pero muerto á traicion Julio Salinator, que lo mandaba, y desbandado el ejército en el mismo Pirineo, Sertorio hubo de emigrar al Africa, en donde tomó parte en la guerra del rey de Mauritania, mientras esperaba mejores dias.

Segunda venida de Sertorio.—En este estado se hallaba el fugitivo proscrito, cuando, llamado por los lusitanos (81) en su ayuda contra los romanos, pronto, desembarcando en la Bética, de victoria en victoria, se hizo dueño de ésta, la Lusitania y la Celtiberia.

Su gobierno.—A las dotes de general Sertorio agregaba las no ménos elevadas, de político y hombre de gobierno. Por cuyas cualidades, amado de los españoles, organizó sus provincias y el ejército al estilo romano, y, dedicándose con esmero á hacer la felicidad de sus habitantes, éstos se aficionaron tanto á la civilizacion romana, que se llamaban ciudadanos romanos.

Continuacion de la guerra.—El Senado romano, identificando con la causa de Sila, que acababa de morir (79), mandó contra Sertorio al jóven Pompeyo, quien, derrotado várias veces por aquel, hubo de retirarse á la Galia á esperar socorros de Roma, mientras Metelo se estaba replegado en la Bética. A Sertorio se habia unido tambien otro proscrito llamado Perpena, con un respetable ejército (53 cohortes).

Fin de Sertorio.—Pero si durante ocho años hizo Sertorio vacilar el poder de Roma, el cual estuvo muy cerca de ser trasladado á España, su estrella le abandonó desde ahora, y, puesta á precio su cabeza por el viejo Metelo, mientras Pompeyo regresaba con refuerzos, su poder iba tambien decayendo entre los suyos, cuando el mismo Perpena, que nunca de buen grado se habia conservado á sus órdenes, le hizo asesinar en un festin (70).—Desprovisto Perpena, su sucesor, de los talentos de Sertorio, fué pronto vencido por Pompeyo, y la España reducida otra vez al poder de Roma. Pompeyo siguió la reconquista desde la Bética hasta los Pirineos, y dió orden de edificar á Pamplona.

LECCION VI.

PRIMER TRIUNVIRATO ROMANO.—JULIO CÉSAR EN ESPAÑA.—JULIO CÉSAR EN ORIENTE.—EN OCCIDENTE.—BATALLA DE MUNDA.—OCTAVIO AUGUSTO.—TOTAL SUMISION DE ESPAÑA POR AUGUSTO.—ERA HISPANA.—MEDIDAS TOMADAS POR AUGUSTO.—NUEVAS DIVISIONES DE ESPAÑA.—OTRAS MEDIDAS TOMADAS POR AUGUSTO (1).

Primer triunvirato romano.—Nuevamente pacificados ó reprimidos los españoles, las primeras guerras que vuelven á ensangrentar su suelo son las promovidas entre César y Pompeyo, dos ambiciosos que no pueden vivir sin el mando. Sabido es cómo en el famoso reparto que los primeros triunviros, César, Pompeyo y Craso, se hicieron de las posesiones de la república romana, cupo la España á Pompeyo, quien la gobernaba desde Roma por sus lugartenientes. Pero, muerto Craso en una batalla contra los Parthos, mientras César, más afortunado, se cubría de gloria en las Galias contra los helvecios y los germanos, sólo quedaban éste y Pompeyo, entre quienes pronto se promovió aquella célebre guerra civil que había de terminar con la muerte de la república romana.

Julio César en España.—Declarada la guerra civil entre César y Pompeyo en el paso del Rubicon, y dueño el primero de Roma, la España fué el primer campo en donde estos dos expertos generales comenzaron á medir sus fuerzas, y trasladándose á ésta César en persona, pronto los generales de Pompeyo, que acudieron á oponérsele, fueron vencidos y obligados á capitular cerca de Ilerda. César marchó en seguida á la Bética contra su gobernador Varron, quien se entregó también, y arrollados en todas partes los pompeyanos, el vencedor, dueño de toda España, dejando por gobernadores de esta á Casio y Lépidio, se restituyó á Roma. Las exacciones del primero produjeron algunas sublevaciones, que terminaron con la huida del mismo.

(1) V. CÉSAR *de bello civili*, lib. I. — TITO LIVIO, *Epit. Hist.* 110. — FLORO, lib. II y IV. — DION CASIO, lib. 40, 41 y 53. — SÜETONIO y PLUTARCO, *in vita Cesaris*. — OROSIO, *Adversus paganos*. — HIRTIO PANSÁ, *de bello hispano*, cap. VIII. — VELEIO PATERCULO, lib. II, cap. 90. — TÁCITO, *An.*, lib. I, cap. VIII.

César en Oriente.— Entre tanto César, ganada la batalla de Pharsalia, se dirigia al Egipto, donde vió con lágrimas la trágica muerte de su rival Pompeyo; y detenido aquí algun tiempo por las gracias de la reina Cleopatra, marchó despues contra Farnáces, rey del Bósforo, á quien venció, así como á Deyótaro, rey de Armenia.

César en Occidente.— Nuevamente restituido á Roma, y nombrado otra vez cónsul y dictador, César voló al África, derrotó á los pompeyanos vencidos en Pharsalia, que se habian aquí reunido con el rey Juba, y se volvió á Roma á recibir los honores de todos sus triunfos.

Batalla de Munda.— Mas si en todas partes habia César acabado con sus enemigos, no así en España, donde Cneo y Sexto Pompeyo (hijos del difunto) habian resuelto hacer el último esfuerzo. César, con la velocidad del rayo, vuelve contra éstos, y buscándose los dos ejércitos, cuyo encuentro va á decidir la suerte de la agonizante república romana, tuvo lugar en Munda (tal vez fuera Monda) una de las más encarnizadas batallas de la antigüedad, que al fin la suerte decidió por César, á quien pronto se fueron rindiendo las demas ciudades (45), aunque despues organizó alguna resistencia Sexto Pompeyo en la Celtiberia. César, enriquecido á costa de los españoles y con los tesoros que extrajo del templo de Hércules, se restituyó á Roma, donde luégo fué asesinado.

Octavio Augusto.— Muerto Julio César, se dividieron otra vez la república romana los nuevos triunviros, Antonio, Lépido y Octavio, sobrino éste de César, quien, deshaciéndose de sus colegas, quedó, como ántes su tío, soberano único de toda la república, la cual, aunque guardando las formas republicanas, convirtió en imperio.

Total sumision de España por Augusto.— Dueño Octavio de los destinos del Mundo, pasó á España á someter á los cántabros y astures, logrando sólo á fuerza de armas reducir á aquellos intrépidos montañeses, que, conservando siempre la rudeza de costumbres, ferocidad y valor de los primitivos tiempos, prefirieron muchos la muerte á una sumision de que siempre se habian librado á través de la larga serie de guerras entre españoles, cartagineses y romanos.

Era hispana.— Con la venida de Augusto y declaracion de España tributaria del imperio, formó ésta de todas sus comarcas, hasta entónces separadas é independientes, una sola provincia, sujeta á un centro comun y á unas mismas leyes; cuya

novedad fué tan importante para nuestra nacionalidad, que constituyó la *Era* llamada *Hispana* ó de *Augusto*, desde la cual, *treinta y ocho años antes de Jesucristo*, se contaron éstos en adelante, hasta mucho despues de la *Era* cristiana.

Nuevas divisiones de España por Augusto.—Para el régimen administrativo Augusto dividió la España en tres provincias, *Tarraconense*, *Lusitania* y *Bética*, de las cuales dejó ésta al Senado, conservando para sí las dos primeras como imperiales, las cuales regía por sus gobernadores, llamados *legati Augustales*, y disponiendo con este pretexto de los ejércitos en España.

Otras medidas tomadas por Augusto.—Para prevenir toda insurreccion, obligó á los moradores de algunas montañas á bajar á establecerse en las llanuras y sitios descubiertos, fundó ó repobló várias ciudades ó colonias con soldados cumplidos, como *Emerita-Augusta*, *Cæsar-Augusta* (antes Salduba) y otras. Ultimamente, sometidos otra vez, ó concluidos, por Agripa, los cántabros, que habian vuelto á sublevarse, haciendo la guerra más desesperada, se siguió la paz universal, llamada *Octaviana*, durante la cual tuvo lugar el más grande de los hechos históricos, el nacimiento del **SALVADOR DEL MUNDO** (38 años de la *Era Hispana*).

Habitando un suelo tan quebrado y dividido en multitud de comarcas con límites naturales, los españoles vivían en otras tantas tribus ó estados independientes entre sí, lo mismo que, obedeciendo á iguales causas sucede aún entre los suizos. Mas éstos, merced á su gobierno federativo, fundaron y conservan aún su independencia, por más que vecinos muy poderosos circunden todo su territorio. No sucedió así con los españoles en los pasados tiempos, no obstante su situación geográfica; pues, mirándose sus diversos pueblos como extranjeros unos respecto de otros, no podían oponer una poderosa resistencia á los conquistadores, más civilizados, que fueron arribando á sus costas. Además, la sencillez natural en unos pueblos incomunicados con el resto del Mundo, y que cubrían sus necesidades con un modesto trabajo, no les permitió sospechar la malicia que encerraban unos extranjeros astutos y ambiciosos. Así pudieron los fenicios y cartagineses, á la sombra de sus factorías, ir levantando fortalezas y luégo penetrar como conquistadores en las diversas comarcas de la Península. Y si bien es verdad que hubo Istolacios, Indortes, Orisones, Indiviles y Madonios que con las armas en la mano protestáran contra tales invasiones en su territorio, era ya tarde cuando salieron de su inocencia, aunque no tanto que si todas las comarcas respondieran á aquellos llamamientos de

independencia, no fueran bastante á deshacerse de tan molestos huéspedes. Más lejos de esto, españoles mismos, aliados con los invasores, contribuían á ahogar la voz de la patria que los llamaba.

Cierto que contra la dominacion romana se organizaron algunas resistencias y guerras que hicieron temblar hasta la misma metrópoli del Mundo; pero aún en éstas, Viriato y Numancia pelearon cada uno separadamente, ayudados, cuando más, de algunos pueblos entre sus vecinos. ¿Qué no debemos suponer hubiera sucedido á haber acudido siquiera una mitad de España en ayuda de Viriato? ¿Qué, si solamente sus vecinos hubieran ayudado á Numancia? Dígalo la época de Sertorio. Bien conocia este experto capitán romano de cuánto era capaz la España, cuando les decia, que unidos sus pueblos podian oscurecer el poder de Roma.

En cuanto al gobierno establecido por los primeros colonizadores de España, se sabe poco sobre la organizacion política de los fenicios. Consta, sin embargo, que sus colonias constituian una especie de república federativa, rigiéndose sus ciudades por magistrados elegidos por ellas mismas. Eran eminentemente religiosos, y llevaban por todas partes sus divinidades, de las cuales tomaron algunas los españoles, así como de sus costumbres, segun refiere Silio Itálico.

En las colonias griegas focenses prevalecia el gobierno aristocrático.

En cuanto á los cartagineses, su dominacion no dejó rastro alguno entre los españoles, sino es el arte de la guerra que éstos aprendieron á hacer mejor. De instituciones políticas ni religiosas nada quedó, así como ni de sus monumentos. En cuanto á Letras, sabido es que sólo se conserva de ellos el *Periplo* de Hannon, aunque se cita alguna obra púnica entre los autores antiguos.

En resumen, la parte de España que más se civilizó con el trato extranjero fué la meridional y oriental, una y otra más accesibles por la naturaleza del suelo y benignidad del clima. Por esto los fenicios dejaron á la Bética tan predispuesta á recibir la civilizacion romana, así como los griegos la costa oriental.

LECCION VII.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA DURANTE LA REPÚBLICA. — GOBIERNO. — RELIGION. — ARTES MECÁNICAS. — LITERATURA. — ESPAÑA EN TIEMPO DE AUGUSTO. — INSTRUCCION Y LETRAS. — AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA DURANTE LA REPÚBLICA. — Gobierno. — El gobierno de Roma establecido en España durante la época anterior, era el de los *pretores*, magistratura militar, que se conferia á los que habian sido consu-

les. Acompañaba á éstos comunmente un *cuestor*, especie de intendente militar, con el encargo de recaudar los tributos, proveer de víveres y recursos á las tropas, distribuir el botín y dar cuenta de los productos de las exacciones al tesoro central de Roma. Y como la época á que nos referimos era la más corrompida de la república romana, se explica cuán apetecido sería este cargo, como el principio de la carrera de los honores, á los cuales se llegaba por medio de las riquezas. No debe sernos extraño, por lo tanto, el que se mantuvieran estrechamente unidos el *cuestor* y pretores, á cuya voluntad ó capricho estaba todo sujeto, pues las leyes de la metrópoli, dado caso que llegáran, influían muy poco. De aquí las exacciones y rapacidad que siempre distinguieron á los más de los pretores, y que tanta parte tuvieron en tan prolongadas guerras, como hemos visto, hasta que, cambiada la situación de la metrópoli por Augusto, constituyó éste la España bajo otras bases.

Religion.—Sobre la religion de los españoles primitivos no se sabe nada, aunque por las escasas noticias que sobre aquella época se tienen, se deduce que adoraban un solo Dios (1), hasta que los fenicios, griegos y cartagineses introdujeron sus divinidades, con preferencia á las cuales era natural tomáran asiento las de sus principales dominadores, los romanos. También sus costumbres primitivas son pintadas por todos como puras y sencillas.

Artes mecánicas.—Aunque las artes mecánicas debieron ser escasas hasta que la civilizacion romana fuera introduciendo las suyas, no obstante, respecto á algunos ramos de industria, no se hallaban tan atrasados, ni mucho ménos, de lo que se les supone, como lo prueban las telas que usaban para vestirse, y la fabricacion y temple de sus armas é instrumentos de guerra (espadas de Bilbilis), y la regularidad de la forma, correccion y dibujo de sus monedas.

Literatura.—Tocante á las Letras, los españoles no habian dejado de manifestar aptitud para éstas, aunque no las habian cultivado hasta que aprendieron de los romanos, siendo la Bética, mejor predispuesta desde los fenicios, donde más pronto florecieron, como lo prueba la multitud de poetas cordobeses, entre ellos Cornelio Balbo, de los cuales algunos se hicieron

(1) V. *Historia eclesiástica de España*, por D. Vicente Lafuente, tomo I.

célebres en Roma. Pero cuando más comenzó á participar de la ilustracion romana, tanto esta parte como el resto de España, fué durante la dominacion de Sertorio, quien, con la fundacion de la Escuela de Osca (Huesca) y el Senado de Evora, hizo entrar á toda ella en el movimiento intelectual del mundo civilizado. Desde entónces comenzó el latin á hacerse la lengua vulgar de los españoles.

ESPAÑA EN TIEMPO DE AUGUSTO. — **Instruccion y letras.**—Tal era el estado social de España, cuando tuvo lugar la venida de Augusto, quien, si por una parte la acabó de someter á Roma, por otra introdujo en ella una administracion que bien puede llamarse paternal, sobre todo si la comparamos con la de los pretores; pues, inaugurando aquel un gobierno protector, corrigiendo los abusos de éstos y obrando siempre en favor de los pueblos, abrió escuelas públicas en las ciudades principales, que, dotadas de profesores ilustres, pronto hicieron desarrollar aquel gusto por las letras, que, nacido desde Sertorio, habia de producir despues aquellos ingenios, que tanto ilustraron la literatura hispano-romana.

Agricultura, industria y comercio. —Tambien, lo mismo que las letras, comenzaron luégo, á favor de tan benéfica administracion de Augusto, á desarrollarse la agricultura y la industria, cuyos productos, facilitados los medios de comunicacion en el interior, conducian constantemente multitud de bajeles españoles á Roma, á la cual surtian de cereales, aceite, carnes, telas y exquisitas lanas.

ESPAÑA ROMANA.

LECCION VIII.

ESPAÑA DESDE TIBERIO HASTA VESPASIANO.—VESPASIANO: INMIGRACION DE LOS JUDÍOS.—DE TITO HASTA TRAJANO.—DE TAJANO HASTA LA DECAENCIA DEL IMPERIO.—DURANTE LA DECAENCIA DEL IMPERIO HASTA ALEJANDRO SEVERO.—DE ALEJANDRO SEVERO HASTA CONSTANTINO.

España desde Tiberio hasta Vespasiano (1).—Si España se mantuvo tan suavemente sumisa á Roma, y hasta teniendo á dicha el ser regida por ésta durante el reinado de Au-

(1) V. SUTONIO, *Vita Tiberii et vita Gallæ*.—DION. CASIO.—Tácito.

gusto, no sucedió así en el de su sucesor, el tirano Tiberio, cuyos delegados, dignos de tal soberano, tiranizaron, como ántes los pretores, á los naturales, si bien éstos le hicieron ver que aún sabían volver por su dignidad, é insurreccionándose contra los prefectos de la Bética y la Tarraconense, no depusieron las armas hasta que, desterrado el uno, se les prometió hacer también justicia con el otro. En este reinado tuvo lugar la muerte del Salvador (año 33) (1). No ocurrieron más sucesos notables durante los reinados del desjuiciado Calígula, del imbécil Claudio y del sanguinario Neron, en cuyo destronamiento tomó España parte, contribuyendo á la eleccion de su sucesor Galba (68), pretor de la Tarraconense, quien la correspondió del modo más ingrato despues de elevado al trono. No se portó así su sucesor Otón, pretor de la Lusitania, pues agradecido por haber comenzado en España su engrandecimiento, la agregó la parte de África que desde entónces se llamó España Tingitana.

Vespasiano: inmigracion de los judíos (2).—No ménos afecto se manifestó también Flavio Vespasiano, quien, por haberse, á su eleccion, España decidido por él, remuneró á los españoles, concediéndoles los derechos latinos, por cuya honra, agradecidas muchas ciudades, tomaron el nombre de *Flaviae*, tales como *Iria Flavia*, *Aquæ Flaviæ*, *Flaviobriga*, etc. También hizo este mismo varios caminos, puentes y monumentos públicos, y, segun algunos, el acueducto de Segovia. En este mismo reinado tuvo lugar el cumplimiento de la profecía, en cuya virtud los judíos, destruida su ciudad, se dispersaron por toda la tierra, viniendo en gran número á España, la cual los acogió, como á los que vinieron despues, y mantuvo por muchos siglos, constituyendo gran parte de su poblacion.

Desde Tito hasta Trajano.—Tanto en el reinado de Vespasiano, como en el de su sucesor Tito (79), á quien los españoles llamaban *las delicias del género humano*, la España, aprovechando la paz de que venía disfrutando, se entregaba al cultivo de las letras y las artes, en cuyas dulzuras vinieron á turbarla las vejaciones de los gobernadores de Domiciano, quien, indigno sucesor de los anteriores, volvió á tiranizar al imperio. No así Nerva, el cual dotó á España de magistrados sabios y embelleció á Córdoba.

(1) Desde ahora contaremos los años de la era cristiana.

(2) V. JUSTO LIPSIUS-JOSEPHO, *De Bello judaico*, lib. VII.

Desde Trajano hasta la decadencia del imperio (1).

—Pero cuando toca la España el apogeo de su época romana, es en el reinado de su hijo Trajano (93), primer extranjero que empuñó el cetro imperial. Llamado el *mejor de los príncipes*, y merecedor del renombre de *padre de la patria*, no podía Trajano, en cuya época el imperio llegó á su mayor grandeza, descuidar á su país natal, el cual, no sólo vió, á la sombra de su paternal gobierno florecer las letras y las artes, sino que fué cruzado de nuevos caminos, con grandes y sólidos puentes, y embellecido con soberbios monumentos. Murió éste en 117. Igual proteccion manifestó hácia España Elío Adriano, también español y sucesor de Trajano, el cual dispensaba beneficios á todas las ciudades por donde pasaba en su viaje, que, lo mismo que por las demas provincias del imperio, hizo por la nuestra. Continuó la España gozando de completa tranquilidad en los reinados de Antonino Pío y de su sucesor Marco Aurelio, también oriundo de familia española. En el reinado de éste hubo una invasion de mauritanos en la Bética (171), de donde fueron rechazados.

Durante la decadencia del imperio hasta Alejandro Severo.—Pero si España dió tan grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilizacion, bajo los ilustrados Flavios y Antoninos, en quienes no hay que lamentar otra cosa que el no haber abrazado la nueva religion, desde ahora va á ser dominada, aunque no tanto como su metrópoli, por el bárbaro despotismo y tiranía de aquel fatal catálogo de príncipes, que, durante la desastrosa decadencia del imperio, tanto han de asombrar al mundo por sus crímenes y sus vicios, sus desvaríos y locuras. Excusado es, sin embargo, decir que de vez en cuando aparecieron algunos emperadores dignos de este nombre, los cuales, en medio de la ruina que por todas partes amenazaba al imperio, por más esfuerzos que para evitarla hicieran, aislados en medio de tantos, sólo podian contenerla por más ó ménos tiempo. En estas excepciones se cuenta Alejandro Sévero (222), príncipe sabio é ilustrado afecto á los cristianos, quien no sólo reanimó á la España en la caída que con su metrópoli la amenazaba, sino que la hizo entrar nuevamente en la

—116—

(1) AURELIO VÍCTOR, *De Cesaribus*.—DION. CASIO, tom. II, lib. 68.—EUTROPIO, *Brev. Hist. Ross.*, lib. 48.—SPARTIANO, *Adrianus Imperator*.—GIBBON, *Hist. de la decadencia y caída del imperio romano*, libro I. — MASDEU, tom. VII.

senda de la prosperidad, dándola gobernadores sabios, y dejándola que en adelante se los nombrára ella misma, á la manera que hacía con sus sacerdotes y obispos.

Desde Alejandro Severo hasta Constantino.—Volvió el imperio, después de Alejandro Severo, á ser presa y juguete de imbéciles príncipes, amenazando más por cada día su ruina, sin que España, en medio de tantos trastornos como afectaban á la metrópoli, pensára en recobrar su independencia; pues tanto se había identificado con Roma, que nada parecía ya ménos que provincia conquistada. Entre los pocos dignos emperadores de este período de decadencia, se cuentan los virtuosos Tácito y Probo, el cual, tomando las riendas del gobierno en otros tiempos, hubiera podido ser un Augusto. Forma época entre los emperadores sucesivos Diocleciano, quien, no considerándose bastante por sí solo para sostener el imperio, le dividió en cuatro grandes provincias, una de las cuales, compuesta de la Bretaña, la Galia y España, fué dada al César Constancio.

LECCION IX.

EL CRISTIANISMO EN ESPAÑA. — MÁRTIRES. — TRIUNFO GENERAL DEL CRISTIANISMO: CONCILIO DE NICEA. — CONCILIO DE ILLIBERIS. — HERESÍAS: LOS PRISCILIANISTAS.

El cristianismo en España: mártires.—Traida primero la nueva religion á España por Santiago el Mayor, quien, acompañado de sus siete discípulos, la estableció principalmente en Galicia, y difundida luégo en las demas provincias por San Pablo, vióse ya en el primer siglo cumplida la profecía de la propagacion del Cristianismo por los más remotos países. Mas bien pronto se verificó tambien la profecía sobre su persecucion, y ya desde el mismo siglo comienza en esta misma region á ser regado con la sangre de sus mártires, el, que tan opimos frutos era llamado á dar, á bol del cristianismo. Eugenio de Toledo, Facundo y Primitivo, y el heroico prelado Fructuoso de Tarragona, son los primeros atletas que inauguran la lucha de resistencia que contra los perseguidores de la verdadera fe ha de continuar en el siglo III, sobre todo cuando Daciano, el

agente en España de la persecucion general ordenada por Diocleciano, hizo que esta tierra, en adelante la privilegiada del Cristianismo, encontrara verdaderos campeones de éste en la mayor parte de sus ciudades, especialmente en Zaragoza, *cuyos mártires no pudieron ser numerados.*

Triunfo del cristianismo: concilio de Nicea.—Mas éste fué el último esfuerzo del moribundo paganismo, que pronto iba á ser reemplazado en el solio romano por la misma religion hasta entónces tan perseguida, para que, saliendo ésta de la oscuridad de las catacumbas, se acabara de verificar la grande trasformacion social que, inaugurada en el Gólgota, habia de ser la civilizadora del Mundo. En efecto, soberano único del imperio el gran Constantino, á quien Dios habia inspirado la consumacion de tan grandiosa obra, no sólo convirtió la religion cristiana de perseguida en dominadora, sino que, habiendo ya comenzado á aparecer las herejías, sobre todo la de Arrio, que tantos prosélitos tenía, promovió, para anatematizarla, la reunion del concilio de Nicea (325), célebre asamblea religiosa, compuesta de trescientos diez y ocho obispos, que, presidida por el ilustre y venerable español Osio, que lo era de Córdoba, redactó tambien el símbolo de la Fe, que desde entónces viene caracterizando á los cristianos ortodoxos.

Concilio de Illiberis.—Mas por lo que toca á nuestra España, ya ántes que el general de Nicea, por el año 300, tuvo lugar en ella el concilio de Illiberis, al que, en su mayor parte de la Bética, acudieron diez y nueve obispos, entre éstos el mencionado Osio; lo cual, dado que otras faltáran, es más que suficiente prueba de lo extendido que el Cristianismo se hallaba ya por entónces en nuestra patria.

Herejías: los Priscilianistas.—Pero no se libró tampoco ésta de algunas herejías que surgieron luégo, sobre todo, la de los *Priscilianistas*, de Prisciliano, obispo de Avila, que fueron condenados, primero en un concilio celebrado en Zaragoza, despues en otro en Burdeos, y definitivamente en el primero de Toledo. Consistia su error en una especie de maniqueismo y máximas morales muy sensuales (1). Estas herejías impidieron el que los efectos morales del Cristianismo fueran tan generales como debieran serlo, á lo cual pudo tambien contribuir mucho

(1) V. Sulpitii Severi, *Hist. sacra.* — (Florez, *España Sagrada*, tomo XIV, pág. 359.)

el libertinaje sostenido por los sanguinarios juegos del circo y las obscenas funciones del teatro (1).

LECCION X.

ESPAÑA DESDE CONSTANTINO HASTA VALENTINIANO.—TEODOSIO EL GRANDE.—HEREJÍAS.—IRRUPCION DE LOS VISIGODOS EN ORIENTE.—IRRUPCIONES EN OCCIDENTE.—DISTRIBUCION DE LA ESPAÑA ENTRE LOS BÁRBAROS.—TOMA Y SAQUEO DE ROMA POR ALARICO.—ATAULFO.

España desde Constantino hasta Valentiniano.—Habiendo dejado Constantino, á su muerte, divididos sus estados entre sus hijos y sobrinos, siguiéronse las revoluciones y guerras que eran de temer, hasta que otra vez fué reunido el imperio por Constancio (355), á quien suplantó Juliano (365), llamado el *Apóstata*, por haber tratado, aunque inútilmente, de restablecer el paganismo, que con él dió su último suspiro. Sucedieronle Joviano (364) y Valentiniano, en cuyo reinado los bárbaros siguen amenazando al imperio, tanto en Oriente como en Occidente, donde los rechaza el general español Teodosio, que en recompensa fué mandado decapitar en Cartago. Siguió despues de él gobernando el Occidente su hijo Graciano, mientras invaden el Oriente los visigodos, que impelidos por los hunos, piden primero tierras á Valente, para luego acometerle, como lo hicieron, venciénzole y matándole en Andrinópolis, desde donde corrieron, sin hallar resistencia, hasta los muros de Constantinopla (378).

Teodosio el Grande.—Apurado con este desastre y la guerra que tambien le movian en Occidente, Graciano llamó, como único capaz de salvar al Oriente contra aquella muchedumbre de bárbaros, al general Teodosio, hijo del español del mismo nombre ántes decapitado, quien, proclamado emperador de

(1) V. SALVIANO, *De vero judicio et providentia Dei*, lib. VI: dice así: *Talia enim sunt quæ illic fiunt, ut non solum dicere, sed etiam recordare aliquis.... non possit*, aludiendo á las bailarinas de la Bética, y especialmente de Cádiz, cuyas danzas lascivas fueron por mucho tiempo la principal diversion del pueblo.

Oriente, restableció lo primero el valor y disciplina del ejército, é incorporando en éste á los godos, conservó la tranquilidad en aquella parte. Poco tiempo despues fué tambien llamado á regir el imperio de Occidente (394), reuniendo así otra vez bajo su cetro todo el imperio romano, que supo conservar sin perder una sola provincia, mereciéndose el sobrenombre de *Grande*. Pero á su muerte completó su ruina, dejándolo dividido entre sus dos hijos, Arcadio en Oriente, y Honorio en Occidente (395).

Herejias.—Entre tanto tenía lugar esta lucha material entre el mundo bárbaro y romano, la idea cristiana y el paganismo se disputaban tambien el dominio de la humanidad, sobrepujando aún las contiendas religiosas á las acciones de guerra. Mas no era sólo el paganismo contra quien la religion cristiana tenía que luchar, sino que tambien le hacian la guerra las herejías que dentro de ella misma iban apareciendo, sobre todo la arriana, que tenía infestado casi todo el Oriente, y contra la cual fué necesario todo el celo del católico Teodosio (380). Por lo que hace á España ya hemos visto como apareció la de los *Priscilianistas*.

Irruption de los visigodos en Oriente.—La muerte de Teodosio, último dique que los contenia, fué la señal de la irrupcion general de los bárbaros, que por espacio de cuatro siglos habian sido rechazados en su lucha por entrar en el imperio romano. Fué la primera invasion la de los visigodos con Alarico (396), quien, dejando las provincias de la Dacia, Mesia y Tracia, donde se hallaban acampados, cayó sobre la Macedonia y Grecia, assolándolo todo, hasta que Arcadio le dió la prefectura de Iliria, que tuvo cuatro años. Mas, ya por sugerencias de la corte de Arcadio, ó por parecerle el Oriente escaso campo á su ambicion, Alarico determinó pasar á Italia (402): pero derrotado por Estilicon, ministro de Honorio, en Polencia y Verona, se retiró por entónces otra vez á la Iliria (1).

Irruptiones en Occidente.—No bien habia Alarico abandonado la Italia, cuando penetra tambien en ésta, desde la Germania, Radagaiso á la cabeza de 200.000 guerreros de diferentes pueblos y razas, que igualmente fueron destruidos, con muerte de su jefe por el mismo Estilicon (405). Pero al mismo tiempo, otra muchedumbre de suevos, alanos, silingos, vándalos, etc., pasaba el Rhin, y derrotando á los francos, entraba

(1) CLAUDIO, de *Bello Get.*—OROSIO, lib. VII, cap. 37.

en la Galia (406), desde la cual, devastada durante tres años, penetró despues en España, á la sazón muy trabajada por las guerras entre los varios que se disputaban su mando.

Distribucion de la España entre los barbaros. — Poseñados confusamente de nuestra Península aquellos pueblos, recorrianla toda á manera de otros tantos torrentes desoladores, y haciéndose la guerra, ya con los naturales y romanos, ya entre sí, toda la España ofrecia el cuadro más horroroso y triste que puede imaginarse. Incendios, ruinas y muertes, era lo que únicamente quedaba tras de su devastadora planta, y el hambre y la peste acababan con los pocos habitantes que dejaban aquellas hordas feroces, hasta que, cansadas de carnicería y rapiñas, convinieron en distribuirse el país, tocando á los suevos la Gallecia, á los alanos la Lusitania y Tarraconense, y á los vándalos la Bética, llamada desde entónces Vandalusia.

Toma y saqueo de Roma por Alarico. — En este estado se hallaba el imperio de Occidente, invadidas todas sus provincias por los bárbaros, ménos la Italia, única parte que, abandonando el resto, hasta entónces defendia Estilicon. Mas, muerto éste, víctima de una intriga, Alarico, que con sus visigodos ya se habia movido otra vez (408) en la misma direccion, despues de entrar en contestaciones con Honorio, que se hallaba en Rávena, no dando éstas resultado, se decidió á marchar sobre Roma, que fué tomada y saqueada durante tres dias, si bien respetó los templos cristianos y á cuantos á ellos se acogieron (410).

Ataulfo. — Satisfecho Alarico con haber saqueado á Roma, y continuando su marcha hácia la Italia meridional, murió pocos dias despues en Cosenza, sucediéndole en el mando su cuñado Ataulfo. Cambiando éste de proyectos, y decidido á ayudar á Honorio á levantar su postrado imperio, ofrecióle su amistad y servicios contra los bárbaros. Aceptada la oferta por el Emperador, Ataulfo y sus visigodos marcharon á rescatar las Galias, de cuya parte meridional se apoderaron pronto (412). Entónces fué cuando Ataulfo casó con Placidia, hermana de Honorio, la cual habia sido cautiva en el saqueo de Roma; cuyo enlace, que por una parte parece debia asegurar la alianza entre ambos cuñados, fué la ocasion de que vinieran á un rompimiento, pues negándose Ataulfo á devolverle su hermana, que Honorio le demandó á instancias de su amante Constancio, éste hostilizó á los visigodos, quienes desde entónces decidieron pasar el Pirineo y entrar en España.

LECCION XI.

ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA DURANTE LA ÉPOCA ROMANA.—DIVISIONES ADMINISTRATIVAS.—CLASES Y CATEGORÍAS DE LAS CIUDADES.—GOBIERNO MUNICIPAL.—IMPUESTOS.—ADMINISTRACION DE JUSTICIA.—COMICIOS Y CONCILIOS.—AGRICULTURA Y COMERCIO.—MINERÍA.—ARTES MECÁNICAS Y LIBERALES.—POBLACION DE ESPAÑA.—ESTADO MILITAR.

Divisiones administrativas de España.—Hemos visto que Augusto dividió la España en tres provincias. También sabemos que Constantino dividió el imperio en cuatro grandes prefecturas, de las cuales era una la de las Galias, compuesta de tres diócesis. Galia, Britania y *España*, regidas cada una por un vicario. Estas diócesis se subdividían en provincias, de las cuales la España abrazaba seis, que eran: la *Bética*, *Lusitania*, *Gallecia*, *Cartaginense*, *Tarraconense* y *Tingitana*, á las cuales fué despues añadida la *Balearica*. Estas provincias, una vez separadas la administracion militar y civil, fueron gobernadas por *comites* ó condes.

Clases y categorías de las ciudades.—También éstas, segun los derechos políticos de que gozaban, estaban divididas en *colonias*, que, pobladas de ciudadanos y soldados romanos, tenían todos los derechos y las mismas leyes que la metrópoli; *municipios*, cuyos moradores gozaban el honor de ciudadanos romanos, se regían por sus propias leyes, y nombraban sus magistrados, pudiendo optar á las dignidades del imperio; *ciudades latinas*, pobladas de habitantes del Lacio, los cuales se igualaban á los ciudadanos de Roma así que recibían alguna magistratura; *ciudades libres* (inmunes), que, además de conservar sus leyes y magistrados locales, estaban exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del imperio; *ciudades confederadas*, que en un principio eran verdaderamente independientes; *tributarias*, sobre las que recaían principalmente los impuestos, y *estipendiadas*, ciudades pequeñas, como agregadas á otras mayores. Sabido es cómo todas estas distinciones fueron desapareciendo desde que Vespasiano extendió el derecho del Lacio á todas las provincias de España, concluyendo con todas las distinciones Antonino Pío, que hizo á todos los súbditos del imperio ciudadanos romanos (1).

(1) V. AULO GELIO, *Noctes Atticæ*, lib. xvi, cap. xiii, segun le cita Gibon (*Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, p. 44).—

Gobierno municipal.—Mas á medida que los pueblos se iban identificando con la metrópoli, ganaba terreno el derecho municipal ó de localidad, viviendo cada ciudad en una especie de independencia. El gobierno municipal se componia de una *curia* ó consejo de diez individuos, llamados *decuriones* y elegidos entre los principales vecinos. Ademas existian los *duunviros* y *quatuorviros*, que tenian á su cargo el cuidado de los caminos públicos; *ediles*, para la policía urbana; *curadores*, para la distribucion de los granos depositados en los graneros públicos. De esta manera regidas las ciudades, llegó cada una á formar una especie de república independiente, de lo cual se cuidaba poco la metrópoli, con tal que siguieran pagando bien los impuestos, lo único en que era inexorable (1).

Impuestos.—En cuanto á impuestos, ademas de las contribuciones ordinarias como capitaciones, tributos, derechos sobre sucesiones ó herencias, etc., comunes á todas las provincias, España tenía que abastecer á Roma con la vigésima parte de su producto anual en granos, y á precios puestos de antemano por los mismos magistrados de la metrópoli. Los derechos sobre sucesiones establecidos por Augusto, consistian en un cinco por ciento. Para la cobranza de todos estos impuestos habia una infinidad de recaudadores (*censitores*, *inspectores*, *arcarii*, *exactores*, etc.), que hacian sufrir mucho á los contribuyentes, sobre todo, los publicanos ó contratistas de las contribuciones (2).

Administración de justicia.—Para la administración de justicia parece existia la siguiente organizacion: *jueces* de las ciudades, llamados *decuriales*, *jueces decenviros*, *quatuorviros*, ó *triunviros capitales*, que equivalian á nuestros jueces de primera instancia. De éstos se apelaba á los *prefectos jurídicos*, esta-

CENI, *Dissertationes de Antiquitate Ecclesie Hispanæ*, tom. I.—MASDEU, *España romana*, tom. IX.—DEPING, *Histoire generale*, 11-33.—FLOREZ, *Medallas*.

(1) Ademas habia el *Defensor civitatis*, magistratura instituida por Valentiniano para proteger á los pueblos contra los abusos de la autoridad. Este cargo, que es el síndico de hoy, pasó del código Teodosiano al Breviario de Aniano, y de éste al Fuero Juzgo. En la época romana era elegido por las mismas ciudades. Recaredo los admitió despues, ora elegidos por el pueblo, ora por los obispos. Ley 2.^a, tit. I, lib. XII. For. Judic.

(2) V. DION. CASIO, lib. IV.—MASDEU, tomos V y VI.—DEPING, tomo II, lib. IV.—AZANZA, *Sobre el comercio de Roma*.

blecidos en los distritos, parecidos á las audiencias modernas, llamados *conventos jurídicos*, de los cuales habia siete en la Tarraconense, cuatro en la Bética y tres en la Lusitania.—Sobre éstos estaban los *jueces supremos imperiales*, establecidos en cada una de las provincias, y que regularmente eran los mismos gobernadores de éstas.—Desde Constantino se añadió el *tribunal del Vicario*, que era el juez supremo de la nacion.—Cada tribunal, ademas de sus ministros, ejecutores de la justicia, tenia sus *asesores* ó consejeros, que auxiliaban al juez; fiscales, abogados, etc.

Comicios y concilios.—Para tratar los negocios civiles que no tenian relacion con el foro judicial ni afectaban los intereses del Príncipe, se reunian los *comicios decurionales* en cada ciudad, ú otras juntas más generales, llamadas *concilios*. Estos, no sólo se celebraban en las capitales de provincia, sino que tambien en las de convento jurídico, en cuyo caso acudian los diputados de las ciudades subalternas.

Agricultura: comercio.—Desde que, convertida Roma en exclusivamente conquistadora, tenia abandonados los intereses de la agricultura, y sus campos, acumulados en pocas manos, se habian convertido en páramos ó eran escasamente cultivados por esclavos, tuvo necesidad de surtirse de granos y demas frutos de las provincias conquistadas, de las cuales algunas, como destinadas á abastecerla, recibieron el nombre de *nutrices*. De éstas era España, la cual, sin otra proteccion que la activa extraccion de sus productos, que le venian á comprar, no podia ménos de ver fomentada su agricultura, cuyos artículos, trigo, cebada, que eran los principales, aceite, vino, frutas, etc., tambien muy estimados de los romanos, así como sus ricas lanas y preciosos linos, salian continuamente embarcados de casi todos los puertos del litoral, en cambio del oro y plata que acopiaba la metrópoli de los países conquistados: única manera que tenian éstos de resarcirse de los grandes impuestos con que eran gravados. Así Roma, despreciando la agricultura y limitada á un comercio meramente pasivo, dejaba suavemente escapársele los caudales, que siendo de procedencia insegura, habia precisamente de ver agotados: tan cierto es que la riqueza procedente de las minas es muy inferior á la que producen la agricultura y los talleres y centros manufactureros (1).

(1) PLINIO, STRABON, DION. CASIO, y MASDEU, tom. v y vi.

Minería.—Excusado es decir cuán rico era el ramo de minería, puesto que este país había sido para los pueblos conquistadores antiguos lo que la América para los modernos. Así fué que los romanos sólo hicieron seguir beneficiando las minas abiertas por los fenicios y cartagineses, de las cuales continuaron sacando tanta abundancia de metales preciosos, que era España la parte del imperio donde más moneda se acuñaba, cuyo derecho tuvieron muchas ciudades.

Artes mecánicas y liberales.—En cuanto á las artes mecánicas, de suponer es que si ántes de la época romana los españoles conocían ya algunas de ellas, habían de progresar tanto más á favor de la civilización general en que entraron, como sucedió en efecto en muchos ramos, como en manufacturas de lana, linos, varios utensilios, armas, etc. Ni tampoco pudieron serles desconocidas, cuando ménos, algunas artes liberales, como la arquitectura y estatuaría, si, tenida en cuenta la aptitud que desde muy antiguo habían para ellas manifestado, consideramos la riqueza que en esta clase de obras había en España, de las cuales tantos y tantos restos existen y descubrimos cada día (1) (2).

Población de España.—Con tanta riqueza, pues, como la proporcionaba su suelo, protegida por un comercio puramente activo, no debemos extrañar que España reuniera una población numerosa (aunque algunos lo niegan), como se deduce del gran número de ciudades que tenía ya desde Estrabon, y resulta de los censos que se conservan de aquellos tiempos. Así no extrañaremos que contara más de treinta millones de habitantes, aunque fuera un obstáculo á su aumento las grandes quintas que los romanos la imponían para sus guerras extranjeras. Y sin embargo, una población tan numerosa era guarnecida con solas tres legiones, lo que prueba cuánto la España se había identificado con la metrópoli.

(1) V. *Antigüedades de España*, por VIU.—*Tarragona monumental*, por ALBICIANA y BUFFARUL.

(2) Sobre las *Vías de comunicación*, recomendamos los discursos de los señores Saavedra y Coello, al ser recibidos en la Academia de la Historia.

ESTADO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN LA ÉPOCA ROMANA.

LITERATURA PROFANA.—Hemos visto cómo los españoles, que desde un principio mostraban aptitud para las letras, se habían ido aficionando á su estudio desde Sertorio, desarrollándose su gusto por ellas en tiempo de Augusto. Entregados más detenidamente á su cultivo á favor de la paz que desde éste disfrutó la España, de la vulgarización de la lengua latina y del contacto con Roma, que entónces se hallaba en la edad de oro, pronto á los primeros poetas cordobeses, de que hemos hecho mencion, sucedieron nuevos poetas, oradores, filósofos é historiadores, que, fundando una escuela hispano-latina en la misma Roma, no sólo impusieron el sello de su gusto á la literatura romana, sino que, pasada la época de Augusto, y cuando la capital del mundo se hallaba sumida en medio de la corrupcion de sus costumbres, fué la española la única literatura que prevaleció en el imperio.

Poesia.—El ramo á que primero se dedicaron los españoles desde esta época, fué, como sucede en todos los pueblos, la poesía, en la cual sobresalieron:

Lucio Cornelio Balbo, de Cádiz, promotor de la poesía teatral;

Sestilio Hena, cordobés, del buen gusto en latinidad;

Julio Secundo, autor de versos acrósticos;

Lucio Junio Moderato Columela, de Cádiz, digno de ser co-tejado con Virgilio;

Marco Anneo Lucano, cordobes, poeta de verso fácil;

Séneca, el trágico, autor de las únicas tragedias latinas que han llegado á nuestros dias;

Marcial, de Calatayud, epigramático.

Lucio de Tuy, el Horacio de su siglo en poesía lírica;

Cayo Silio Itálico, de buen gusto, y

Trajano y *Adriano*, los emperadores, ambos poetas griegos y latinos, el primero juicioso y elegante, el segundo de gusto ateniense más que romano.

Oratoria.—Por lo que toca á la oratoria, aunque España no hubiera tenido en esta época más que á *Marco Fabio Quintiliano*, natural de Calahorra, éste solo bastára para poderse

gloriar de haber sido la primada de la elocuencia en la segunda época de los estudios romanos; pues sólo fué inferior á Ciceron en elocuencia, al paso que superó á todos por sus preceptos de Oratoria. Ademas tuvimos, anteriores á éste, á

Marco Porcio Latron, cordobés, primer profesor de mérito que tuvo Roma en sus escuelas de oratoria;

Junio Galion, uno de los cuatro mejores oradores de Roma, despues de la muerte de Ciceron;

Gavio Silon, de los hombres más elocuentes de su siglo;

Turrino Clodio, el mayor, excelente abogado;

Acilio Lucano, tambien muy acreditado en el foro;

Marco Anneo Séneca, escritor de mucho juicio y buen gusto;

Marco Anneo Lucano, de Córdoba, orador griego y latino; y despues de Quintiliano, *Materno*, de Calatayud, de los mejores abogados de su tiempo, y

Adriano, el emperador, declamador de estilo mediano.

Historia.—Tambien, ademas de la poesía y oratoria, manifestaron los españoles de aquella época particular aficion á la historia, entre cuyos escritores se cuentan:

Lucio Cornelio Balbo, el Mayor, de Cádiz, de estilo muy puro y elegante;

Julio Higinio, hombre doctísimo;

Lucio Floro, elegante; y los tres hombres insignes,

Trajano, que escribió su *Guerra de Dacia*;

Adriano, historiador griego de su propia vida, y

Antonio Juliano, que escribió las guerras judaicas de su edad.

Ciencias.—No ménos fecundo nuestro país en hombres científicos en todos los ramos, florecieron en medicina, la ciencia que parece se cultivaba más en el primer siglo,

Herotes, de Andalucía;

Lucio Cordio Sinforo, de Extremadura;

Cayo Allio Januario, de Beja;

Tiberio Claudio Apolinar, de Tarragona;

Marco Licinio, de Mallorca, etc., y á quienes se puede añadir

Julia Saturnia, que ejercia tambien la medicina con honor en Mérida, y en los demas ramos;

Cayo Julio Higinio, uno de los mayores literatos de la antigua Roma, escritor de agricultura, gramática, historia, geografía, astronomía y arte militar;

Lucio Anneo Séneca, excelente filósofo, físico, geógrafo y astrónomo, escritor de mucha erudicion;

Pomponio Mela, príncipe de los geógrafos latinos;

Turriano Gracula, tambien geógrafo, ambos andaluces;
Galion, botánico;

Moderato Columela, el sabio agrónomo de la antigüedad, *padre de la agricultura*;

Marco Columela, instruido en muchos ramos;

Moderato, gaditano, filósofo pitagórico;

Anneo Cornuto, de mucha doctrina y erudicion, filósofo estoico, así como

Anneo Sereno;

Adriano, que al ramo de poeta é historiador, agregó el de escritor de gramática, oratoria, filosofía, leyes y artes;

Flavio Mela, jurisconsulto, y

Félix, de Zaragoza, hombre muy docto.

LITERATURA CRISTIANA.—Mas no sólo en letras y ciencias profanas fué donde lucieron sus plumas tantos españoles de nuestra época romana, sino que tambien, desde que el cristianismo se fué extendiendo en nuestra patria, y sobre todo cuando Constantino se declaró su protector, así como de los que se aplicaban á las ciencias sagradas, fueron apareciendo tantos escritores religiosos en todos ramos de literatura, que un anónimo griego la llamó *la nacion fecunda en hombres doctos*, contribuyendo no poco con sus luminosas producciones á la propagacion de la fe en España y fuera de ella. Entre éstos se cuentan, en

Poesia.—*Cayo Vectio Aquilino Jureno*, el primer poeta sagrado de Occidente, que escribió en versos hexámetros la *Historia evangelica*;

Aurelio Prudencio, de Zaragoza, el mejor y más elocuente poeta sagrado de la antigüedad;

Latroniano, hombre muy erudito y culto;

Acilio Severo;

San Paulino, aunque frances, instruido en España;

San Dámaso, papa, etc.

En oratoria.—*Pedro de Zaragoza*, insigne orador;

Elpidio, profesor de elocuencia;

Actio Tiron Delfidio, profesor de Retórica;

Tacio Claro, obispo de Estoy, muy elocuente;

Desiderio, presbítero catalan, escritor fecundo;

San Paciano, obispo de Barcelona, de lenguaje puro.

Historia.—Menor número aparece de historiadores, pues apenas se cuentan más que

San Gregorio, bético, obispo de Granada;

Flavio Dextro, barcelonés;

San Filastrio, obispo de Brescia, autor de una historia de las herejías;

Idacio, también obispo, autor de Crónicas, y

Paulo Orosio, de Tarragona.

Teología.—Pero el ramo que más sobresale en aquella época es el de las ciencias teológicas, en las cuales contamos en primer lugar á

Oso, el obispo de Córdoba, á quien ya conocemos como presidente de concilios, lumbrera de la iglesia de España, orador fogoso, hombre docto y erudito, escritor robusto y elegante y autor de varias obras sagradas;

Olimpio, obispo de Barcelona, teólogo elocuente;

Ripuario, presbítero catalán;

Potamio, obispo de Lisboa;

Tiberiano, bético;

Dictimio, obispo de Astorga;

Audemio, también obispo, teólogo controversista;

Lucinio, bético, estudioso y erudito.

EDAD MEDIA.

LECCION XII.

REYES GODO, DESDE ATAULFO HASTA EURICO.—ATAULFO.—SIGERICO.—WALIA: INCORPORACION DE LA AQUITANIA.—TEODOREDO.—TURISMUNDO.—TEODORICO: EXTENSION DE SUS DOMINIOS.—EURICO: SU CÓDIGO: EXTENSION DEL REINO VISIGODO.

Entre los pueblos que invadieron el Imperio romano, hemos antes nombrado á los *Godos*, una de cuyas dos ramas, en que se dividía, pasó al Occidente y llegó á España.—¿Quiénes eran estos godos? Segun las mayores probabilidades, procedían de la Escandinavia, desde cuyo país se fueron corriendo por el Este de Europa con el nombre de *Gothones*, por el Vístula, y de *Getas*, entre el Ister y Ponto Euxino (1).

En esta emigracion pudieron estar en contacto con los ger-

(1) V. JORNANDEZ, *De Getarum sive Gotorum origine et rebus gestis*, cap. IV.—PRCCOPIO, *De Bello gothico*, lib. IV, cap. V.—OLAO MAGNO, *Hist.*, lib II, cap. XXII.

manos y recibir de éstos sus usos y costumbres. Establecidos sobre el río Boristenes, en donde iban perfeccionando su nacionalidad, recibieron aquí el Cristianismo, pero de la secta arriana, que les predicó el obispo Ulphilas, quien les enseñó también el uso de las letras. Luégo aparecen divididos en dos ramas, *ostrogodos* ó *godos orientales*, y *visigodos* ó *godos occidentales*, según su situación. Este es el pueblo que hemos visto invadir las provincias del imperio de Oriente, pasar á Italia con Alarico, y llegar á España con

Ataulfo.—Corría el año 414 de Jesu-Cristo, cuando Ataulfo, que, como hemos visto, se habia establecido en la Galia meridional, penetraba por los Pirineos orientales, probablemente con ánimo de arrojar de España á los bárbaros, que se la habian dividido, y fundar en ella un imperio gótico: pensamiento que sólo dejó iniciado á sus sucesores, pues aunque tomó á Barcelona y tal vez atacó á los vándalos, fué asesinado por su sucesor

Sigerico, quien á los siete dias sufrió la misma suerte por los suyos, que proclamaron á

Walia: Incorporacion de la Aquitania.—Llevando éste adelante el pensamiento de Ataulfo, desalojó de la Bética á los vándalos (1), á quienes obligó á refugiarse entre los suevos, y volviendo contra los alanos, los aniquiló en su mayor parte. Respetó á los suevos por un resto de consideracion á Roma, de la cual, por librarse de él, se habian hecho tributarios. Honorio, que veia estos triunfos de Walia como cosa propia, se los gratificó cediéndole la segunda Aquitania. Fijó su corte en Tolosa, donde murió, sucediéndole

Teodoredo (420), quien, llamados los vándalos al Africa por el conde Bonifacio, vió libre de esta plaga á la Península. Venciendo al general romano Litorio, extendió sus dominios en la Galia hasta el Ródano. En esta misma época tuvo lugar la terrible invasion de los Hunnos con Atila, quien, coaligados Teodoredo, Meroveo, rey de los francos, y Aecio, general romano, fué derrotado en los Campos cataláunicos, aunque costó la vida á Teodoredo, á quien, por eleccion de los soldados en el mismo campo de batalla, sucedió

Turismundo (451).—Odioso éste á los suyos por su avaricia y crueldad, fué asesinado por sus hermanos Federico y su sucesor

(1) V. IDATH, *Chronicon*.—Id., *Hist. Suevorum*.

Teodorico (453): Extension de sus dominios. — Aunque subió al trono por tan infame medio, extendió su reino á expensas de los suevos, á quienes, después de vencerlos en la batalla de Orbigo, redujo al rincón de Galicia, y de los romanos, á cuya obediencia sólo quedaron algunas ciudades diseminadas. También en la Galia extendió sus dominios hasta el Loira. Persiguió á los católicos. Murió en Tolosa, á manos de su hermano y sucesor.

Eurico (466): Su código. — Este siguió dilatando sus dominios por la Galia, con las conquistas de Arlés, Marsella y Clermont, y acabó de expulsar de España á los romanos. Pero entre las glorias de este ilustre monarca, figura muy importante la formación del primer código escrito de leyes que tuvieron los visigodos, quienes hasta entónces se habían gobernado por sus costumbres, recopiladas desde ahora en el llamado *Código de Eurico*. Murió en Arlés, año 484.

Extension del reino visigodo. — Constituido Eurico el primer rey del todo independiente de los romanos en España, el reino de los visigodos tocó el apogeo de su grandeza, pues comprendía toda la Península, excepto la Galicia que tenían los suevos, desde ahora olvidados en aquellas montañas, y en la Galia, el país desde el Océano hasta el Loira y el Ródano. También le pertenecían las tierras entre el Durazno, el mar y los Alpes Ligurios. Pero este rey tuvo también sus defectos. Además de subir al trono por medio del fratricidio, arriano frenético, persiguió duramente á los obispos católicos, especialmente de las Galias, con lo cual preparó la pérdida de los dominios en éstas en el siguiente reinado.

LECCION XIII.

REYES GOLOS DESDE ALARICO HASTA LEUVIGILDO. — ALARICO: SU CÓDIGO. — DESMEMBRACIÓN DE LA AQUITANIA. — GESALEICO. — AMALARICO. — TEUDIS. — TEUDIGELO. — AGILA. — ATANAGILDO. — LOS GRIEGOS EN ESPAÑA. — LIUVA.

Alarico: Su código. — Hijo y sucesor de Eurico, y más legislador que guerrero, Alarico dió otro código á su reino, aunque tan sólo para los hispano-romanos, llamado *Breviario de*

Alarico y tambien *Breviario de Aniano*, del ministro que lo refrendó. Este código fué tomado de la legislacion romana, no de las costumbres, como el de Eurico.

Desmembracion de la Aquitania. — La dureza con que Eurico habia tratado á los obispos católicos de las Galias, tenía preparada la separacion de la Aquitania, pues aprovechando Clodoveo, rey de los francos, y católico celoso, el descontento de aquellos prelados, no obstante las protestas de paz que habia hecho á Alarico, le presentó batalla en Poitiers, y derrotados los visigodos con muerte de su rey, fué la Aquitania incorporada al reino de los francos. Sólo quedó á los godos la Septimania, llamada Galia Gótica. Muerto Alarico, fué elevado al trono

Gesaleico (507), en perjuicio de Amalarico, hijo legítimo, que sólo contaba cinco años de edad. Pero, obligado á huir por Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y abuelo materno del niño Amalarico, quedó éste declarado rey, bajo la tutela de Teudis, que fué una especie de regente, nombrado por el mismo Teodorico, quien le dirigió en el gobierno.

Amalarico. — Declarado Amalarico mayor de edad (524), casó despues con Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los cuatro reyes, entre quienes se habia dividido el reino de los francos. Los malos tratamientos que Amalarico hacía sufrir á Clotilde porque era católica (no obstante haberse pactado al celebrar el matrimonio, que cada uno de ellos pudiera seguir profesando su religion), excitaron la indignacion de sus hermanos, y penetrando Childeberto, uno de ellos, con ejército por las tierras de Amalarico, le venció y dió muerte.

Teudis (532). — Muerto Amalarico sin sucesion, fué elegido su tutor Teudis. Malograda una expedicion de los francos para quitarle las tierras que todavía conservaban los visigodos en la Galia, penetraron los mismos, diez años despues (542), en la Península, poniendo sitio á Zaragoza. Pero, movidos del respeto religioso que les inspiraron las reliquias de S. Vicente, que los sitiados sacaron en procesion alrededor de la ciudad, levantaron el cerco, quedando satisfechos con una reliquia del mismo santo, que les fué entregada, con la cual y el botin hecho á su paso por Navarra, se volvieron á su país, no sin sufrir un fuerte descalabro por las tropas de Teudis, que les salió al encuentro en los Pirineos.

Expedicion al Africa. — Poco tiempo despues fué completamente destruida en el sitio de Ceuta una expedicion que Teu-

dis habia mandado al Africa para contener el progreso de los griegos de Constantinopla, que se acababan de apoderar del reino de los vándalos, y era de temer proyectáran otro tanto con el reino de los visigodos. Muerto Teudis por mano asesina, le sucedió por eleccion

Teudiselo (548), general suyo, quien, aborrecido por sus vicios, fué tambien al año siguiente asesinado en Sevilla.

Agila (549), su sucesor, y de iguales costumbres, se vió desobedecido por várias ciudades, como Córdoba, en cuyos muros fueron derrotadas sus tropas. Persiguió á los católicos.

Atanagildo. Los griegos en España.—A favor de éstos disturbios, Atanagildo, que deseaba sustituir á Agila, lo consiguió con ayuda de los griegos de Africa, á quienes dió en recompensa el territorio de la costa desde Gibraltar hasta Valencia. Asegurado en el trono, Atanagildo volvió contra los mismos griegos, no contentos con la parte que les habia cedido; mas, aunque les venció, no fueron totalmente expulsados hasta muchos años despues, como verémos. La córte, hasta entónces nunca fijada en ninguna parte, fué definitivamente asentada por este rey en Toledo, donde murió (557).

Lliva (562), elegido, despues de un interregno de cinco años, por los grandes de la Galia Gótica, fué tan modesto y desprendido, que, deseoso de acabar sus dias en su país natal, solicitó y obtuvo de los nobles le fuera agregado en el mando su hermano Leovigildo, á quien luégo cedió todo el gobierno de la Península, reservándose para él tan sólo la Galia Gótica. A su muerte (572) entró á reinar en todo el imperio visigodo el mismo Leovigildo.

LECCION XIV.

REINADO DE LEOVIGILDO.—SUMISION DE LA BÉTICA.—SUMISION DE LOS CÁNTABROS Y SUEVOS.—GUERRA ENTRE CATÓLICOS Y ARRIANOS.—JUI-CIO SOBRE LEOVIGILDO.

Sumision de la Bética.—La empresa primera de este azaroso reinado fué la expulsion de los griegos, quienes, siempre descontentos con la parte que tan impolíticamente les habia ce-

dido Atanagildo, trataban de consolidarse más de lo que indudablemente habia entrado en los pactos con aquel rey. Leovigildo, pues, marchó contra ellos, y aunque no pudo expulsarlos de todo su territorio, les quitó las ciudades de Málaga, Baza y Asidonia (Medina-Sidonia). Con estas adquisiciones y la toma de Córdoba, que se mantenía independiente desde Agila, le quedó sometida toda la Bética, no sin que dejara sentir sus crueldades.

Sumision de los cántabros y de los suevos (1).— Poco tiempo despues marchó contra los cántabros, quienes, auxiliados por los suevos, habian tratado de sustraerse á la dominacion visigoda, los cuales vencidos, revolvió contra los suevos (que despues de un siglo reaparecen en la historia) (575), á quienes obligó á pedir la paz, que les concedió como una tregua, pues más adelante los agregó á su reino.

Guerra entre católicos y arrianos.— Despues de la conquista de la Bética, y aprovechando el ascendiente que ésta le habia dado, Leovigildo consiguió de los nobles que fueran asociados á su gobierno y reconocidos príncipes herederos sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Hermenegildo, á quien dió el gobierno de Sevilla, abrazó el catolicismo á instancias de su esposa Ingunda, que era católica, y de Leandro (2), arzobispo de aquella ciudad. Irritado el padre por tan inesperada conversion del hijo, trató de apartarle de su gobierno, y llamándole á Toledo con pretexto de negocios de Estado, Hermenegildo, que recelaba de esta llamada, desobedeció. No fué menester más para que la guerra quedára de hecho declarada entre el hijo, que representaba el elemento español ó católico, y el padre, representante del elemento godo ó arriano.

Sitiado Hermenegildo por su padre en Sevilla, abandonó esta ciudad despues de dos años de resistencia, refugiándose á Córdoba, donde, acosado por Leovigildo, se echó á sus piés implorando la clemencia de padre. Pero éste le aprisiona, y no pudiendo hacerle abjurar ni con halagos ni con tormentos, le desterró á Valencia. Mas, protegido Hermenegildo por el pueblo, en su mayoría católico, y aliado con los griegos, se levantó nuevamente contra Leovigildo, quien le hizo preso, y, des-

(1) V. IDATIO, *Hist. Suevorum*.

(2) Sobre si Hermenegildo era sobrino, como dicen los más, de Leandro. V. al Sr. AMADOR DE LOS RIOS, obra citada, tom. 1, pág. 310.

pues de emplear todos los medios para traerle al arrianismo, le hizo dar muerte. La Iglesia le venera entre los santos.

Renovadas en España las escenas del tiempo de los Dioclecianos en Roma, vióse en esta ocasion, así en el padre como en el hijo, obrar ántes la creencia religiosa y la razon de estado, que la ternura filial en el uno y el respeto paternal en el otro. Pero, lo mismo que en Roma se despedia de aquella manera el paganismo, así en España hacía sus últimos esfuerzos el arrianismo, que, vencido en la opinion, le verémos en el reinado siguiente arrojado hasta de las gradas del trono. Aun se duda si el mismo Leovigildo ántes de morir (587) abjuró su errada creencia (1).

Juicio sobre Leovigildo. — Por lo demas, si apartamos de Leovigildo su fanatismo por la herejía de Arrio, que le llevó hasta el extremo de desnudarse de los sentimientos de padre, no hallamos acaso otro rey godo más digno de memoria. Valiente en la guerra, venció á los suevos, cuyo reino agregó al suyo; refrenó el poder de los griegos imperiales, y rechazó por mar y tierra los ejércitos de los francos, quienes validos de las disensiones de sus estados, habian intentado quitarle la Galla Gótica. En la paz, fué tambien político, engrandeció el trono real y reformó ó dió nuevas leyes sobre las de Eurico (2). Pero dejó tambien sentir más de una vez su crueldad con los vencidos.

(1) V. AMADOR DE LOS RÍOS. Obra citada, tom. 1, pág. 317 y siguientes.

(2) V. ISIDORO, *Chron. Gothorum*.

LECCION XV.

REINADO DE RECAREDO.—EL CATOLICISMO RELIGION DOMINANTE.—SÍNTOMAS DE REACCION ARRIANA: LOS FRANCOS RECHAZADOS EN LA GALIA GÓTICA.—CONCILIO 3.^o DE TOLEDO: SOLEMNE ABJURACION DE RECAREDO: LEYES QUE EN ÉL SE ESTABLECEN.—LIUVA II.—WITERICO.—GUNDEMARO.—SISEBUTO.—DECRETO CONTRA LOS JUDÍOS.—RECAREDO II.—SUINTILA: REDUCE TODA LA ESPAÑA Á SU CETRO.—SU CONDUCTA EN LA PAZ.—SISENANDO: 4.^o CONCILIO DE TOLEDO.—CHINTILLA: 5.^o Y 6.^o CONCILIOS DE TOLEDO.—TULGA.—CHINDASVINTO: 7.^o CONCILIO DE TOLEDO.—RECESVINTO: 8.^o CONCILIO DE TOLEDO.—UNION CIVIL ESPAÑOLA.

El catolicismo religion dominante.—Sucedió á Leovigildo su hijo Recaredo, quien, instruido como su hermano Hermenegildo, en la religion católica, la cual se cree profesaba en secreto, hízola al poco tiempo religion del trono, ya que era la profesada por la mayor parte de sus súbditos. Todo cambió de aspecto en España, á la manera que habia sucedido en otro tiempo en Roma con la conversion de Constantino. Los obispos desterrados por el fanatismo de Leovigildo vuelven á sus sillars; se fundan y dotan monasterios, y, sin otras armas que la persuasion y el ejemplo del Monarca, gran número de arrianos abraza el símbolo de Nicea.

Síntomas de reaccion arriana: Los francos rechazados en la Galia gótica.—Pero si en España no hubo un Juliano como en Roma, no faltaron algunos obispos arrianos que, mal avenidos con el cambio religioso del Monarca, le armaron, unidos con algunos nobles, y aún la reina viuda de Leovigildo, várias conspiraciones, hasta contra su misma vida, las cuales venció el católico Recaredo, así como á los francos, que, bajo su rey Gontran, habian vuelto á invadir la Galia gótica.

Concilio 3.^o de Toledo: Solemne abjuracion de Recaredo: Leyes que en él se establecen.—Este mismo rey hizo que se reuniera el concilio 3.^o de Toledo (589), en el cual, despues de abjurar solemnemente su errada creencia, procuró que se arreglára la disciplina de la Iglesia, al paso que trató tambien de reformar la legislacion civil, dictando algunas disposiciones con tendencia á la fusion de las razas española y goda. Por último, despues de un reinado tan memorable por todos

conceptos, murió este ilustre y virtuoso monarca, á los quince años de ocupar el trono, sucediéndole su hijo

Liuva II (601), que á los dos años fué asesinado por el traidor é ingrato, y á la vez sucesor

Witerico (603), interrumpiéndose otra vez la sucesion dinástica como en tiempo de Amalarico. No es conocido su reinado más que por el descrédito en que cayó por haber querido restaurar el arrianismo. Murió tambien asesinado, sucediéndole

Gundemaro (610), elegido por su reputacion tanto para el gobierno como para la guerra. Atacó á los vascos, que amenazaban el interior de la Península, y venció á los griegos, que no cesaban en sus correrías por tierras de los godos; pero murió á los dos años de reinado.

Sisebuto (612), uno de los reyes godos más célebres; sujetó á los astures y rumones, y sobre todo á los griegos, á quienes sólo dejó algunas plazas en los Algarbes.

Decreto contra los judíos.—Pero, llevado sin duda de un celo mal entendido por su religion, puso á los judíos (tal vez fundadamente sospechosos de inteligencias secretas con sus hermanos de Africa) en la alternativa de expatriarse ó de bautizarse, como lo hicieron unos 90.000 que, convertidos en la apariencia, fueron desde entónces otros tantos enemigos secretos. Al morir dejó el trono á su hijo

Reccaredo II (621), apuntando así otra vez la sucesion dinástica. Pero, muriendo á los cuatro meses, fué elegido

Suintila: Reduce toda la España á su cetro.—Venciendo á los montañeses de la Cantabria y Vasconia, y arrojando totalmente á los griegos, pudo ver toda la España bajo su cetro, lo que no habian aún logrado los reyes godos (624).

Su conducta en la paz.—Pero este príncipe, que tanta gloria adquirió en la guerra, fué oprobio de todos en la paz. Avaro, sensual y tirano, se granjeó tanto el ódio de los nobles y el clero (acaso por haber asociado al gobierno á su hijo Racimiro con ánimo de que le sucediese), que permitieron á Sisenando le quitára, como lo hizo con ayuda de los francos, la corona, que se ciñó el mismo

Sisenando (631): 4.º concilio de Toledo.—Fué el primer acto de este monarca la reunion del 4.º concilio de Toledo, al que acudieron sesenta y nueve obispos, presididos por S. Isidoro. Sisenando, que se creia usurpador de la corona, se prosternó ante este concilio en la actitud más humilde, suplicando se le confirmára en el trono y fueran inhabilitados Suin-

tila y su hijo, como lo hicieron los padres del concilio, que tambien se ocuparon en el arreglo de la disciplina eclesiástica y reforma de las costumbres, como el mismo Sisenando lo solicitaba. Tambien se dieron otras várias disposiciones de derecho mixto. Murió Sisenando, á los cinco años de reinado, sucediéndole, por eleccion,

Chintilla: 5.º y 6.º concilios de Toledo.—Lo más notable de este reinado es la celebracion de estos dos concilios. Dirigiéronse los cánones, del 5.º especialmente, á asegurar la persona del Príncipe contra toda tentativa de usurpacion. En el 6.º se trató ademas de la seguridad de los bienes adquiridos por la Iglesia, y de las condiciones requeridas en los que habian de ceñir la corona, quedando, entre otros, excluidos los decalvados ó tonsurados. En este mismo concilio se dictaron algunas disposiciones de intolerancia contra los judíos. A instancia suya le sucedió, por eleccion de los obispos, su hijo

Tulga (640), jóven de poca edad y experiencia, por lo que, abusando de él, y acaso por mirarse mal la sucesion hereditaria, fué depuesto, usurpándole el trono el viejo, pero enérgico

Chindasvinto (642): 7.º concilio de Toledo.—Éste logró reinar pacíficamente por medio de su severidad (1.) Fué amante de las letras y religioso: dotó iglesias y convocó el 7.º concilio de Toledo, en el cual, ademas de otros asuntos de interés eclesiástico, se dictaron medidas contra los traidores al Rey y la patria. Con ayuda del clero consiguió asociar al gobierno, y que le sucediera, á su hijo

Recesvinto (649): 8.º concilio de Toledo.—Sosegada una sublevacion de los vascones de la Aquitania y España, dirigidos por Froya, uno de tantos nobles descontentos, reunió el 8.º concilio de Toledo, en el cual, entre otras leyes acerca de la eleccion de los reyes, se dió la que ordenaba se hiciera ésta por los obispos y los mayores de palacio ó del pueblo, en la ciudad cabeza del Imperio, ó en el mismo pueblo en que cesára el último monarca.

(1) Segun FREDEGARIO (*Apendix historiæ Francorum*, lib. III, cap. 82), este rey hizo matar á doscientos de los mayores de la nobleza, y á quinientos de los menores: esto, añade, porque conocia en los godos la enfermedad que padecian de degradar á los reyes: *Cognito morbo Gothorum, quem de regibus degradandis habebant*. Nuestras crónicas no dicen nada sobre este hecho.

Union civil española.—Este mismo rey dió la ley canuleya española (1), en cuya virtud se permitieron ya los matrimonios entre godos y españoles, quedando así establecida la unidad política y civil en todo el reino, ya que desde Recaredo existia en la fe (2). Murió este rey en el pueblo de Gertricos, cerca de Valladolid (672).

LECCION XVI.

WAMBA.—SU ELECCION.—SUBLEVACIONES CONTRA WAMBA.—WAMBA EN LA PAZ.—DESTRONAMIENTO DE WAMBA.—ERVIGIO: 12.^o CONCILIO DE TOLEDO: EGICA.—FUERO JUZGO.—WITIZA.—D. RODRIGO: DESCONCIERTO DEL REINO.—ESTADO DE LA SOCIEDAD.—OCASION PARA LA ENTRADA DE LOS ÁRABES.—ENTRADA DE TARIF EN ESPAÑA.—PROYECTO DE LOS HERMANOS É HIJOS DE WITIZA.—BATALLA DEL GUADALETE.—SUMISION DE LA ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

WAMBA (672) (3).—**Su eleccion.**—En el mismo pueblo de Gertricos, segun la última ley mencionada, se hizo la eleccion de Wamba: eleccion que no tiene semejante en la historia, por cuanto, negándose éste, segun dicen, á aceptar la corona, tan sólo la tomó cuando, amenazado con una espada, se le puso en la alternativa de elegir la muerte ó el gobierno. Modestia tan singular no podia ménos de ir acompañada de las demas prendas que deben adornar á un rey, como se vió en éste. Wamba era varon ilustre, del Oficio Palatino.

Sublevaciones contra Wamba.—Tuvieron lugar en su reinado várias sublevaciones, si bien todas fueron vencidas. Sujetos los vascones, que nuevamente se habian insurreccionado, marchó contra Ilderico, conde de Nimes, que tambien se

(1) La ley visigoda que venia prohibiendo estos matrimonios estaba tomada del código Teodosiano, que prohibia al romano tomar mujer bárbara, persa ó extranjera. CODEX TEODOSIANUS, lib. III, cap. I, *De Nuptiis gentilibus*.

(2) Desde ahora el *Forum Judicum* comienza á tener fuerza general en todo el reino.

(3) *España Sagrada*, tom. v.—*Historia Wambæ regis* á D. Juliano Toleti sedis episcopo.

habia rebelado, así como Paulo, general de Wamba, mandado contra aquél, y que levantando tropas en la España Tarraconense, habia pasado á la Septimania con ánimo de sublevarla y de proclamarse rey, como lo efectuó, declarando destronado á Wamba. Tomadas por éste Barcelona y Gerona, penetró en la Septimania, y cercándoles en Narbona, y por último en Nimes, todos los traidores cayeron en poder de Wamba, quien se mostró con ellos tan clemente despues de vencidos como valiente al combatirlos. Posteriormente venció tambien en una batalla naval á los sarracenos, que habian invadido nuestras costas meridionales.

Wamba en la paz.—Una vez asegurada la paz, Wamba se dedicó con no ménos éxito al buen gobierno del Estado. Promovió várias obras públicas, especialmente en Toledo; dió algunas leyes, como la famosa *De iis qui ad bellum non vadunt*, é hizo reunir dos concilios, en Toledo y Braga, en los cuales se trató casi exclusivamente de asuntos referentes á la Iglesia.

Destronamiento de Wamba.—Por último, una estratagemma de Ervigio hizo cesar á este célebre monarca de una manera tan extraña como habia empezado, sucediéndole el mismo

Ervigio (680): 12.º concilio de Toledo.—Receloso éste siempre de su seguridad en el trono que habia usurpado, se hizo reconocer en el 12.º concilio de Toledo, en el cual se revocaron tambien algunas leyes de Wamba. Confirmó algunas leyes contra los judíos. Trasmitió la corona á

Egica (687): Fuero Juzgo.—Sobrino de Wamba, y casado con Cixilona, hija de Ervigio. Aunque habia jurado á su suegro amparar á su familia, encumbrada á expensas de los favorecidos de Wamba, la hizo sufrir todo lo que éstos á su vez habian sufrido, una vez desvanecidos sus escrúpulos por la decision del 15.º concilio de Toledo, el cual declaró que ántes era obrar con justicia, como primer deber de los reyes, que observar un juramento incompatible con ésta. Reunió ademas los concilios 16.º y 17.º de Toledo. Sosegó una conspiracion fraguada contra él, y dió algunas leyes, muy duras, contra los judíos.—Con el fin de que le sucediera su hijo Witiza, le asoció al gobierno, dándole el de Galicia. Por último, este rey fué quien dió la última mano al *Fuero Juzgo*, que fué acaso su única gloria.

Witiza (701).—Oscuro se presenta el reinado de éste, tanto por la escasez de documentos acerca de su historia, como por la diversa manera de juzgar sus hechos los escritores. Pero to-

dos convienen en que al principio de su reinado se señaló con medidas justas, humanitarias y benéficas, como el indulto general, que concedió á los que sufrían condenados por su padre en el destierro y las cárceles, á los cuales devolvió sus bienes y honores, cuyas medidas y algunas otras le granjearon el afecto y estimacion del pueblo. Hasta aquí van acordes los historiadores. Pero difieren mucho acerca de la segunda época de su reinado, presentándole unos como un dechado de crueldad, despreciador de las leyes eclesiásticas, y sobre todo por su desfreno en los placeres sensuales. Otros le absuelven de casi todos estos defectos, al paso que algunos se contentan con presentarlo más morigerado. En cuanto á la manera de cesar en su reinado, parece fué por una revolucion que le destronó, reemplazándole con D. Rodrigo (709).

D. Rodrigo: Desconcierto del reino.—Era D. Rodrigo, segun dicen, de la familia de Chindasvinto (1), lo cual produjo entre ésta y la de Witiza tal rivalidad, que causó la division del reino en dos opuestos y reñidos bandos; cuyo desconcierto, ayudado de la inmoralidad que en los últimos años habia reinado, ponía á la nacion en un estado crítico, el cual no se curaba el nuevo monarca de prevenir con su prudencia, ni corregir con su ejemplo. Ya no eran los visigodos aquel pueblo conquistador, cuya energía le habia hecho tan formidable: habia éste ido sucesivamente decayendo despues del reinado de Recaredo; y aunque resucitó algun tanto en los tiempos de Chindasvinto y Wamba, esta reaccion no fué más que el último aliento para morir luego en los dos últimos reinados: tan cierto es que las naciones, así como los individuos, se enervan con las dulzuras que traen consigo una larga paz y prosperidad.

Estado de la sociedad.—Por otra parte, la sociedad española se hallaba en el estado más deplorable, entre otras causas, como la antipatía de razas, ya por la dura abyeccion en que se encontraba la clase, bastante numerosa, de siervos y esclavos, cuya suerte no habia mejorado desde la época romana (2); ya

(1) Sobre la progenie visigoda de D. Rodrigo, puesta en duda, véase al SR. AMADOR DE LOS RÍOS, *Hist. crítica de la Lit. Española*, tomo II, pág. 129.

(2) Así lo dice Dozy. Sin embargo, los siervos no carecían de proteccion en el *Fuero Juzgo*, el cual, teniendo á unos y otros por hijos de Dios, despojó á los señores de aquellos derechos tan duros y crueles que las leyes romanas les daban.

por la desesperacion á que habian reducido á los judíos las leyes que desde Sisebuto, y sobre todo desde Egica, se habian dictado contra ellos. Y como el servicio de las armas estaba encargado á mayor parte de individuos de la clase sierva que de la libre, resultaba que la defensa del Estado se hallaba confiada á hombres dispuestos ántes á hacer causa comun con el enemigo que á combatir por la patria. De esta manera la España visigoda, encerrando dentro de sí misma aquel gérmen de disolucion, habia llegado á tal grado de debilidad, que, siquiera ayudado por la traicion, un ejército de 12.000 hombres fuera bastante para apoderarse de ella.

Ocasión para la entrada de los árabes.— Así se encontraba la nacion visigoda, cuando un pueblo robusto, lleno de vigor juvenil, y fanatizado por una religion conquistadora, llamaba á sus débiles puertas en su veloz carrera de conquistas. En efecto, dueños los árabes de todo el Norte de Africa, á la sazón gobernado por Muza, resistiales solamente la plaza de Ceuta, única que en aquel litoral conservaban los griegos bizantinos, y la cual, no pudiendo, por su distancia y aislamiento, defenderla el Emperador de Oriente, mantenía estrechas relaciones con España. Así, su gobernador Julian, que habia mandado á su hija á Toledo, á fin de educarla conforme á su clase, tuvo la desgracia de que, prendado de ella, el Rey la deshonorára. Lleno de cólera Julian abrió las puertas de su ciudad á Muza, prévio un tratado ventajoso, y hablándole luego de la España, le excitó á probar su conquista, poniendo sus navíos á su disposicion, pues los árabes no tenían escuadra. Muza escribió al califa Walif pidiéndole autorizacion, quien, juzgando arriesgada la empresa, le ordenó que explorára ántes el terreno con tropas ligeras, sin comprometer un ejército grande á los peligros de una expedicion al otro lado del mar. Obedeciendo Muza, mandó á Abu-Zora-Tarif, con solos 400 hombres y 100 caballos, quienes, pasando el Estrecho en los navíos proporcionados por Julian, saquearon los alrededores de Algeciras y se volvieron al Africa (Julio, 710) (1).

Entrada de Tarik en España.— Al año siguiente, aprovechando Muza la ocasion de hallarse Rodrigo sosegando una sublevacion de los vascos, mandó á España á otro de sus lugartenientes, llamado Tarik-ibn-Ziyad, con 7.000 musulma-

(1) Véase á Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*.—Leide.

nes, casi todos berberiscos, á los cuales acompañó Julian. Y pasado el Estrecho en los mismos navíos de que se había servido Tarif, los reunió sobre la montaña, que de su nombre se llamó Gebal-Tarik (Gibraltar), á cuyo pié se hallaba la ciudad de Carteya. Mientras mandó contra ésta al árabe Abdelmelik, que la sometió, Tarik, avanzando hasta el lago de Janda, apercibió á Rodrigo, que venía contra él á la cabeza de un numeroso ejército. Tarik, en la dificultad de retirar al Africa sus tropas con las cuatro solas embarcaciones de que disponia, aunque así lo deseára, aconsejado por la ambicion, la codicia y el fanatismo, se decidió por seguir adelante en la empresa, y pidiendo refuerzos á Muza, le mandó éste 5.000 berberiscos, con los cuales su ejército sumaba 12.000 hombres: escasa fuerza, comparada con el ejército de D. Rodrigo, si la traicion no hubiera suplido el número.

Proyectos de los hermanos é hijos de Witiza.—En efecto, habiendo D. Rodrigo subido al trono derribando, y acaso dando muerte á Witiza, tenía contra sí, como hemos dicho, un partido muy poderoso, á cuya cabeza estaban los hermanos é hijos de este rey. Obligados éstos á marchar con Rodrigo en su expedicion contra Tarik, le siguieron, en efecto, pero con la reservada intencion de venderle tan pronto como llegáran á las manos con el enemigo. Proponianse estos traidores solamente destronar á D. Rodrigo, lo cual creían conseguir tan pronto como éste perdiera en una derrota su fama de capitán valiente y afortunado; pues no pensaban, en su escasa prevision, que los musulmanes se propusieran conquistar la España, sino únicamente hacer una correría que les proporcionára un rico botin para volverse al Africa: de esta manera, guiados por un estrecho egoismo, entregaron la patria á los enemigos.

Batalla del Guadalete.—Tuvo lugar esta batalla en las orillas del Guadalete (1) el 19 de Julio de 711. Mandadas las dos alas del ejército español por los hijos de Witiza, y compuestas principalmente de siervos de estos príncipes, retrocedieron gus-

(1) Parece, segun las crónicas árabes, que esta batalla no se dió cerca del rio Guadalete, sino del Guadi-Becca (rio de Becca), que es, ó el rio Barbado, que pasa por el Este de Vejer de la Frontera, ó el rio Salado, que desemboca algo más al Norte que el anterior. El pueblo Becca, de quien el rio debió tomar su nombre, pudo estar en las *Casas Altas de Meca*, ó *Torre de Meca*, cerca de la embocadura del Barbado. Dozy, *Recherches*, t. 1, pág. 315.

tosos á las órdenes de sus jefes. El centro, dirigido por el mismo D. Rodrigo, se sostuvo algun tiempo más, pero al fin flaqueó, y entónces los musulmanes hicieron una horrible carnicería sobre los cristianos. Al parecer, Rodrigo murió en la accion, pues no se ha sabido más de él.

Sumision de la España por los árabes. — Tarik, aprovechándose del terror que en los españoles infundiera la derrota del Guadalete, emprendió la conquista de toda la Península, y seguido luego de Muza, que tambien acudió, celoso de las glorias de su subalterno, en ménos de dos años, aunque no sin encontrar resistencias (1), se vieron dueños de toda ella, excepto las fragosidades del Norte y el pequeño reino que, en virtud de un convenio, dejaron al valiente godo Teodomiro, el cual comprendia las ciudades de Lorca, Mula, Orihuela, Alicante y otras.

ESTADO POLÍTICO, SOCIAL Y RELIGIOSO DE LA ESPAÑA GODO-ESPAÑOLA.

Del Rey. — Desde tiempos remotos los reyes de los visigodos eran electivos, y así continuaron siendo desde que se apoderaron de España, si bien la eleccion debia recaer en individuos de ciertas familias. Esta circunstancia y su disciplina militar hacian que la persona real fuese muy respetada, lo cual y una eleccion cada vez encerrada en límites más estrechos, iban preparando la sucesion hereditaria. Así, aunque los primeros reyes que en España tuvieron los visigodos subian por eleccion, bien pronto se dejó ver la tendencia á la sucesion hereditaria, ora eligiendo parientes ó hijos de los finados, ora permitiendo que, á imitacion de algunos emperadores romanos, los reyes fueran asociando á sus hermanos ó hijos en el gobierno de la nacion, ó ya consintiendo que el hijo sucediera al padre, como se vió ya al principio en Alarico respecto á Eurico; y mucho más posteriormente, sobre todo desde Recaredo, á quien, ya sin contradiccion alguna, sucede su hijo Liuva II. Despues de éste, como hemos visto, fueron alternando la sucesion y eleccion, pero predominando aquella, interrumpida alguna vez, acaso por las cualidades del monarca reinante. Por lo cual, bien puede asegurarse que, á medida que la nacion visigoda se aparta de su origen, el sistema heredi-

(1) No fué tan suave como generalmente se cree la conquista de España á los musulmanes, pues encontraron vivísima resistencia en varias ciudades, y aún en el campo. V. SIMONET, Discurso de recepcion en la Universidad de Granada, pág. 84 y sig., y á Dozy, *Recherches é Histoire des musulmans d'Espagne*.

tario prevalece más. ¿Qué invocaban en su favor los hijos de Witiza al aliarse con los sarracenos, sino su derecho á la corona, usurpada por D. Rodrigo? No será, por lo tanto, muy aventurado suponer que, á no desplomarse tan pronto la monarquía visigoda, no hubiera mucho tardado en darse una ley de sucesion hereditaria al trono. Este es el hecho observado en la mayor parte, si no en todos los pueblos, y que, por lo tanto, bien puede llamarse una ley de la historia.

Eleccion de Rey.—Esta se hacía conforme á lo estatuido en los concilios 4.º y 8.º de Toledo, interviniendo el clero y la nobleza: es dudosa una ley que dicen daba participacion al pueblo. Sin embargo, en el principio de la monarquía, y hasta que el pueblo conquistador se esparció y fijó por todo el territorio español, es probable que intervinieran todos en la eleccion del rey, como sucedió con Sigerico y Wialia, ora aclamándole al mismo tiempo, ora dando su consentimiento á la eleccion hecha: consentimiento ó aclamacion que más adelante no debió significar más que el voto de obediencia pasiva al nuevo monarca.

Limites de la autoridad real.—La autoridad de los reyes estaba limitada por los nobles y los obispos, aunque tales limitaciones no eran legales, sino resultado del influjo de estas dos clases; por cuya razon tampoco podian ser permanentes, dependiendo de la mayor ó menor preponderancia que, ora el rey, ora las otras clases tuvieran, segun las circunstancias. La influencia del clero, sobre todo, llegó en algun tiempo á tanto grado, que puede decirse dependió de él la autoridad real, como se vió en Suintila, quien fué depuesto en el 4.º concilio de Toledo, porque *crudelisimam potestatem in populo exercuerat*, siendo los súbditos absueltos de su juramento de fidelidad que le habian prestado. En este mismo concilio los Padres propusieron que en las causas en que pudiera caber pena capital, no pudiera el rey dictar sentencia de muerte, no siendo de concierto con otros jueces, aunque tal vez no pasara esto de una recomendacion piadosa hecha al rey Sisenando.

Extension de las prerogativas del Rey.—Por lo demas, las facultades de los reyes se extendian tambien hasta asuntos puramente eclesiásticos, como á la promulgacion de reglamentos de Disciplina, aunque tal vez esto no lo hicieran más que alguna vez y sólo interinamente para casos urgentes, y presidir en los tribunales de apelacion en causas puramente eclesiásticas (1).—Tambien nombraba ó presentaba el rey los que habian de ser obispos de las sedes vacantes, y aun llegó á trasladar á algunos de una sede á otra; más esto sucedió porque las iglesias de España, que en union con el pueblo se venian desde la época romana eligiendo sus obispos, convinieron en mandar al Rey una lista de candidatos para que hiciera la eleccion. Pero desde el año 681 todas las iglesias cedieron á la Iglesia Toledana el derecho de informar al Rey sobre el nombramiento de los obispos (2). Tambien, por efecto de las circunstancias, el Rey se arrogó convocar los concilios de Toledo.

Oficio palatino.—El oficio palatino, *Palatinum collegium* ó *Aula Regia*, institucion de procedencia romana, consistia en una especie de consejo de los Reyes visigodos, compuesto de duques, condes y otros

(1) Así está expresamente reconocido en el concilio 13.º de Toledo.

(2) Esta es la primera vez que aparece como superior el arzobispo de Toledo.

altos dignatarios que eran elegidos por el Rey. Databa el Oficio palatino desde los Reyes Chindasvinto y Recesvinto, aunque ya Leovigildo parece tuvo una corte compuesta de altos dignatarios parecidos á los actuales ministerios de nuestros Reyes.

Esta institucion, moderadora en lo que entónces cabia, de la autoridad del Rey, no se mantuvo siempre en sus limites, así como tampoco en los suyos los monarcas, sobre todo los que subian al trono usurpando la corona. De aquí el que el Oficio palatino se fuera envileciendo con la entrada en él de siervos y libertos, nombrados por algunos reyes que los necesitaban, los cuales no habian de armonizar, como no armonizaban, con la clase noble, siguiéndose abusos muy graves, los cuales trató de evitar el 13.^o concilio de Toledo.

Eran las funciones del Oficio palatino: auxiliar al Rey en el ejercicio de la potestad legislativa, deliberando con los obispos en los concilios; dar su parecer á los reyes cuando éstos lo solicitaban en los asuntos áridos, y formar con el Rey el tribunal supremo que sentenciaba en ciertas causas graves, como en la del rebelde P'aulo en tiempo de Wamba.

Legislacion.— Como todos los pueblos, los visigodos se regian en un principio por sus usos y costumbres, sin leyes escritas, hasta que Eurico les dió el código que lleva su nombre. Signió la raza conquistadora con estas leyes, que se fueron mejorando ó reformando en las asambleas ó concilios de Toledo, de cuyos decretos se fué formando el célebre código de los visigodos, llamado *Liber legum visigotorum*, *Forum Judicum* ó *Fuero Juzgo*. No es aquí nuestra mision ocuparnos de este código, que pasa por el mejor de su época: baste decir que, despues de doce siglos de existencia, todavía, á través de nuestros frecuentes cambios de dominaciones, influencias extranjeras y vicisitudes políticas y civiles, conserva hoy fuerza obligatoria con preferencia á las *Siete Partidas*.

Como hemos dicho á su tiempo, el código de Eurico tan sólo obligaba al pueblo visigodo ó conquistador, pues el pueblo hispano-romano ó conquistado, como que conservaba su nacionalidad y rehusaba mezclarse con los dominadores, se siguió rigiendo por las leyes romanas, de las cuales, y principalmente del código Teodosiano, Alarico les formó otro código, exclusivo para ellos, llamado *Código de Alarico* ó *Brebiario de Anniano*. Así siguieron ambos pueblos separados civilmente, hasta que se hizo del Fuero Juzgo la legislacion general.

Administracion civil y militar.— Aunque conquistador, el pueblo visigodo vino á ser dominado por la superior cultura de los hispano-romanos, de quienes fué tomando sus instituciones administrativas. Ya hemos visto cómo el gobierno supremo era ejercido por el Rey, asistido de los concilios y del oficio palatino. Seguian en dignidad al Rey, y segun los cargos: el *Comes Thesaurorum seu Ærarii*, encargado de la cobranza de los tributos; el *Comes Patrimonii*, que administraba los bienes del Rey ó de la corona; el *Comes Notariorum*, que era como el primer secretario del Rey; el *Comes Sparthariorum*, que era el jefe de la guardia del Príncipe; el *Comes Scanciarum*, que parecia ser el mayordomo mayor de la casa real y jefe de los escanciadores ó coperos, oficio de grande autoridad en Castilla; *Comes Cubiculi*, especie de camarero mayor; *Comes Stabuli* (despues Condestable), que tenia á su cuidado los caballos del Rey, como nuestro actual caballerizo mayor. Segun algunos, su autoridad se extendia á la milicia y á la

casa real. *Comes exercitus, militum seu rei militaris*, el que dirigia todo lo referente á la milicia y á la guerra.

En cuanto al gobierno de las provincias, éstas eran regidas por *duques* (*à duce*), y las ciudades por *condes*, con autoridad civil y militar. Las principales atribuciones del duque, título ya introducido por Constantino, eran mantener la disciplina de los ejércitos y velar por la defensa de las provincias en caso de guerra. En la época de que tratamos hubo en España duques de Cantabria, Cartagena, Mérida, Lusitania y Narbona. Después de la conversion de Recaredo se crearon los *duces limitanei*, ó duques de las provincias más lejanas, para defender las fronteras de la monarquía: eran los duques como nuestros capitanes generales, que tenían también la administracion civil (1).

Los *condes* de las ciudades (*comites civitatum*), inferiores á los del Oficio palatino, inmediatos en autoridad á los duques (2), tenían las atribuciones de guardar y hacer guardar los preceptos superiores, administrar justicia, juntar la hueste, y los demas pormenores del gobierno. Su administracion tenía más de civil que de militar, mientras la del duque era lo contrario. En tiempo de guerra habia además *comites rei militaris*, que hacian las veces de los duques, *ad regni limites custodiendos*.

Después de los duques y condes venía el *Gardingo*, cuya dignidad, no bien averiguada, parece debia ser un cargo militar, con la obligacion de acudir con las armas en caso de guerra. El *Tiuphado* era otra autoridad, inferior al Gardingo, revestida de jurisdiccion civil y criminal: mandaba un cuerpo de tropas llamado *Tiupha*, á las órdenes del conde, y tenía á las suyas á los *quingentenarios*, *centenarios* y *decanos*, que estaban á la cabeza de quinientos, ciento ó diez hombres, á semejanza de los tribunos, centuriones y decuriones de los romanos.

El *Vicarius*, cargo no bien averiguado, parece debia ser un teniente del conde en el gobierno y administracion civil. Algunos creen que era un juez, como los nuestros, de una ciudad ó territorio, para entender en lo civil y criminal. Tal vez era el mismo cargo [que el del *Vicarius* el *Præpositum comitis vel civitatis*, y si no era el mismo, sólo se diferenciaba en la extension de sus atribuciones.

Las magistraturas de las villas y lugares eran:

El *Villicus*, autoridad civil, como nuestros alcaldes de un pueblo de corto vecindario, aplicado á las faenas del campo.

Actor loci, ó procurador del lugar, que ejercia funciones propias de una autoridad encargada de la policia judicial.

Pacis adsertor, juez diputado por el Rey para conocer de ciertas causas y dirimir las por avenencia.

Compulsor exercitus, el encargado de apremiar á los morosos para que acudieran á las armas en caso de guerra, pues el servicio militar obligaba á todos.

Además existian otras magistraturas de carácter municipal, que venian á ser las mismas que hemos nombrado en la época romana. Harémos, sin embargo, mencion de el *Defensor civitatis*, magistratura po-

(1) (2) V. Petri Paulini, *De dignitatibus et officiis regni ac domus regie Gothorum*.

pular instituida para defender (síndico) á los pueblos contra los abusos de la autoridad (1).

Estado de los conquistados ó hispano-romanos.—Apostados los visigodos de España, convinieron con los naturales en dejar á éstos un tercio de las tierras de labor, reservándose ellos los otros dos tercios. Los montes quedaron sin dividir. No podian hacerse alteraciones en esta division, pues la ley prohibió á los hispano-romanos pedir ni tomar posesion alguna de la de los visigodos, y á éstos menoscabar la porcion de aquéllos. Las tierras de los visigodos estaban exentas de gravámen, lo cual explica la anterior prohibicion, pues pasando á los conquistadores las tierras dejaban de pagar tributo.

En cuanto á los individuos, era tal la diferencia que mediaba entre el pueblo conquistador y el conquistado, que las leyes llamaban *nobiles* á todos los godos, mientras los hispano-romanos eran denominados *viliores*, ora fueran ingenuos, siervos ó libertos. Se explica, por lo tanto, muy bien el que estuvieran prohibidos los matrimonios entre individuos de uno y otro pueblo. Las clases en que estaban divididos la ma-

(1) Este cargo, que es el síndico de hoy, pasó del Código Teodosiano al Breviario de Amiano, y de éste al *Forum Judicum*. En la época romana era elegido por las mismas ciudades; y Recaredo lo admitió despues, ora elegido por el pueblo, ora por los obispos. Ley 2.^a, tít. I, lib. XII, *For. Jud.* Esto se explica muy bien, puesto que el Defensor se habia tanto corrompido que San Isidoro dijo: *eversores non defensores existunt*. Por lo cual no es extraño el que se encargáran de elegirle los obispos, quienes tomaron por su cuenta la conservacion de los restos de la libertad antigua, mientras el clero inferior se esparcia por los campos y fundaba iglesias, centro de las parroquias, alrededor de las cuales se creaba el municipio rural. Estos mismos párrocos se encargaban de la educacion popular fundando escuelas de primeras letras, á la vez que *xenodochios* ú hospitales para los pobres y peregrinos; todo lo cual formaba entre clero y pueblo un vínculo religioso-civil.

Discútese entre los eruditos si subsistió ó no el municipio romano en la época visigoda. Nada hay que extrañar el que, puesto que, conquistada la España por los visigodos, éstos dejaron á los vencidos como formando una nacionalidad, separada con su religion, usos, costumbres y hasta su legislacion, consintieran en ésta la institucion de la curia con todos sus cargos adjuntos, pues en nada parece hacia peligrar tal institucion la dominacion general de los conquistadores. Pero, aparte de esta consideracion, hay en el Fuero-Juzgo indicios de haber existido el municipio entre los hispano-romanos, entre otros la ley 19, título IV, lib. V, de *non alienandis privatorum et curialium rebus*. Esta ley del Fuero-Juzgo, observa muy bien el Sr. Colmeiro en su obra citada, fué conservada en este Código á pesar de los expurgos que sufrió en los concilios 7.º, 8.º, 12.º y 16.º, en los cuales se propuso por los reyes que los convocaron, el que en este Código se dejáran únicamente las leyes que estaban en uso ó no superfluas; luégo la ley de *non alienandis privatorum et curialium rebus* estaba vigente; luégo habia curiales; luégo habia curia ó municipio.—V. COLMEIRO, *Curso de Derecho administrativo*, pág. 91 y sig.

por parte de los españoles eran tres: libres, libertos y siervos ó esclavos, separadas entre sí por barreras casi insuperables. Mas también había, como en la Roma antigua, hijas de un estado de sociedad diferente, otras clases menos separadas entre sí que las anteriores, como eran las de nobles y plebeyos, señores y esclavos, patronos y libertos, y dividiéndose los nobles en primates y seniores, palabras y clases correspondientes á las antiguas de *senatores* y *equites*, y á las modernas de grandes y caballeros.

También los esclavos eran diversamente clasificados, según el grado de servidumbre, como en *idonei* ó *boni* y *viles*, de los cuales los primeros diferían de los sirvientes domésticos de hoy solamente en que el servicio era perpetuo; y en *nati* ó *facti*, según su procedencia. La suerte de algunos esclavos había mejorado poco desde la época romana, si bien tenían asegurada por las leyes la vida, y las hembras su honor.

Concilios de Toledo.—Resta decir algo sobre los concilios de Toledo, los cuales eran en su principio una institución puramente eclesiástica, como otros concilios, que desde el primero ó el de Illiberis, se venían celebrando en España. Invadida ésta por los visigodos, sus reyes, no obstante ser arrianos, permitían á los obispos católicos el que continuáran reuniendo sus concilios; así se celebraron el primero y segundo de Toledo, éste bajo el reinado de Amalarico, de quien se dice que protegió su libertad en las deliberaciones. Ahora bien, sabemos que en un principio los visigodos arreglaban sus asuntos en asambleas generales de todo el pueblo; cosa no difícil cuando éste era todo soldado y no se había fijado aún en el terreno conquistado. Mas cuando, dejando la espada por el arado, los visigodos se fueron extendiendo por toda la Península y aun más allá del Pirineo y del estrecho Gaditano, las asambleas generales del pueblo se hicieron materialmente imposibles, y la nobleza sola resumió el derecho que ántes pertenecía á todos. Así las cosas cuando ocurre la conversion de Recaredo, quien por sí mismo (ó á título de protector de la Iglesia) convoca el tercer concilio de Toledo, cuyo objeto principal es sabido.

Desde ahora, y convertida casi toda la nación al catolicismo, los obispos, tanto por su carácter sacerdotal como por ser la clase más instruida, era natural adquirieran la influencia que fueron ejerciendo en los asuntos civiles; y que, por lo tanto, los reyes les propusieran el voto de algunos decretos referentes á lo temporal, ó que los mismos obispos tomáran la iniciativa, haciéndolos por vía de amonestacion ó de ruego al Rey, los cuales éste aprobaba y promulgaba como leyes civiles del reino.

A los primeros concilios asistían solamente los obispos, como que sólo se reúnan para lo puramente espiritual, aunque incidentalmente, por decirlo así, se decretáran algunos asuntos temporales. El primero, á que asistió también la nobleza, fué el 5.º, sin volver á asistir en el 6.º y 7.º, aunque se tratáran también en ellos de asuntos temporales; pero sí al 8.º, celebrado en tiempo de Recesvinto. En adelante continuó asistiendo siempre que se ventiláran asuntos temporales, y así los concilios se convirtieron en verdaderas asambleas eclesiástico-civiles.

Aunque los reyes convocaban los concilios, lo hacían á título de protectores de la Iglesia. Desde luego que los obispos acudían por derecho propio. En cuanto á los magnates, sólo acudían por llamamiento del Príncipe, no por título alguno superior á la voluntad de éste, aunque

el Rey debiera tener en cuenta al designarlos la dignidad de los que habian de concurrir. Excusado es decir que durante las sesiones, mientras se trataban asuntos puramente eclesiásticos, los nobles eran meros expectadores pasivos (1).

En su lugar veremos más adelante cómo las Córtes de la Edad Media estaban basadas en los concilios de Toledo.

La Iglesia.—En cuanto á la Iglesia, su jerarquía se componia de metropolitanos, obispos y párrocos, reconocido, por supuesto, el Papa como cabeza de la Iglesia universal, y que por más que otra cosa se diga, desde tiempos muy tempranos ejerció considerable influjo sobre el clero español. La autoridad de los metropolitanos, desconocida en España en la época romana, se introdujo en la visigoda. El número de obispos, sin contar los arzobispos, venia á ser unos ochenta, quienes tenian sobre los párrocos tanta potestad, que podian cambiarlos de iglesias y aún privarles de su cargo, sin responder ante nadie de ello. Las iglesias percibian, ademas de las donaciones voluntarias, los diezmos, instituidos por el tiempo de la conversion de Recaredo, cuyo sobrante se solia emplear en hospitalidad y limosnas.

Las obligaciones del clero eran tantas que apenas le quedaba tiempo para ocuparse en asuntos seculares; pues, á las ordinarias de la misa, el canto de maitines, visperas y demas horas de la Iglesia, oír confesiones y administracion de sacramentos, agregaba las de visitar á los enfermos, enseñar á los ignorantes y atender á la educacion de los adultos. Algunas iglesias tenian el *derecho de asilo*. Otro privilegio del clero era obligar al tribunal secular á que enmendára su fallo injusto, siempre que de éste se apelára á aquél, si bien, en cambio, tambien los magistrados seculares podian intervenir en la conducta del Clero.

Los Concilios eran diocesanos, metropolitanos y nacionales: éstos solos eran los que convocaba el Rey.

Los *Monasterios*, no conocidos en la época romana, tuvieron principio en el siglo VI, reuniéndose en ellos aquellos ermitaños que, aspirando á una vida más santa, vivian retirados en las soledades, yermos ó desiertos, cultivando la tierra y dedicados á lecturas devotas ó á la oracion. De las reglas á que estos monasterios se fueron sujetando, la primera introducida en España fué la de San Benito. Las ocupaciones principales del Monje consistian en ejercicios religiosos, meditacion, lectura devota y trabajo corporal, debiendo emplear en éste seis horas diarias. El sustento ordinario era de raices, hierbas y frutas; nada de carne, excepto en las fiestas. En los dias de ayuno sólo se alimentaban de pan y agua.

Esto eran en su principio los monjes, quienes posteriormente pasaron de legos á sacerdotes, siéndoles concedido edificar sus iglesias y ejercer las funciones sacerdotales, por lo cual los monasterios fueron recibiendo dotaciones que les aliviaban de un trabajo material, al cual no se podian dedicar tanto por impedirse su nuevo ministerio, si bien en cambio se dedicaban tambien á la enseñanza y al estudio de las ciencias y letras, que, como es sabido, se refugiaron á estos asilos solitarios, en donde se conservaron á traves de la oscuridad de la Edad Media.

(1) V. COLMEIRO, obra citada.

Así, no es extraño que de estos centros del saber y de virtud salieran, como sucedió, tantos varones eminentes en ciencia y santidad, de los cuales iban muchos á ocupar las sillas episcopales, como San Eladio, Eugenio II y San Ildefonso, procedentes del monasterio Agaliense, que tanto realzaron la de Toledo, así como otros muchos.

ESTADO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN LA ÉPOCA VISIGODA.—POESÍA.—ORATORIA.—HISTORIA.—CIENCIAS FÍSICAS.—ARQUITECTURA.—ESCULTURA.—MÚSICA.—POESÍA POPULAR.

En medio de la ignorancia en que yacian las demas naciones de Europa, fundadas por los invasores del imperio romano, la España, ménos corrompida que aquéllas, á la llegada de los visigodos, fué la en que más pronto los dominadores comenzaron á instruirse, y la que, por lo tanto, más floreció en todas clases de cultura durante la época de que tratamos. Prueba de ello son, aparte del testimonio de los mismos extranjeros, la aplicacion que á varios ramos del saber se vió en las mismas personas reales; la institucion de colegios, seminarios y otras escuelas, y el empeño con que se recogian libros y fundaba bibliotecas (1). Reseñaremos los hombres más eminentes en cada ramo del saber.

Gramáticos y Lingüistas.—La lengua que usaron los visigodos en España fué la latina, que, dejando la suya propia, tomaron de los vencidos, con la particularidad de que fué aquí en donde mejor se conservó. Entre los gramáticos más notables se cuentan: *San Isidoro*, sin duda alguna el primero de la época; *San Braulio de Zaragoza*, de cuya latinidad y elocuencia dice San Isidoro que pasmó á la misma Roma (2). Pero no sólo se hacía estudio de la lengua latina, sino tambien de la griega y hebrea, y esto en el siglo VII, cuando ya habian llegado á estar del todo olvidadas en el resto de Europa: en éstas florecieron:

Avito, presbítero de Braga, helenista, en el siglo V;

Pascasio, diácono de Dumio, que tradujo las vidas de los Padres griegos y varios diálogos de los santos monjes de Egipto (3), siglo VI;

Juan Biclarense, obispo de Gerona, siglo VI, tambien helenista (4);

(1) Los colegios ó seminarios de educacion eran de dos clases: unos para *clérigos*, que se educaban en las casas de los obispos, bajo la direccion de un sacerdote, y otros de *niños*, puestos por sus padres en los monasterios, en que los monjes más ancianos les daban leccion de virtud y letras.

En cuanto á bibliotecas, las hubo en gran número, así de particulares como de las comunidades religiosas, siendo las más notables la del Conde de San Lorenzo, la de San Isidoro y la del monasterio Servitano.

(2) (3) MASDEU, t. XI, *España antigua*, págs. 315 y 317.

(4) V. AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia crítica de la Literatura española*, t. I, caps. VI y VII.

San Isidoro, cuyos escritos atestiguan bastante sus conocimientos en griego y hebreo, y

San Julian de Toledo, helenista, ambos del siglo VII.

Poesía.—Aunque la Poesía solamente se mantuvo en estado mediano, dió en España más frutos que en todos los demás países juntos de Europa, siendo de notar que en esta época comenzó á usarse la rítmica. Los más notables poetas fueron:

Draconcio, oriundo de la Bética, que escribió un poema sobre la Creación, titulado *De Deo*, por él, y generalmente conocido con el nombre de *Hexaemeron seu de Opere sex Dierum* (1);

Orencio, que nos dejó su *Comunitorium*, con algunos himnos y veinticuatro oraciones, dirigidas á exaltar, como *Draconcio*, la idea católica contra la idolatría;

San Isidoro de Sevilla, el grande escritor de aquella época, quien, como poeta, escribió un poema titulado *De Fabrica Mundi*, aunque se duda sea suyo, y otras composiciones, como los versos dirigidos á su biblioteca y á varios autores de libros de la misma;

Florentina, hermana de *San Isidoro*, la primera poetisa sagrada que registra nuestra historia literaria (2);

San Braulio, obispo de Zaragoza, que dejó el poema *De vana sæculi sapientia*, y el himno, tan conocido, dirigido á *San Emiliano*;

Máximo y *Conanancio*, obispos de Zaragoza y Palencia, tan notables por sus *Himnos* (3);

San Eugenio, de Toledo, poeta principalmente elegíaco (4);

San Valerio, que escribió *Las Visiones*;

El rey Sisebuto, muy protector de los estudios, que escribió algunas cartas en verso y buen latín;

Chindasvinto, que dejó también algunas cartas y dos epitafios (5).

Oratoria.—No tan decaída tampoco en España como en otros países, se distinguieron:

Leon, consejero del rey Eurico, muy celebrado;

Montano, obispo de Toledo, muy estimado por su fácil y natural facundia;

El Monje agaliense, Justo, de mucho ingenio, celebrado por *San Ildefonso*;

San Leandro;

San Isidoro, de buen gusto en la oratoria;

San Braulio, obispo de Zaragoza;

Protasio, de Tarragona, celebrado por su elocuencia; y otros varios, como *Conancio*, agradable y copioso, y el rey *Sisebuto* (6).

Historia.—Pero aventajaron más nuestros españoles en la Historia, estudio tan abandonado, sobre todo en Italia: sobresalieron:

(1) V. AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia crítica de la Literatura española*, t. I, cap. VI y VII.

(2) Idem, t. I, *Apéndice*.

(3) Véanse sus poesías en el t. I de los PP. Toledanos.

(4) AMADOR DE LOS RÍOS, obra citada, cap. IX.

(5) MASDEU, t. XI, obra citada.

(6) AMADOR DE LOS RÍOS, obra citada, cap. VI.

Orosio, presbítero de Braga, que floreció á principios del siglo v y escribió su obra de *Las Historias*, dividida en siete libros, que abrazan desde el Diluvio hasta la caída del Imperio romano, dirigida á vindicar al Cristianismo contra las acusaciones de los gentiles. Fué muy apreciada durante toda la Edad Media (1).

Idacio, obispo de Gallecia, que compuso un *CRONICON*, desde 379 á 469, narrando las depredaciones de los bárbaros en España (2).

Juan de Biclara, que dejó una *Crónica*, desde 567 á 589;

Máximo, obispo de Zaragoza, cooperador del anterior (3).

S. Isidoro, quien, como historiador, escribió las obras *De Viris illustribus—De Regibus Gothorum*, que abraza desde Amalarico hasta Suintila, — una *Historia de los vándalos y suevos*, que llega hasta la extincion de estas dos naciones, — y el *Chronicon* desde el principio del mundo hasta el quinto año del emperador Heraclio (4).

S. Braulio, que escribió la Vida de S. Emiliano (ó S. Millan); el Martirio de los hermanos Vicente, Sabina y Cristeta; Vidas de los Padres, etc.

S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, quien entre sus muchas obras, como irémos viendo, dejó como historiador, su obra *De Viris illustribus* (5).

S. Julian, también arzobispo de Toledo y discípulo de S. Ildefonso, todos de la escuela fundada por S. Isidoro: escribió la *Historia de la Rebelion de Paulo*, obra muy apreciable, por cuanto en ella vuelve á dar á la historia la majestad de los tiempos clásicos (murió en 620) (6).

Paulo Emeritense, diácono, quien dejó un libro *De Vita et miraculis Patrum emeritensium* (murió en 622) (7).

Valerio, que escribió la vida de S. Fructuoso y de Sta. Echeria (8).

Jurisprudencia.—En cuanto á Jurisprudencia, no hay nacion alguna de aquella época que pueda compararse á España por los muchos hombres grandes que se dedicaron á ambos Derechos. Diganlo los códigos que se firmaron. Los más célebres juriscónsultos fueron:

S. Martin de Dumio, que compuso una version latina de los cánones griegos, y

S. Isidoro, el autor principal de los trece decretos del concilio Hispalense 2.º, y de los setenta y cinco del Toledano 4.º (9).

Teología.—La Teología dogmática y moral fué el principal estudio de nuestros celosos eclesiásticos de la España goda, sobresaliendo:

S. Leandro, que escribió dos libros contra el arrianismo.

S. Eutropio, abad, que también lo combatió.

S. Isidoro, á quien ya conocemos sobresaliente en todos los ramos del saber, pues en su libro de las *Etimologías* trata de cuantos estudios tienen relacion con la ciencia divina y humana, con la vida moral y vida material del hombre, en un grado de no despreciable cultura (10).

S. Eugenio, que escribió un libro titulado *De Sancta Trinitate* (11).

(1) AMADOR DE LOS RIOS, obra citada, cap. vi.

(2) (3) (4) (5). Idem, id., tomo i, cap. vii y viii.

(6) (7). AMADOR DE LOS RIOS, obra citada, tomo i, cap. ix.

(8) (9) MASDEU, tomo xi, obra citada.

(10) (11) V. AMADOR DE LOS RIOS, obra citada, tom. i, cap. viii y ix.

S. Ildefonso, discípulo de *S. Eugenio*, que dejó el libro *De perpetua virginitate Sanctæ Mariæ*, contra los secuaces de *Helvidio* y *Joviniano*, y las obras *De Cognitione Baptismi*, *De Itinere Deserti*, y otras mencionadas por *S. Julian* y que no han llegado á nosotros (1).

Tajou, obispo de *Zaragoza*, de quien ha quedado un comentario de los libros canónicos (2).

Valerio, que escribió un libro *De vana sæculi sapientia*; el tratado *De Monachorum penitentia* y *De genere Monachorum* (3).

Ciencias físicas.—Tocaute á las demas ciencias, hay poco que decir en esta época, por lo que sólo mencionaremos á

Castorio, geógrafo, aunque no sea cierto su origen español (4).

Luciniano, obispo de *Calahorra*, geómetra (5).

Juan, obispo de *Zaragoza*, astrónomo (6).

Eugenio II de Toledo, id.

S. Isidoro, cuyo libro *De natura rerum*, escrito por expreso mandato del rey *Sisebuto* para su propia instruccion, trata de los fenómenos que en maravillosa armonia ofrece la creacion (7).

Arquitectura, escultura y numismática.—Tampoco estas artes fueron cultivadas más que en lo necesario para sus fines. La Arquitectura era sencilla y grosera. Sus iglesias, bajas, pequeñas y oscuras, sin elegancia alguna. Sabido es que la arquitectura llamada gótica no pertenecía á los visigodos españoles, pues fué introducida mucho tiempo despues (8). No ménos descuidada estuvo la Escultura, cuyas figuras, que hacian únicamente para las iglesias ó sepulcros, eran groseras y mal acabadas en su trabajo. Asimismo las medallas y monedas son toscas y sin valor alguno artístico, ni para ilustrar la Historia (9).

Música.—Otra cosa puede decirse de la *Música*, pues parece fueron conocidas las notas musicales, aunque no sepamos en qué forma, por cuanto muchos compositores dejaron sus trabajos escritos á la posteridad. El canto en las iglesias, que se acompañaba regularmente con el órgano, se procuraba fuese muy pausado y devoto, para no confundirlo, dice *S. Isidoro*, con la afeminada música de los teatros (10).

Poesía popular.—También hubo en la época visigoda su poesía popular, consistente en multitud de *Himnos religiosos*, por medio de los

(1) V. AMADOR DE LOS RÍOS, obra citada, tom. I, cap. VIII y IX.

(2) V. FLOREZ, *España Sagrada*, tom. XXXI, pág. 175.

(3) V. FLOREZ, id., id., tom. XIV, pág. 341 y 370.

(4) (5) (6). MASDEU, tom. XI, obra citada.

(7) AMADOR DE LOS RÍOS, obra citada, tom. I, cap. IX.

(8) Sin embargo, *D. Vicente Lafuente* dice que el nombre de gótica puede significar su analogía con edificios que pudo haber de los visigodos. V. su *Historia eclesiástica de España*.

(9) MASDEU, obra y tomo citados.

(10) Véase como se expresa esta lumbrera de la Iglesia; pues que de todo trató en su libro *De Officiis ecclesiasticis*, señalando las dotes que debian adornar á los salmistas: «vox autem ejus non aspera, non rauca, vel dissonans, sed canora erit vel suavis, liquida atque acuta, habens sonum et melodiam santæ religioni congruentem, non quæ tra-

cuales la Iglesia trató de distraer al pueblo de los muchos ritos, usos y costumbres gentílicos que todavía existían, los más de ellos muy opuestos á la moral evangélica. Pues como el pueblo, muy aficionado á la poesía, se desahogára con ciertos versos y cantos idolátricos, hasta impúdicos, la Iglesia procuró cambiarles estos cantos gentílicos por cánticos religiosos, logrando así desterrar en gran parte los usos paganos, mientras no les quitaba sus esparcimientos poéticos.

En estos himnos, pues, se celebraban, no sólo los grandes misterios de nuestra religion y el valor de los mártires con todas las festividades del año, sino que también la profesion de las vírgenes, consagracion de los obispos, ordenacion de los confesores, los natalicios, nupcias, funerales, etc., sirviendo hasta para estrechar los vínculos entre el pueblo y los reyes, como se ve en el himno *In ordinatione regis*, que se cantaba por magnates, clero y pueblo, en el acto de ungir al nuevo soberano; en el himno *In natalitio regis*, en que de la misma manera se celebraba el aniversario de su nacimiento, y otros y otros, que le dirigían cuando iba á las batallas, y, lo que es más, hasta cuando volvía vencido, considerando la desgracia como un castigo con que Dios avisaba los extravíos de todos, como se ve en el triste y lastimoso himno *Pro varia clade*, que terminaba *Hanc peccata plagam nostra merentur*, etc., etc., (1).

LECCION XVII.

ESPAÑA ÁRABE. — GOBIERNO DE LOS PRIMEROS EMIRES. — ABDELAZIZ Y AYUB. — EL HORR Ó ALAOR-ALZAMA-ABDERRAMÁN-AMBIZA-ADERRAMÁN. — BATALLA DE POITIERS. — OCBA. — YUSUF EL FIRITA. — SEPARACION DE LA ESPAÑA ÁRABE DEL CALIFATO DE DAMASCO. — ESPAÑA CRISTIANA. — PRINCIPIO DE LA RESTAURACION. — BATALLA DE COVADONGA. — PELAYO REY. — FAVILA. — ALFONSO EL CATÓLICO: EXTENSION DEL REINO CRISTIANO. — RESTAURACION DEL CULTO CATÓLICO.

España árabe: Gobierno de los primeros emires. — Conquistada la España y considerada por los califas de Damasco como una de tantas provincias de su vasto imperio, fué regida por *walíes* ó gobernadores hasta que se hizo independiente for-

ducem exclamat artem, sed quæ christianam simplicitatem in ipsa modulatione demostret, nec quæ musica vel teatrali arte redoleat, sed quæ compunctionem magis audientibus faciat.» ¿Qué diría hoy aquel celoso prelado si oyera las orquestas usadas en los principales funerales y las grandes festividades de Madrid?

(1) Véase las ilustraciones al tomo I de la obra citada del Sr. Amador de los Ríos, quien publica un gran número de estos himnos.

mando el emirato ó califato de Córdoba. Entre estos walíes se distinguieron los siguientes:

Abdelaziz y Ayub.—Dedicado el primero á regularizar la administracion y fijar la condicion de los vencidos, dejó á éstos el libre ejercicio de su culto con sus templos y sacerdotes, y sin más cargas que un tributo (1), no tan pesado como era de temer. Así es que los españoles que se quedaron entre los árabes,

(1) Sin que en los dias de la invasion y conquista los musulmanes dejáran de cometer grandes atropellos, muertes y asesinatos en gente indefensa, niños y ancianos, con otros excesos que en invasiones semejantes han cometido los más de los pueblos y ejércitos conquistadores con los vencidos, y esto aún en nuestro siglo y en la culta Europa, es necesario convenir en que, calmado el oleaje de la invasion, los árabes no fueron con los españoles tan tiranos como era de temer de unos conquistadores tan extraños por su procedencia, raza y costumbres. Verdad es que la mayor parte de los pueblos de la Península opusieron muy poca resistencia, y esto debian agradecerlo los árabes. Así fué que los vencedores dejaron á los españoles con sus leyes y sus magistrados; les ponian gobernadores de los suyos, encargados de recaudar los impuestos. Pero se apoderaron de las tierras de los vencidos á viva fuerza, así como de las pertenecientes á la Iglesia, y de los patricios que huyeron al Norte. Estas tierras fueron repartidas entre los conquistadores, y como éstos, no calmado aún su movimiento belicoso, no estuvieran para trabajarlas por sí mismos, dejaron su cultivo á los mismos siervos adheridos á ellas. Estos daban los cuatro quintos de las cosechas á sus señores. Los siervos de las tierras que se habia reservado para sí el Estado, que eran la quinta parte de las conquistadas, tan sólo daban la tercera parte de las recolecciones. Esta tercera parte, en un principio, entraba en el Tesoro; mas posteriormente, de las tierras del Estado se fueron creando feudos, que se daban á árabes, sirios y otros que detras de los conquistadores vinieron á establecerse en España.

En cuanto á los demas cristianos ó españoles, su suerte dependia de los tratados que habian ajustado al tiempo de la invasion, algunos, no poco ventajosos, como el de los habitantes de Mérida, que conservaron todos sus bienes particulares, aunque á las iglesias se les obligó á entregarlo todo. Así sucedió con otras ciudades y aún distritos. Pero en cambio se los gravó con el impuesto de la capitacion, repartido segun la riqueza de los individuos, si bien estaban exceptuados de ella las mujeres, niños, ancianos, enfermos, mendicantes, esclavos y otros. Además se impuso á los propietarios el *kharádj*, sobre las producciones, que venia á ser el 20 por 100. Este impuesto seguia pagándolo el propietario que se hacia musulman; más no el de capitacion, que cesaba de pagarle el que se hacia tal.—De aquí el que el gobierno musulman no tuviese interes en que los cristianos se pasáran al mahometismo, por cuanto disminuian sus rentas: esto explica, y mucho, su tolerancia religiosa.—Mas este estado de cosas duró poco tiempo, pues más adelante los tratados

llamados por esto *mostárabes*, *mozárabes* ó *arabizados* (1), más que conquistados parecían, hasta cierto punto, un pueblo simplemente tributario. Pues tal era la bondad de Abdela-ziz, especialmente desde que casó con Egilona, la viuda de don Rodrigo. No fué ménos loable la conducta de su sucesor *Ayub*, quien se granjeó el afecto de todos.

El Horr ó Alahor. — Tirano con musulmanes y cristianos, pasó los Pirineos, tomó á Narbona y recorrió la Galia meridional, hasta que, obligado por los cristianos de Astúrias á volver á España, fué muerto por sus exacciones y reemplazado por

Aizama (720). — Este arregló los impuestos y dictó varias otras medidas administrativas. Hizo una descripción geográfica y una estadística de España, las que mandó al Califa. También pasó los Pirineos; pero fué derrotado y muerto en el sitio de Tolosa, sucediéndole por eleccion de sus soldados,

Abderraman el Gafeki (721), que hubo de luchar contra los cristianos de la Galia y de la frontera española, los cuales le acometieron animados por el sitio de Tolosa.

Ambiza. — Ganadas las voluntades de todos por su justicia é imparcialidad en el gobierno, conquistó la Galia gótica y avanzó hasta la Borgoña. Despues de algunos walies que gobernaron muy poco tiempo, fué encargado nuevamente del mando.

Abderraman (728): Batalla de Poitiers. — Invadiendo éste la Galia con un numerosísimo ejército, despues de tomar á Burdeos, fué derrotado en la célebre batalla de Poitiers por Cárlos Martel, quien salvó del yugo musulman á la Francia, y acaso á la Europa entera (732).

Ocba. — En el gobierno de éste comenzaron entre sus gobernadores subalternos las guerras de raza, que sembraron la anarquía y division en la España árabe; cuya circunstancia, aprovechada por los cristianos de Astúrias, iban éstos exten-

se fueron violando por parte de los musulmanes, que los modificaban á su antojo, despojando de sus propiedades á los cristianos y recargándolos de impuestos extraordinarios hasta empobrecerlos; de manera que desde el siglo IX su dominacion, ántes más ó ménos suave, fué convirtiéndose en un despotismo intolerable.

(1) Segun los latinistas, la palabra *mozárabes* está compuesta de *misti árabes*; pero los orientalistas la traen del participio árabe *mostarab* que, determinando la manera del vasallaje que los cristianos reconocian bajo la dominacion musulmana, significa *arabizado*. V. al Sr. AMADOR DE LOS RIOS, *Historia crítica de la Literatura española*, t. II, pág. 17.

diendo su pequeño reino hasta que, conociendo los árabes su crítica posición y la causa de ella, convinieron en poner tregua á sus disensiones, nombrando por emir á

Yusuf el Firhita (747).—Para poner éste remedio á la anarquía, distribuyó el suelo de España entre los conquistadores, dando á los diversos pueblos de que éstos se componían, territorios semejantes al país de que procedían. Además dividió la España musulmana en los cinco emiratos de *Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona*, obrando, como se deja conocer, independientemente de hecho del califa de Damasco.

Separación de la España árabe del califato de Damasco.—Pero volviendo al poco tiempo á las mismas disensiones, la guerra civil se hizo otra vez general, cuando se presentó, auxiliado por un partido, el joven Abderraman, único vástago que había podido escapar de la general matanza que de todos los miembros de la dinastía de los Omiadas hizo Abul-Abas al apoderarse del califato. Acometiendo Abderraman á Yusuf, y vencido éste, fué aquél reconocido emir independiente de Damasco (756).

ESPAÑA CRISTIANA.—Principio de la restauración.—Entre tanto algunos de los cristianos, principalmente de la raza hispano-latina (1), y no de la visigoda, que se habían retirado á las frágiles montañas de Astúrias, guiados por Pelayo, pariente de los reyes expulsados, echaban los cimientos del reino de Astúrias, y daban principio á la reconquista que había de durar ocho siglos.

Batalla de Covadonga.—Despreciados en un principio por los árabes, mandó después el walí de Gijón, Munuza, contra ellos á su lugarteniente Alkama con un ejército; pero, atrinchado Pelayo con los que cabían en la cueva de Covadonga, resistieron el violento choque de la morisma, que al fin hubo de retroceder ante la actitud de los cristianos, en cuyo favor parecía pelear el cielo.

Pelayo rey (718).—Pelayo, apellidado rey desde esta victoria, organizó su pequeño reino á favor de la paz en que desde aquella derrota le dejaron los árabes, y, llamando á aquel asilo de libertad á los cristianos de las comarcas vecinas, se sostuvo

(1) V. á AMADOR DE LOS RÍOS, obra citada, tom. II, pág. 20, nota—y el Discurso de D. Manuel Oliver, en el acto de su recepción en la Academia de la Historia, pág. 8, y la nota núm. 3.

sin aventurar imprudentemente nuevas batallas, hasta que murió. Sucedióle:

Favila (737), quien, dado á la caza, murió á los dos años, despedazado por un oso;

Alfonso el Católico (739). Extension del reino cristiano.—Casado con Hermesinda, hija de Pelayo. Alfonso I estaba dotado de un carácter belicoso y emprendedor. Aprovechando la ocasion de los desastres que los sarracenos sufrían en la Galia, así como la buena disposicion de los cristianos en todo el Norte, y las discordias entre berberiscos y árabes, salió del estrecho recinto de las montañas de Covadonga, y franqueando las de Galicia, pronto los estandartes de la fe tremolaron en los muros de Lugo, Tuy y Orense, mientras las ciudades lusitanas Braga, Flavia, Viseo y Chaves, sublevándose contra sus opresores, acogían con entusiasmo á sus hermanos de Astúrias. En fin, casi todas las ciudades entre los Pirineos y el Océano, el Guadarrama y el Cantábrico, pasaron á su poder. Mas, conociendo la dificultad de sostener tantas conquistas, Alfonso abandonaba las llanuras, retirando cuanto podia, al paso que en los puntos sostenibles fundaba castillos, de los cuales el país tomó el nombre de Castilla.

Restauracion del culto católico.—También cuidó mucho Alfonso de restaurar el culto católico, bastante abandonado, como se concibe, despues de tan espantosa invasion, para el cual fundaba y rehabilitaba templos, etc.; por cuya razon fué apellidado *el Católico*. Murió en el año 756, el mismo en que se formó el califato de Córdoba, como hemos visto, por cuya razon volveremos á la España árabe.

LECCION XVIII.

ESPAÑA ÁRABE.—**ABDERRAMAN I.**—**VENCE Á SUS ENEMIGOS.**—**INVASION DE CARLO-MAGNO.**—**GOBIERNO DE ABDERRAMAN.**—**EMIRATO DE HIXEM.**—**ALHAKAM I.**—**INVASION DE LOS FRANCO EN CATALUÑA.**—**ABDERRAMAN II.**—**GUERRAS CON LOS FRANCO.**—**MARTIRIOS DE LOS CRISTIANOS.**—**CONCILIO DE CÓRDOBA.**

Abderraman I.—Aclamado emir independiente de Damasco el jóven Abderraman, una nueva y brillante época se abre á los árabes de Occidente bajo la dinastía de los Omíadas expulsados de Oriente. Ambos imperios, el de Córdoba y el de

Bagdad, van ahora á rivalizar en ciencias, artes y civilizacion, que, miéntras la Europa yace postrada ó marcha en masa á Palestina, llevan á un grado de adelanto que apénas se concibe bajo el dominio del Islam. Pero bien pronto el gérmen de dissolution que éste envuelve en sí mismo, va á fermentar y producir aquel fruto de divisiones intestinas, que tan corta han hecho la vida de todos los pueblos regidos por aquella creencia.

Vence á sus enemigos.—No faltaron, sin embargo, á Abderraman, en medio de su más ó ménos entusiasta acogida, enemigos que á veces hicieron muy precaria su autoridad, turbando mucho su largo reinado; pues siempre repugnaron su poder los jefes de las demas nacionalidades, y principalmente los caudillos de las tribus árabes y berberiscas, acostumbradas á su propia independecia y la anarquía del Desierto. Pero al fin, vencidos todos, así como los ejércitos del califa de Oriente, Abderraman vió asegurada su dinastía. Durante estas guerras los francos le tomaron á Narbona.

Invasion de Carlo-Magno: Batalla de Roncevalles.—De las más importantes guerras que hubo de sostener Abderraman, fué la que le promovieron al Norte de la Península las tribus berberiscas, con varios señoríos del Pirineo. Estas, intentando emanciparse del emirato de Córdoba, se confederaron guiadas por Suleiman-ben-Alarabí, walí de Barcelona, Abuel-Aswad, hijo del destronado Yusuf, y un yerno de éste, llamado el Eslavo, quienes, acudiendo á Carlo-Magno para que les ayudára, éste, bien por socorrerles, bien por miras de conquista, penetró en España con dos cuerpos de ejército, uno por los Pirineos Orientales, y otro con él, por las gargantas de los Bajos Pirineos (1). Mas, aunque no encontró obstáculo en Navarra, arrepentida Zaragoza, ó desconfiada de un rey tan poderoso como Carlo-Magno, le cerró las puertas preparándose á resistirle (2). En vista de tal actitud de una ciudad que contaba por suya, y llamándole la noticia de una nueva rebellion de los sajones, el monarca de los francos dejó las orillas del Ebro y se puso en marcha para las del Rhin, retrocediendo á su país por la misma Navarra; mas saliéndole al encuentro los montañeses vascos, descontentos de su conducta,

(1) Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*.

(2) *Anales Francorum Mettenses, ad annum, 778.*—BOUQUET, tom. v, pág. 343.

en los desfiladeros de Roncesvalles, sufrió una terrible derrota, que le costó toda la retaguardia de su ejército (1) de España.

Gobierno de Abderraman. — Estableciendo su corte en Córdoba, que comenzó á embellecer al estilo oriental, Abderraman llamó á su nuevo estado á los prosritos de los Abasidas, los cuales, acudiendo, fueron otros tantos troncos de familias nobles de España. Fomentó la marina, cuyas embarcaciones cubrieron bien pronto los puertos de Tortosa, Tarragona, Barcelona y Rosas; y por último, emprendió la famosa mezquita que habia de hacer de Córdoba la Meca del Occidente, aunque le impidió ver terminada esta obra su muerte, que le sobrevino el año 788.

Emirato de Hixem. — Sucedió á Abderraman su tercer hijo, Hixem, circunstancia que ocasionó la guerra que le promovieron sus dos hermanos mayores, Suleiman y Abdalah, que fueron vencidos, así como otra rebelion de algunos walies de la España oriental. A fin de apagar aquel espíritu de rebelion, que tanto habia dado que hacer á su padre y prometia darle á él, convocó la guerra santa contra los cristianos, en la cual consiguió algunos triunfos, si bien más adelante fué derrotado en Lutos (Lugo) por Alfonso II. Hixem acabó de edificar la mezquita de Córdoba. Sucedióle su hijo

Alhakan I (796). — Aunque generosamente perdonados por su padre, le movieron nuevamente la guerra sus dos tíos Suleiman y Abdalah, auxiliados por Carlo-Magno, quien miéntras aquéllos se hacian fuertes en Toledo, le tomó las ciudades de Lérida, Huesca y Pamplona. Pero acudiendo Alhakan en persona contra los francos, recobró las ciudades perdidas, y volviendo luégo contra Toledo, se rindió tambien esta ciudad, quedando restablecida la paz (800).

Invasion de los francos en Cataluña. — Pero no por eso los francos dejaron de llevar á cabo por su cuenta otra invasion en la Península, apoderándose de las primeras ciudades de Cataluña, inclusa Barcelona, que hicieron capital del ducado de su nombre. Despues de haber sostenido algunas guerras con los mismos francos, murió Alhakan, dejando el emirato á su hijo

Abderraman II (822): Guerras civiles y extranjeras. —

(1) BOUQUET, obra citada, tom. v y vi, y las *Chroniques francaes*, y la del *Monge de Silos*.

Alternando entre la guerra y la paz, Abderraman II sufrió y sosegó muchas sublevaciones, como las de su tío Abdalla con sus hijos y otras, promovidas en diversos puntos, como las de la misma Córdoba, Mérida y Toledo (837). También sostuvo varias guerras con los francos, á quienes tomó á Barcelona (850) que dejó desmantelada, mientras su marina infestaba las costas meridionales de Francia y las de Toscana. Empleaba los intervalos de paz en hacer mejoras de varias clases, edificar mezquitas, etc.

Martirios de los cristianos en Córdoba.— Por esta época tuvieron lugar en Córdoba aquellos martirios que sufrieron los cristianos de parte de los árabes, ocasionados por el odio que no podía ménos de existir entre el pueblo y sacerdotes de una y otra religion, aumentado con ciertas disposiciones, que, á pesar de la primitiva tolerancia, se dictaban de vez en cuando contra los cristianos; todo lo cual hacía que, exaltándose los ánimos de algunos de éstos, muy fervorosos, como Eulogio, Perfecto, y el monje Isac del monasterio de Tabanos, y enardecándose, por otra parte, con el recuerdo del heroico valor con que los primeros mártires, llenos de unción religiosa, sufrían la muerte y demas tormentos, seguros de alcanzar así la gloria eterna, no reparaban en presentarse ante las plazas públicas de Córdoba y los mismos cadís, enalteciendo su propia religion y protestando contra la falsedad del mahometismo.

Concilio de Córdoba.— La impasible serenidad y aún alegría, con que los fieles se prestaban al martirio, si no excitaban la indignacion de los musulmanes, hacian, sin embargo, que las víctimas aumentáran diariamente, cuando Abderraman (cosa rara en la historia) convocó un concilio nacional de obispos muzárabes en Córdoba (1), presidido por el metropolitano

(1) Hay que tener presente que, si bien los árabes permitieron á los cristianos la libre observancia de su religion, se reservaron el derecho de convocar por sí sus concilios (como transmitido á ellos con la soberanía de los godos), y de nombrarles los obispos. Y como era natural que eligieran éstos, no de los cristianos más celosos, sino de los más adictos al gobierno árabe, ó de los que más ofrecían por las sillas, de aquí el que se sentáran en éstas hombres enteramente indignos, si no herejes, que, mirando más por los intereses de los califas ó del islamismo, que por los del cristianismo, cuyos más sagrados les estaban confiados, sucediera que, siendo libre el culto de los cristianos, la Iglesia estuviera en una dura y vergonzosa esclavitud, la cual aumentaba desde que los árabes, dejando aquel espíritu de tolerancia que en un principio observaban con

de Sevilla, para que vieran el mejor medio de poner coto á los martirios voluntarios. Y como los obispos, por debilidad ó por conviccion, declararán no deber ser considerados mártires los que desde entónces buscaren ó provocarán el martirio, hubo contra esta decision, ó la manera de exponerla, del concilio algunas protestas, especialmente por parte del ilustrado Eulogio (1), el más firme campeón de los cristianos durante aquellos sucesos, lo que le mereció ser electo arzobispo de Toledo. Continuando los martirios en tiempo de Mohamed I, de suyo más intolerante que sus predecesores, lo sufrió tambien el mismo Eulogio ántes de ocupar la silla de Toledo. Pero lo peor de esto era el que en tales persecuciones tuvieron parte algunos indignos cristianos, como los obispos de Málaga y Elvira, *Hostigésio* y *Samuel*, que hicieron condenar al abad Sanson, de los primeros partidarios de la fe en aquellas tribulaciones (2).

LECCION XIX.

ESPAÑA ÁRABE.—MOHAMED I: SUBLEVACIONES EN EL NORTE Y OESTE. — SUBLEVACION DEL MEDIODÍA. — ALMONDIR-ABDALLA-ABDERRAMAN III: SOMETE Á TODOS LOS SUBLEVADOS. — GRANDEZA DEL CALIFATO. — ALHAKAM II: ILUSTRACION ARÁBIGO ESPAÑOLA.

ESPAÑA ÁRABE.—Mohamed I (852): sublevaciones en el Norte y Oeste. --Después de los martirios de los cristianos de Córdoba, Mohamed I, hijo y sucesor de Abderraman II,

los conquistados, habían convertido su gobierno en un verdadero despotismo. Así se explica el que algunos obispos, como Hostegésis y Samuel, tomarán cierta parte contra los cristianos en los martirios de que se trata. V. á Dozy, t. II, obra citada.

(1) En cuanto á las protestas de San Eulogio contra el concilio, fueron éstas dirigidas, no contra el espíritu de la decision de los obispos, sino contra el sentido oscuro y anfibológico de las palabras que éstos usaron; lo cual puede excusarse teniendo en cuenta la crítica situación en que se encontraban, y el fin para que se había hecho reunir el concilio. Por lo demás, el Santo trata á los Padres con mucha benignidad. Este punto es algo delicado, por lo que remitimos al lector á FLOREZ, *España Sagrada*, t. X, cap. X, § III, y á D. VICENTE DE LA FUENTE, en su *Historia Eclesiástica de España*, t. II, 1.^a edición.

(2) V. SAMSON, *Apolog.*, lib. VIII.—ALVARO, *Epis.* XIII, cap. III.—S. EULOGIO, *Memoriale Sanctorum*.

vió sus dominios sublevados en todas partes. En el Norte, los Beni-Casi, familia visigoda renegada, habían fundado un estado independiente muy poderoso, el cual, en esta época, dirigido por Muza II, abrazaba Zaragoza, Tudela, Huesca y toda la frontera superior, que así llamaban al Aragón: además estaba aliado con Toledo, que se mantenía casi independiente del emirato. Poco tiempo después, Ibn-Merwan, también renegado, capitán de guardias de corps del Califa, rebelándose contra éste, fundó en el Oeste otro principado independiente (1) (875), compuesto de renegados, á quienes enseñaba una religion, término medio entre el cristianismo y mahometismo. Uno y otro estado se aliaron con Alfonso III de Leon.

Sublevacion del Mediodía.— Pero la más importante de todas las sublevaciones de esta época fué la que verificaron todos los españoles del Mediodía, así cristianos como renegados, á cuya cabeza se puso Omar, hijo de Hacfsun, descendiente también de una familia noble de godos, que había abrazado el mahometismo, aunque conservando siempre cierta inclinacion á la religion abandonada (2). Omar-Ben-Hacfsun, atrinchera-do en la inexpugnable fortaleza de Bobastro, situada en la Seranía de Ronda, cerca de Antequera, tomó á su cargo suble-

(1) Dozy, t. II, pág. 183, obra citada, y *Recherches*, t. I, páginas 222-226.

(2) Hay que tener presente que, lo mismo que la de los cristianos muzárabes, no era feliz, ni mucho ménos, la suerte de los cristianos renegados que vivían entre los musulmanes, pues como los hubiera de éstos que habían apostado sólo por librarse del impuesto de la capitacion ó motivos semejantes, y nunca fueran musulmanes de corazon, ántes continuáran secretamente afectos á su religion primitiva, sucedía que se encontráran en un grande apuro; por cuanto, segun la ley musulmana, no podían, bajo pena de muerte, apostatar nuevamente de su segunda religion: así, por más sincero que fuera su arrepentimiento y grande su deseo de acogerse nuevamente á la Iglesia cristiana, tenían que permanecer, cuando ménos, secretamente musulmanes. Y no eran sólo los renegados arrepentidos los que vivían en este estado tan violento, sino que también los demas renegados, aunque sinceramente profesáran el islamismo, pues como éstos procedían en su mayor parte de siervos cristianos, que por emanciparse se habían pasado al islamismo, los árabes, no sólo los excluían ordinariamente de los empleos lucrativos y de toda participacion en el gobierno del Estado, sino que, no creyéndolos, ó afectando no creerlos, sinceros conversos, los trataban con mucha insolencia; y viendo todavía el signo de la servidumbre en la frente de muchos recientemente convertidos, menospreciaban con el nombre de esclavos

var aquel país, y llamando á sí á todos los españoles, sin distincion de culto, organizó la guerra (884), siendo poco tiempo despues reconocido soberano por todos los de aquella parte, que, recibida el agua del bautismo, gobernó con tanta justicia como equidad, siendo un ardiente partidario de la fe de sus abuelos. En tal estado se hallaba la España árabe cuando ocurrió la muerte de Mohamed I, sucediéndole su hijo.

Almondir (886).— Emprendiendo éste decididamente la guerra contra estos rebeldes (1), llevaba la mejor parte, cuando, sitiando él en persona la fortaleza de Bobastro (888), que era el centro de las operaciones de Aben-Hacfsun (2), murió envenenado por su hermano y sucesor.

Abdalla (888).— Abandonando éste el sitio de Bobastro, que los soldados tampoco querian continuar, se retiró á Córdoba. No podia el emirato hallarse en peor estado, pues ademas

ó hijos de esclavos, á todos ellos, aunque hubiera algunos nobles y ricos propietarios del país.

No era fácil que unos ni otros renegados sufrieran impasibles esta falta de consideracion, que tanto afectaba su dignidad; y como formaban la mayor parte de la poblacion, iba entre ellos fermentando la idea de sacudir un yugo á que los tenian sujetos algunas huestes de soldados extranjeros, acantonados en diversos puntos del terreno. En vista de todo esto, ¿qué faltaba para que se verificara un levantamiento general? Un hombre de condiciones para ponerse á la cabeza: éste fué Omar-Ben-Hacfsun.

(1) Dozy, t. II, pag. 200, obra citada; *Recherches*, t. I, págs. 323-327.

(2) Nuestro historiador D. Modesto Lafuente supone la muerte de Almondir sitiando en Tolelo al mismo Aben-Hacfsun, quien nunca debió estar en tal ciudad. Y como ántes de este hecho refiere una gran sublevacion en el Norte de España, por este mismo Aben-Hacfsun y su padre, á quien supone emigrado de Extremadura, despues de haber sido aquí jefe de bandoleros, que, obligado á abandonar el país, huyó á las fronteras de Afrank, donde, atrincherado en la fortaleza de Rota, comenzó á hacer correrías por aquella parte, hasta que, uniéndosele los naturales, le reconocieron por su jefe contra los árabes; hechos todos, y los que omitimos, que, cambiadas las localidades, tanto se parecen á los que hemos referido, y tambien omitimos, del jefe de la sublevacion de Andalucía, nos inclinamos á creer que el reciente historiador de España ha confundido nombres y sucesos; y tanto más, cuanto que, al hablar de la grande sublevacion de Andalucía, no menciona sino accidentalmente á su jefe Aben-Hacfsun, que fué el que la organizó y dirigió siempre, como soberano de aquel país, hasta que murió. Luego, no en el Norte, sino en la misma Andalucía, de donde acaso nunca salió (como enemigo del emir) desde que se dió á conocer, tuvo lugar la dominacion de Aben-Hacfsun. Véase Dozy, t. II, obra citada.

de las sublevaciones del Norte, Oeste y Mediodía, también la aristocracia árabe, mal avenida con el poder monárquico, aspiraba á hacerse independiente y alzaba bandera en muchas provincias. Así fué que durante sus veinticuatro años de mando, sólo hizo luchar en todos lados, especialmente en el Mediodía, contra Aben-Hacfsun, quien, dueño de toda la izquierda del Guadalquivir, llegó á amenazar á la misma Córdoba.

Abderraman III: Sumision de todas las rebeliones (912).— En este lastimoso estado del emirato sucedió á Abdalla su nieto (1) Abderraman III, el primer emir que tomó el título de *califa* (2) y que grabó su nombre en monedas: también entre otros títulos recibió el de emir *almumenin* (príncipe de los creyentes), que despues los cristianos convirtieron en miramamolín. Abderraman, dotado de un talento superior, gran capitán y no inferior político, conoció la naturaleza de los males que agobiaban su Imperio, y poniendo en juego los remedios que debia usar, sometió luego la aristocracia árabe, en muchos puntos independiente; concluyó la guerra, ya decadente, que durante treinta años sostuvo el mismo Aben-Hacfsun, y despues de su muerte (971) continuaron todavía sus hijos; sometió á Toledo, que, protegida por los Beni-Casi, hacía ya ochenta años que se mantenía independiente (3), y concluyendo también con las otras rebeliones, vió reunida bajo su autoridad toda la España, excepto los estados cristianos, con quienes también midió sus armas, como veremos en la historia de éstos.

Grandeza del califato.— Abderraman, no sólo fué tan feliz en la Península, sino que también en Africa, pues como los Fatimitas, dueños en poco tiempo de gran parte del Magreb y de la Isla de Sicilia, fijáran su vista en Andalucía, cuyos puertos amenazaban sus escuadras, marchó contra ellos y obligó al Soberano de Necur á reconocer su soberanía. Encadenada así el Africa á la España, y tenidos á raya los estados cristianos también de ésta, y hasta reconocida su soberanía por la reina Tota de Navarra, subió á tan alto grado la fama del soberano

(1) V. Dozy, introducción á la *Crónica* de Ibn-Adhari, págs. 47-50.

(2) Título que, sin faltar á su religion, podía tomar desde que el califato de Oriente, que era el verdadero *vicariato* de Mahoma, había sido destruido por los turcos.

(3) Dozy, obra citada, t. II.

de Córdoba, que de todas partes le llegaban embajadas solicitando su amistad.

Mejoras y adelantos administrativos.—Seguro de sus enemigos interiores, respetado de los estados vecinos, y atendido hasta de los soberanos más remotos, Abderraman, que á sus altas dotes de militar y político agregaba las de un buen jefe administrativo, se dedicó con tanto esmero al fomento de todos los ramos de riqueza de su pueblo, que en poco tiempo se vieron florecer la agricultura, industria, el comercio, etc., llamando especialmente la atencion del extranjero la vista de aquellos extensos campos, tan bien cultivados como deslindados y divididos por firmes cereas. No llamaban ménos la atencion las numerosas fábricas de todas clases, miéntras el comercio adquiria tanto desarrollo, que los derechos de aduanas formaban la principal riqueza del Estado (1). Tanta grandeza de este reinado no podia ménos de extenderse tambien á las letras y ciencias, aunque en esta parte dejara su principal gloria á su hijo y sucesor *Alhakam II*.

Alhakam II (961): Ilustracion arábigo-española.—Después de rescatar el Magreb, que una traicion le habia hecho perder, para poderse dedicar de lleno á las artes de la paz, sus trabajos favoritos, Alhakam II trató de orillar ántes toda guerra que pudiera perturbarle en ellos, como lo probó aceptando sin necesidad, del Rey de Leon una paz, no muy ventajosa, que éste le propuso. Dedicado así totalmente á las letras y al desenvolvimiento de todos los ramos de cultura, elevó tanto éstos, que en su tiempo llegó Córdoba á un grado de ilustracion que puede compararse con los primeros centros de la Europa moderna, tanto en uno como en otro sexo. Dicen que este califa hizo reunir en su biblioteca cuatrocientos ó quinientos mil

(1) Tan protegidos estaban todos los ramos de riqueza, que el bienestar alcanzaba á todas las clases y aun individuos, y se hallaba el país tan poblado, que Córdoba contaba medio millon de habitantes: tenía tres mil mezquitas, muchos y soberbios palacios, ciento trece mil trescientas casas, ochenta mil talleres y tiendas, veintiocho arrabales, etc.; de manera que sólo cedia en esplendor á Bagdad, con la cual aspiraba á rivalizar. El valle del Guadalquivir se veía por todas partes lleno de palacios, quintas y casas de recreo, de jardines, huertas y públicas alamedas, para solazarse los ciudadanos que huyendo del bullicio de la capital buscaban un recreativo descanso. Nada dirémos del gran palacio, ó mejor, vasto sitio real, llamado *Medina Zahara*, fundado por el mismo Abderraman, obra cuya descripcion parece fabulosa.

volúmenes, los cuales, añaden, que tenía *todos leídos y anotados por sí mismo*. Las escuelas de instruccion primaria llegaron á ser tan numerosas, que apenas habia un andaluz que no supiera leer y escribir, al paso que en el resto de Europa tales ventajas se hallaban limitadas á sólo el clero (1). En cuanto á la instruccion superior, baste decir que la Universidad de Córdoba era acaso la primera del Mundo. En fin, la ilustracion de los árabes españoles tocó su apogeo en el reinado de Alhakam II.

LECCION XX.

ESPAÑA CRISTIANA. REINO DE ASTURIAS. — FRUELA. — AURELIO. — SILO. — MAUREGATO. — BERMUDO I. — ALFONSO II. — SUS VICTORIAS CONTRA LOS ÁRABES. — EXTENSION DE SUS ESTADOS. — ALFONSO EN LA PAZ. — DESCUBRIMIENTO DEL SEPULCRO DEL APÓSTOL SANTIAGO. — RAMIRO I. — ORDOÑO I: VICTORIA CONTRA MUZA. — SUS EXCURSIONES CONTRA LOS ÁRABES.

Fruela (757). — Hemos dejado la historia del reino de Asturias en Alfonso I, á quien sucedió su hijo Fruela. Vencidos, segun dicen, por éste los infieles en Pontumium de Galicia, y sosegada una rebellion de los vascos (de Alava), vió despues enajenadas las voluntades de una parte del pueblo y del clero, por haber tratado de restablecer la disciplina eclesiástica al estado anterior á Witiza. Despues de castigar con todo rigor una sublevacion promovida en Galicia con este motivo, fundó la ciudad de Oviédo. Pero, celoso y sospechoso de su hermano Vimarano, por el cariño con que le miraban los nobles y el pueblo, le asesinó, lo que á su vez costó tambien á él la vida. Sucedieron á Fruela los cuatro siguientes reyes, de poco célebre si no afrentosa memoria, por lo ménos, de alguno de ellos.

Aurelio (768), primo de Fruela, elegido en perjuicio de Alfonso, hijo de éste, no ofrece nada en su corto reinado.

Silo (774), elegido despues, vivió, como Aurelio, en paz con los árabes, y acalló otra sublevacion de los gallegos. Aunque á su muerte (783) fué proclamado Alfonso, el hijo de Fruela, le echó del trono

(1) Dozy, t. II, obra citada.

Mauregato, quien reinó sin hechos notables hasta 789. A este monarca se atribuye, por una fábula inventada (dicen algunos) cinco siglos despues, el tributo de las cien doncellas á los árabes. Hasta el siglo XIII ningun cronista habla de ello.

Bermudo el Diácono. — Sucedióle, tambien por eleccion, especialmente de los nobles (que ya volvian á ejercer el influjo de otro tiempo), D. Bermudo ó Veremundo, hermano de Aurelio, no obstante ser diácono; contraviniendo á las leyes que inhabilitaban para el cetro á los que hubieran recibido la tonsura. Pero, como hombre magnánimo é ilustrado, resignó el cetro en el hijo de Fruela, tantas veces postergado,

Alfonso II (791): Sus victorias contra los árabes. — Príncipe enérgico y vigoroso, Alfonso sacó á su reino de la apatía en que yacia desde Fruela, y, extendiendo sus límites por todos lados, se hizo tan respetable á los musulmanes, que no se desdeñaron de tratar con él como de igual á igual. Venció en la mencionada batalla de Lutos un ejército mandado por Hixem I, y en una excursion por la Lusitania (797), aprovechando el estado inquieto en que se hallaban los árabes, llegó hasta Lisboa. Sospechoso por sus relaciones amistosas con Carlo-Magno, le echaron del trono y relegaron á un monasterio, si bien volvió pronto á ser repuesto.

Extension de sus estados. — Despues de otra excursion (808) hasta Lisboa, venció en Galicia (813) otra expedicion mandada por el emir Alhacam, cuya victoria con las anteriores debió valer á los cristianos la posesion de todo el país entre el Miño y el Duero.

Alfonso en la paz. — No ménos ilustre en la paz que en la guerra, Alfonso dedicaba los intervalos de ésta al fomento de la religion como príncipe cristiano, y á regularizar y mejorar el gobierno como hombre político. Embelleció á Oviedo, y reedificó y convirtió en grandiosa basílica su iglesia de San Salvador, fundada por Fruela. Tambien restableció Alfonso el órden gótico en su palacio, bajo el mismo pié que estaba ántes en Toledo. Promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica.

Descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago. — En este reinado tuvo lugar el hallazgo del sepulcro del apóstol Santiago, cuyo sitio, edificado su templo, ha sido objeto de tantas peregrinaciones.

Ramiro I (842). — Hijo de Bermudo el Diácono y elegido

sucesor de Alfonso, asegurado en el trono contra algunos conspiradores, rechazó á los normandos, que habian intentado un desembarque en Gijón y lo habian logrado en la Coruña (843). También venció en dos batallas á los árabes; pero la crítica rechaza como fabulosa la batalla de Clavijo, que dicen ganó á los mismos. En la paz, Ramiro hizo edificar varios templos, cuya arquitectura llama aún la atención. Sucedióle su hijo

Ordoño I (850): victoria contra Muza.— Vencidos los vascones de Alava, que se habian sublevado, la hazaña más grande de Ordoño fué su victoria, cerca de Clavijo, contra Muza, de la familia renegada de los Beni-Casi, de quienes hemos hecho mención.

Sus excursiones contra los árabes.— Rechazados también por Ordoño los normandos, que habian intentado otro desembarque (860) en Galicia, llevó sus armas hasta el Duero, tomando á los árabes las ciudades de Coria y Salamanca, que, no tratando de conservarlas, fueron rescatadas por Almondir en su grande invasion hasta Alava y la alta Navarra y montes de Afrank, desde donde se volvió á Córdoba con un prisionero llamado Fortun. Todavía Ordoño hizo otra expedición hasta cerca de Lisboa; pero también Galicia sufrió otra de Mohamed, quien llegó hasta Santiago, aunque se retiró sin fruto alguno. Murió Ordoño el año 866, después de haber aumentado su reino en una tercera parte. Sucedióle su hijo Alfonso III.

LECCION XXI.

ESPAÑA CRISTIANA.— ALFONSO III: SUS PRIMEROS HECHOS.—SUS VICTORIAS CONTRA LOS ÁRABES.—PAZ CON LOS ÁRABES: AUMENTO DE SUS DOMINIOS.—CONSPIRACION DE SUS HIJOS CONTRA ALFONSO.—DIVISION DEL REINO ENTRE SUS HIJOS.—ÚLTIMA CAMPAÑA Y FIN DE ALFONSO.

Alfonso III (866): sus primeros hechos.— Asegurado en el trono, que por un momento le usurpára el conde Fruela, Alfonso III reprimió otra sublevación de los alaveses, siempre mal avenidos con la dominación de los reyes de Oviedo (867). También luchó con los árabes.

Victorias contra los árabes.— Volviendo contra los árabes, derrotó á éstos en el Cea (873) y, tres años después, re-

chazó al mismo califa Almondir, que habia penetrado en Galicia, y persiguiéndole en sus dominios, arrojó á los musulmanes hasta el Sur de la Lusitania. Mas adelante (879), despues de vencer en las orillas del Orbigo otro ejército, que habia sitiado á Zamora, Alfonso penetró por tierras musulmanas, llegando hasta las ramificaciones de Sierra Morena, en las cuales derrotó á otro ejército.

Paz con los árabes: aumento de los dominios de Alfonso III.—Ultimamente, despues de una correría infructuosa de Almondir por tierras de Leon, ajustaron la paz Alfonso y el Emir (883), quedando incorporadas á la corona de Astúrias las ciudades de Zamora, Toro y Simáncas, con otras del Pisuerga y el Duero. Tambien le quedó asegurada la posesion del condado de Alava, para cuya seguridad se fundó la ciudad de Búrgos.

Conspiracion de sus hijos contra Alfonso III.—En paz seguia Alfonso con el Emir, y dedicado al gobierno interior del Estado y fomento de la religion, cuando un acto de la más horrible y fea deslealtad vino á perturbar los últimos dias de su reinado. Su esposa Jimena y sus cinco hijos, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro, mueven una conspiracion contra él, sin que hasta hoy la historia haya descubierto el motivo. Apoderados los conjurados de algunos fuertes, se encendió la guerra civil, que ya duraba dos años, cuando Alfonso, no pudiendo ver con ojos enjutos aquella lucha fratricida, convocados la familia (909) y los grandes del reino, abdicó solemnemente la corona en favor de aquellos mismos hijos. ¡Sólo en el hombre que siempre habia sido grande, tanto en la paz como en la guerra, se explica un desprendimiento como éste!

Division del reino entre sus hijos.—Repartidos los estados de su padre entre García, Ordoño y Fruela, quedó el primero con las tierras de Leon, cuya ciudad fué desde entónces capital del reino de este nombre; Ordoño con la Galicia y otros países en la Lusitania, y Fruela con el señorío de Astúrias. Gonzalo, que era eclesiástico, obtuvo el arcedianato de Oviedo, y Ramiro, el más jóven, aunque nada le cupo, llevó más adelante el título de rey.

Ultima campaña y fin de Alfonso.—Alfonso, que, con el permiso de García, se habia reservado para sí la ciudad de Zamora, atacó por última vez á los moros de Toledo, cuyos campos taló, volviendo triunfante á Zamora, donde murió á los cuarenta y cuatro años de su reinado (910).

LECCION XXII.

ESPAÑA CRISTIANA: REINO DE LEON.—GARCÍA.—ORDOÑO II.—BATALLA DE VALDEJUNQUERA.—EJECUCION DE LOS CONDES DE CASTILLA.—FRUELA II.—CREACION DE LOS JUECES DE CASTILLA.—ALFONSO IV.—RAMIRO II: VICTORIAS CONTRA LOS ÁRAVES.—REBELION DE FERNAN GONZALEZ.—ÚLTIMOS AÑOS DE RAMIRO II.—ORDOÑO III.—PAZ CON ABDERRAMAN.—SANCHO I, EL CRASO.—GUERRA CON ALHAKAM II.—RAMIRO III.

García (909).—García, primer rey de Leon, hizo al principio de su reinado una expedicion por tierras de moros, llegando hasta Talavera, de donde regresó cargado de botín y con algunos cautivos. A su muerte fué elegido por los grandes

Ordoño II (914), su hermano, el de Galicia, la cual volvió así al reino de Leon. Continuando sus correrías contra los moros, llegó á Mérida y Talavera; venció un grande ejército de Abderraman III, en San Estéban de Gormaz, pero poco despues, volviendo otra expedicion de Córdoba, los cristianos fueron derrotados en el estrecho de Mutonia (1).

Batalla de Valdejunquera.—No satisfecho Abderraman con esta victoria, se puso él mismo á la cabeza de otra expedicion (920), la cual destruyó á Osma y San Estéban de Gormaz y Clunia, cuyas poblaciones encontraba abandonadas; y marchando contra Sancho de Navarra, llegó á Tudela, pasó el Ebro, sin apénas encontrar resistencia, hasta que, acudiendo Ordoño en auxilio del Rey de Navarra, encontrándose en Valdejunquera, ambos reyes cristianos fueron derrotados. Abderraman, cargado de botín, se restituyó á Córdoba. Sin embargo, léjos de escarmentar, como pensaba Abderraman, á los cristianos, al año siguiente Ordoño II hizo una excursion hasta una jornada de Córdoba.

Ejecucion de los condes de Castilla.—Por este tiempo tuvo lugar aquella terrible ejecucion, ordenada por Ordoño, de los cuatro condes de Castilla, la cual, como no se sepa nada del proceso, se cree debida á haberse aquéllos negado á contri-

(1) Dozy, t. III, obra citada.

buir en la guerra de Navarra, y por consiguiente, haberse perdido la batalla de Valdejunquera. Muerto Ordoño al año siguiente, le sucedió, por eleccion, y preferido á sus cuatro hijos,

Fruela II (924), su hermano, el de Astúrias, cuyo país quedó tambien así unido á Leon; pero murió ántes del año, sin otros hechos que haber mandado algunos auxilios á Sancho de Navarra.

Creacion de los jueces de Castilla.— Parece que los castellanos acudieron á esta institucion para evadirse en lo posible de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, á quienes no les era dado oponerse con las armas. Estos jueces eran dos, uno para lo militar y otro para lo civil. Dicen que Castilla siguió así gobernada hasta hacerse condado independiente.

Alfonso IV (925).— Sucedió á Fruela, por eleccion, Alfonso IV, hijo mayor de Ordoño II, á quien disputó el trono su hermano Sancho, que se hizo coronar en Santiago, y le tomó á Leon (926); pero rescató sus estados con ayuda de su suegro el Rey de Navarra (1). Cuatro años despues, Alfonso, desconsolado por la pérdida de su esposa, tomó el hábito de monje en el monasterio de Sahagun, abdicando la corona, previo el consentimiento de los grandes, en

Ramiro II (931). Victorias contra los árabes.— Despues de castigar duramente á su hermano Alfonso que, dejando la vida monacal, habia querido volver al trono, Ramiro II tomó á Magerit (Madrid); y marchando en auxilio del conde de Castilla Fernan Gonzalez, contra Abderraman, le batieron cerca de Osma (953). Pero Abderraman, deseoso de venganza, se corrió hácia el Norte, degolló doscientos monjes del monasterio de Cardena y destruyó á Búrgos (2). En cambio algunos años despues (939), Ramiro II, auxiliado de los navarros, obtuvo su más importante victoria cerca de Simáncas, contra el mismo Abderraman, cuyo ejército, alcanzado luégo en su retirada por los leoneses cerca de Adhendaga, al S. de Salamanca, cerca del Tormes, sufrió aquí tan completa derrota, que apenas pudo escapar el mismo Abderraman, cuyos principales caudillos fueron muertos ó prisioneros. La noticia de esta derrota corrió por toda Europa y el Oriente (3).

(1) Dozy, t. III.

(2) Dozy, t. III.

(3) Dozy, t. III. Otros suponen esta batalla en el mismo Zamora.

Rebelion de Fernan Gonzalez.— Poco tiempo despues (940) hubo Ramiro de acudir contra el conde de Castilla, Fernan Gonzalez, quien, por hacerse independientes de Leon, ó celoso de que su rey repoblára algunas ciudades en territorio de Castilla, se habia levantado en armas; pero, vencido el conde por Ramiro, le mantuvo éste prisionero hasta que, á ruego de los castellanos, le restituyó su libertad, si bien con muy duras condiciones. Entre éstas, la de casar á Urraca, hija del conde, con Ordoño, su hijo.

Ultimos años de Ramiro II.— Falto desde ahora Ramiro II de la ayuda de tan fuerte campeon como era Fernan Gonzalez, no pudo evitar que los musulmanes hicieran una incursion, en 944, y dos más en 947, ni impedirles el que fortificáran á Medinaceli, que en adelante fué el baluarte de los mahometanos contra Castilla. Así, léjos de sacar partido de las victorias de Simánkas y Adhendaga, Ramiro II se mantenía solamente á la defensiva, sin hacer ya más excursiones que una en 950 hácia Talavera, donde alcanzó una victoria. Poco tiempo despues murió, sucediéndole

Ordoño III (950): guerra con su hermano, é incursiones de los árabes.— Casado ya con la hija de Fernan Gonzalez, á los dos años de reinado contuvo y disipó la rebelion contra él levantada por su hermano Sancho, gobernador de Búrgos, auxiliado por García, rey de Navarra, y Fernan Gonzalez. Durante estas guerras entre los cristianos, los generales del Califa, aprovechando la ocasion de vengarse de sus anteriores derrotas, hicieron frecuentes incursiones por todas las fronteras.

Paz con Abderraman.— Mas si bien el mismo Fernan Gonzalez alcanzó una victoria en San Estéban de Gormaz, y tambien Ordoño, sosegada otra rebelion en Galicia, hizo una correría hasta Lisboa, éstas eran pequeñas compensaciones de los males que habian causado los musulmanes; por lo que Ordoño, que los temia aún mayores, entró en negociaciones con Abderraman, quien, obligado por la actitud de los fatimitas de Africa, vino en un tratado de paz poco ventajoso para el Rey de Leon (955) (1). En el mismo año murió Ordoño III, sucediéndole su hermano

Sancho I, el Craso (955), quien gozó poco tiempo en paz

(1) Dozy, t. III.

de su reinado, pues al año siguiente Fernan Gonzalez, cuya hija Urraca, la viuda [no repudiada] de Ordoño, habia vuelto á casar con otro Ordoño, hijo de Alfonso (el Monje), deseando colocar á éste en el trono, acometió á Sancho, obligándole á huir á la corte de García, rey de Navarra. Pero habiendo Sancho pasado luego á Córdoba á curarse de su obesidad, y en busca de auxilio para recobrar el trono, volvió con un ejército de musulmanes, y obligando á huir á Ordoño, que ya era de todos odiado, se restituyó al trono (960). Este usurpador, á quien algunos colocan en el número de los reyes de Leon, es conocido con el nombre de *Ordoño el Malo*.

Guerra con Alhakam II.—Desde su vuelta al trono, Sancho vivió en paz con Abderraman. Pero, como no cumpliera lo estipulado con éste, Alhakam II movió contra él una guerra general, en la cual los cristianos llevaban la peor parte, cuando el califa, más aficionado á las letras que al ruido de las armas, oyó afortunadamente proposiciones de paz, la cual se ajustó (966). Este mismo califa concedió á Sancho el permiso para trasladar de Córdoba á Leon los restos del mártir Pelayo, lo cual se efectuó con gran solemnidad. Ultimamente, despues de vencer otra incursión de los normandos y de apaciguar Sancho algunos rebeldes de Galicia, murió envenenado por el conde Gonzalo Sanchez. Sucedióle su hijo

Ramiro III (967), en menor edad, bajo la tutela de su madre doña Teresa y su tia doña Elvira, no obstante hallarse ésta en el claustro. En el tercer año de su reinado fueron rechazados los normandos que habian desembarcado en Galicia y hecho una de sus devastadoras incursiones (969).

LECCION XXIII.

ESPAÑA ÁRABE.—HIXEM II: GOBIERNO DE ALMANZOR.—EXPEDICIONES DE ÉSTE CONTRA LOS CRISTIANOS.—ABDELMELIK.—ALDERRAMAN—MOHAMED.—SULEIMAN.—HIXEM II DE HECHO.—FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO.—ALÍ-BEN-HAMUD.—CASIN.—ABDERRAMAN V.—MOHAMED II.—YAHYA.—HIXEM III: ABOLICION DEL CALIFATO Y FIN DE LOS OMEIAS.

Hixem II: gobierno de Almanzor (976).—Hemos dejado la España árabe en la muerte de Alhakam II: sucedióle su hijo Hixem II, en cuyo nombre gobernó, como único sobera-

no, su ministro, Aben-Abi-Amir, despues apellidado *Almanzor* (el vencedor), quien, de simple particular habia sido elevado por los favores de la sultana Sobh, la esposa favorita de Alhakam II, á su secretario y mayordomo, y despues, á ministro ó agib de su hijo Hixem. El mismo Alhakam le habia encargado, al morir, la tutela de éste, más no la regencia, la cual se procuró el mismo Almanzor. Tan profundo político como ambicioso del mando, y guiado por el favor de la Sultana, Almanzor mantuvo en un estado de ignorancia perpétua al propio soberano, á quien tenía encerrado en el palacio y jardines de Azzahira, sin que él mismo conociera su posicion, ni ménos pensára salir ni emanciparse de la tutela en que se habian propuesto mantenerle. Aislado de esta manera, y sin permitir á su lado ni maestros, ni persona alguna que pudiera darle algun consejo, bien puede decirse que Hixem era un preso, y Almanzor, el califa de hecho, pues sólo le faltó tomar este nombre.

Expediciones contra los cristianos. — Elevado á tanto rango, y dueño de los destinos del imperio, Almanzor se propuso el total exterminio de los cristianos en España, á cuyo fin, y aprovechando las discordias entre éstos, emprendió aquella serie de expediciones, que, sin apénas dejarlos respirar, los redujeron casi al mismo estado de los primeros tiempos de la Reconquista; hasta que el héroe musulman encontró la muerte, si no por el hierro de los perseguidos, sí por la espada de Dios, que, si permitió los desastres que sufrió, no por esto tenía abandonado á su pueblo.

Estas expediciones fueron cincuenta y dos, verificadas desde el año 977 al 1002. — Regularmente emprendia dos cada año, una en primavera y otra en otoño. Durante ellas, fué tomando las siguientes plazas principales: Gormaz (en 980), Simánkas (984), Barcelona (985, en la primavera); Coyanza y Sepúlveda (985, otoño); Zamora y Coimbra (986) (1), Leon (997), Astorga, Coyanza, Sahagun (997), y por último Santiago (en el mismo año de 997), la cual destruyó juntamente con el templo del Apóstol, aunque respetó el sepulcro del mismo. Mandó conducir á Córdoba las campanas menores y las puertas de la iglesia. Esta fué la expedicion más gloriosa

(1) Y no en la expedicion de 931, como dice Conde y copia Lafuente.—V. Simonet, *Almanzor*.—Dozy, *Recherches*, tom. I, pág. 273.

del Agib, y la más desastrosa para los cristianos leoneses, que quedaron reducidos al pequeño país de las Astúrias.—Continuando sus expediciones, fué su última la del año 1002, en la cual llegó hasta Kanalés, en la Rioja, segun los historiadores árabes, ó solamente hasta Calatañazor, segun algunos cronistas cristianos, en donde añaden que fué derrotado por los ejércitos reunidos de Navarra, Castilla y Leon (1), á cuya derrota siguió su muerte ocurrida en Medinaceli.

Continuando en su encierro Hixem II, sucedió á Almanzor en los destinos del califato su hijo

Abdelmelik, quien, aunque ménos afortunado, siguió el mismo sistema de expediciones, hasta que murió en el año 1008, reemplazándole en su puesto de primer ministro de Hixem,

Abderraman (1008).—Como no contento éste con serlo de hecho, como su padre y hermano, se quisiera hacer proclamar califa, fué vencido y muerto por

Mohamed, biznieto de Abderraman III. Nombrado éste primer ministro, logró le reconocieran por califa, haciendo pasar

(1) Sobre si la batalla de Calatañazor tuvo ó no lugar, no nos atrevemos á sentarlo; pero si decimos desde luego, que es muy difícil sostener la afirmativa: 1.º Porque no tenemos noticia de historiador alguno árabe de aquella época que haga mencion de tal suceso, y téngase en cuenta que dicha época, como hemos visto, es la más ilustrada de aquel pueblo.—2.º Porque tampoco la menciona ningun cronista cristiano de la misma época ni la inmediata, no obstante la importancia y trascendencia del hecho por una parte, y lo glorioso para los ejércitos vencedores por otra.—3.º Que si bien Lúcas de Tuy hace mencion de ella, este cronista es del siglo XIII, doscientos años, cuando ménos, despues del hecho: ademas, Lúcas de Tuy supone que en la batalla se encontraron Bermudo II de Leon, que habia ya muerto en 999, y García de Castilla, muerto en 995, anacronismos que por su importancia quitan la fe que en lo demas se puede dar al cronista.

Al regresar el ejército de Almanzor de su esepicion á Galicia, dicen los cronistas cristianos que una disenteria mandada por Dios á los moros, acabó con casi todo su ejército. Añádese que D. Bermudo II cayó sobre el ejército moro, haciendo en él algunos daños. ¿Será este hecho de Bermudo II el que algunos cronistas nuestros refieren sucedido posteriormente, verificado por este mismo rey en union del conde de Castilla D. Sancho Garcés, y del rey de Navarra García el Trémulo? ¿Será este mismo hecho de armas el que llaman algunos cronistas (Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo), la jornada de Calatañazor, que ponen en 999 bajo Bermudo II, García de Castilla y García el Trémulo de Navarra?

por muerto á Hixem II, á quien guardaba en prision oculta. Pero á su vez le destronó

Suleiman (1009), obligándole á huir á Toledo, hasta que, con ayuda de los condes de Barcelona y Urgel, se restituyó en el mando (1010). Mas como Suleiman le resistiera, cuando más agitada se hallaba Córdoba, apareció, libertado por sus enemigos, el verdadero califa, que comenzó á reinar de hecho,

Hixem II, á quien, entusiasmado el pueblo, sentó al momento en el trono. Pero, aunque hizo decapitar luego á Mohamed, siempre sin voluntad propia, Hixem II no vió más que desastres en su corto reinado de hecho, pues, no cesando la guerra, Suleiman llegó á entrar en Córdoba, que sufrió todos los horrores de una soldadesca desenfrenada; y, presentándose al mismo Califa, despues de insultarle sin miramiento ninguno, le hizo desaparecer, sin que se haya averiguado de qué manera (1013).

Fraccionamiento del califato.— Con la entrada de Suleiman y los berberiscos en Córdoba, sufrió su último golpe la unidad del califato, ya fraccionado desde que, con ocasion de las guerras civiles, muchos gobernadores se habian declarado independientes. Los generales esclavos (1) dominaban en las grandes ciudades del Este, y los jefes berberiscos, á quienes los Amirides (la familia de Almanzor) habian dado como en feudo el gobierno de algunas provincias, gozaban tambien de una independencia completa, al paso que las familias árabes, que se consideraban bastante poderosas, desobedecian tambien al Califa, cuya autoridad solamente llegaba ya, de ciudades importantes, á Córdoba, Sevilla, Niebla, Osonoba y Beja.

Ali-Ben-Hamud (1016).— Así las cosas, cuando, viniendo los edrisitas de Africa con pretexto de reponer á Hixem II, á

(1) Estos *esclavos*, que no dejan de ocupar importante lugar en la historia de nuestros árabes, eran en un principio prisioneros que los pueblos germánicos hacian á las naciones eslavas, y vendian á los sarracenos de España. Más adelante éstos dieron tal nombre á todos los extranjeros que servian en el harem ó en el ejército, fuera el que fuera su origen, procediendo unos por compra y otros, hechos presos en guerras ó en piraterias por los árabes.— En tiempo de Abderraman III su número llegó, segun algunos, hasta 15.000. Aunque esclavos, llegaron á adquirir algunos mucha instruccion y riquezas, y este Abderraman, en odio á la aristocracia, les confirió empleos civiles y militares muy importantes. Así se explica la influencia que tuvieron en la decadencia del califato.— V. á Dozy, tom. III.

quien suponían vivo, decapitaron á Suleiman, y no apareciendo aquél, dado que le buscáran con interés, elevaron al trón á su jefe Ali-Ben-Hamud, mientras algunos gobernadores, negándose á obedecerle, trataban de restaurar á los Omiadas y proclamar á Abderraman IV, biznieto del tercero de este nombre. Por su parte Ali, obligado tal vez por las circunstancias, gobernaba del modo más tiránico, por lo cual fué asesinado y reemplazado por su hermano

Casin, gobernador de Sevilla, mientras los mencionados gobernadores proclamaban á Abderraman IV *Morthada*, biznieto del tercero de este nombre, quien luégo fué muerto por los mismos. Tambien Casin, á pesar de su gobierno bastante suave y conciliador, fué destronado por su sobrino Yahia (1021), hijo de Ali, y si bien volvió á restituirse en el trono (1023), obligado á abandonar á Córdoba y preso por su sobrino Yahia, los cordobeses, viéndose libres é independientes, y cansados de tantas revoluciones, reunieron una asamblea, en la cual fué elegido el omiada

Abderraman V (1023), hermano de Mohamed y biznieto de Abderraman III. Aunque entró éste con los mejores deseos, era ya tarde para reformar los abusos, y, muerto en una conmocion, le reemplazó el mismo

Mohamed II (1024), que, entregado á los placeres, fué expulsado y murió luégo envenenado. Obtuvo el califato el edrisita

Yahia (1025), que ya le habia ocupado; pero, desobedecido por los walies (que ya estaban acostumbrados á cierta independencia), y llegando á las manos con el de Sevilla, murió en la refriega.

Hixem III: abolicion del califato y fin de los Omiadas.—Elegido Hixem III, otro biznieto del grande Abderraman, aunque scstuvo por una parte el honor de sus armas, abandonando por otra el gobierno, hizo que los walies se consideráran más independientes ó soberanos en sus respectivas provincias, al paso que la capital ardia en continuos disturbios. Y aunque, restituido á Córdoba, su presencia restableciera por el pronto el orden, como tratára de reducir á los walies por medios fuertes, cuando no habian bastado los suaves, mientras el africano Zawí-Ben-Zehiri se hacía rey de Granada y Málaga, se proclamaban independientes los walies de Denia, Almería, Zaragoza, Badajoz, Mérida y Toledo, no quedando apénas al Califa más que la capital, la cual pronto tambien, declarando abolido el califato, le obligó á abandonarla (1031), concluyendo en un destierro (1036). Así acabó la dinastía de los Omiadas.

LECCION XXIV.

CONDADO DE CASTILLA. — SU INDEPENDENCIA : FERNAN GONZALEZ. — GARCÍA FERNANDEZ. — SANCHE GARCÉS. — GARCÍA II: CONVERSION DEL CONDADO EN REINO. — **CONDADO DE BARCELONA.** — SU ORIGEN Y PRIMEROS CONDES. — WIFREDO EL VELLOSO. — WIFREDO II Ó BORRELL I. — SUNIARIO Ó SUNIER. — BORRELL II. — RAMON BORRELL. — BERENGUER RAMON I.

CONDADO DE CASTILLA. — *Su independencia:* — La independencia de este condado data, al parecer, desde el tiempo de

Fernan Gonzalez, quien, cuando ménos, obraba como independiente del reino de Leon, auxiliando y deponiendo á sus reyes. Sucedióle su hijo

García Fernandez, que pereció contra Almanzor (995), y

Sancho Garcés, uno de los soberanos cristianos que se suponen en la batalla de Calatañazor. Es muy célebre ademas por la largueza con que otorgó á los pobladores de ciudades fronterizas exenciones, franquicias y otros derechos, llamados *fueros y cartas pueblas*, origen de las libertades municipales de Castilla; por lo cual fué llamado *Sancho el de los Buenos Fueros*. De éstos es célebre el que concedió, en 1012, á Nave de Albura. A su muerte, en 1021, le sucedió su hijo

García II: conversion del condado en reino. — Este último conde tenía dos hermanas, doña Mayor, casada con Sancho el Grande de Navarra, y doña Jimena Teresa, con Bermudo III de Leon. Asesinado García ántes de contraer matrimonio, pasó el condado de Castilla á la primera de sus hermanas, que era doña Mayor, y por consiguiente, á formar parte de los dominios de Sancho el Grande de Navarra, quien, dejándolo, á su muerte, á su hijo Fernando, con el título de rey, convirtió el condado de Castilla en reino independiente (1035).

CONDADO DE BARCELONA. — *Su origen y primeros condes.* — En tiempo de Ludovico Pío, hijo de Carlo-Magno, fué creado el ducado de Barcelona, compuesto de la Septimania y la Marca Hispana, separadas del reino de Aquitania, á que pertenecian. Dividido posteriormente aquel ducado por Carlos el Calvo, se formaron los condados de Narbona y de *Bacelona* (864), cuyo primer conde parece fué *Udalrico*, á

quien sucedió *Wifredo*, que le gobernó con cierta especie de independencia moral, siendo luego reemplazado por un franco llamado *Salomon*. Asesinado éste por los catalanes, que deseaban tener condes propios é independientes, nombraron á

Wifredo el Velloso, á quien suponen algunos hijo del otro Wifredo pariente de Carlo-Magno. En este Wifredo, sin que sepamos de qué manera, da principio la independencia completa del Condado. Despues de arrojar éste á los sarracenos del antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserat y de gran parte del campo de Tarragona, le sucedió, á título de herencia, su hijo

Wifredo II ó Borrell I (898), que continuó la obra de su padre. Muerto sin hijos varones le sucedió su hermano

Suniarío ó Sunier (912), sin más ocupacion que la guerra con los moros fronterizos. Sucedióle:

Borrier II (954).—A los dos años le fué asociado al gobierno su hermano **MIRON**, que murió en el año 966.—**Borrell II** agregó el condado de Urgel, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, aún cuando los demas condados no vinieran vinculados al de Barcelona, pero al cual se iban así incorporando. Recobró á Barcelona, que le habia tomado *Almanzor*, y murió sucediéndole en el condado de Urgel *Armengol*, y en el de Barcelona

Ramon Borrell (992).—Rivalizando éste con los leoneses y castellanos, despues de una expedicion á Córdoba, como auxiliar de Mohamed, atacando las fronteras musulmanas, tomó á los árabes algunos distritos hácia el Ebro. Sucedióle su hijo

Berenguer Ramon I, el Curvo (1018), bajo la tutela de su madre *Hermesindis*, cuya ambicion de mandar ocasionó graves disensiones con el hijo. Aunque débil en sus altercados con su madre (lo que parece disimulable) y poco guerrero, *Berenguer Ramon I* se dedicó á los deberes que la paz impone á los soberanos, como la organizacion del Estado, lo cual hizo dándole asiento formal; por lo que hoy algunos le llaman *el Justo*. Tambien puede ser llamado *el liberal*, puesto que fué el primero que confirmó las franquicias y libertades de sus propiedades á los barceloneses. Confirmó asimismo cartas pueblas dadas por otros condes anteriores.

LECCION XXV.

MONARQUÍA PIRENÁICA.—PRINCIPIOS DEL REINO DE PAMPLONA Ó DE NAVARRA.—IÑIGO ARISTA.—GARCÍA GIMENEZ.—GARCÍA IÑIGUEZ.—FORTUN GARCÉS.—SANCHO GARCÉS I.—BATALLA DE VALDEJUNQUERA.—GIMENO GARCÉS.—GARCÍA SANCHEZ I.—SANCHO II Y RAMIRO.—GARCÍA SANCHEZ II.—SANCHO GARCÉS III.—SUS GUERRAS CON BERMUDO III.—DIVISION DE LA NAVARRA EN CUATRO REINOS.

Principios del reino de Pamplona: ó de Navarra.—El reino de Pamplona comienza en los primeros años del siglo IX (1), pues hasta entónces los vascos vivian en tribus aisladas, sin forma conocida de gobierno, ya independientes, ya sometidos ó bajo la proteccion de los francos ó de los árabes. El primer soberano que desde dicha época figura en Pamplona es

Iñigo Arista, hijo probablemente del conde Jimeno, goberna-

(1) Los vascos vivian en tribus guerreras, tanto despues como ántes de la invasion sarracena, y combatiendo con ellos estaba D. Rodrigo cuando Tarif entró en España.—Sometidos á duras penas por los romanos, renació su indomable valor á la caída del Imperio de éstos, que fué cuando debieron extenderse más, llegando hasta Urgel y Cerdaña en la Península, miéntras por la Galia se asimilaron la parte llamada Gascuña, llevando sus excursiones hasta la línea divisoria del Garona: es decir, que los vascones de la Edad Media abrazaron el país, desde las Fuentes del Ebro hasta, por lo ménos, el rio Adur.

Invadida la España por los árabes, el walí Ocba parece fué quien conquistó á Pamplona (735). Pero consta por una crónica árabe, muy antigua, que los vascos de Pamplona se levantaron contra el yugo musulmán, casi á la par que los Astures, y que derrotaron las tropas del emir Yusuf (año 755). Pero los vascos no formaron un estado, ni ménos un reino, como los Astures, sino que conservaron su carácter de tribus aisladas, reparti las en pequeños territorios. Despues de la retirada de Carlo-Magno, en tiempo de Abdlerraman I, éste, reducida Zaragoza á su obediencia, se dirigió contra Pamplona, atacó á los vascos é hizo tributario al conde de la Cerdaña (a) que era un tal Galindo *Belascotenes* (ó hijo de Belascot ó Velasco), uno de los que se habian coaligado contra él.

En el emirato de Hixem I, Muza-ben-Fortun, otro jefe ó señor vascon, renegado de nuestra fe, se apoderó de Zaragoza (b), y atacado el rey de Astúrias Alfonso II por los árabes (794), aquél pidió auxilio al rey ó

(a) Véase el discurso del Sr. Oliver y Hurtado en el acto de su recepcion en la Academia de la Historia, pag. 15.—Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, t. I, pag. 579 y sig.

(b) Aben Adhari.

(c) Al-Maccary.

dor de los vascos de allende el Pirineo, que, depuesto (815) por Luis el Piadoso y obligado á venirse á España, guió á los vascos de aquende el Pirineo en sus guerras de independencia contra los francos (1). Ya anciano este rey debió dar parte en el gobierno á su hermano

García Jimenez, quien parece vivió algo más que Iñigo Arista. Muerto también García Jimenez, sucedió en el mando el hijo de Iñigo Arista

García Iñiguez (por el año 860).—Al principio de este reinado parece fué cuando un ejército del emir Mohamed devastó la comarca de Pamplona, conquistando castillos, entre éstos el de Caxtil, en el cual hizo prisionero y se llevó á Córdoba, á Fortun, hijo del mismo García Iñiguez (2). Después de cerca de veinte años de cautiverio, Fortun fué restituido á su padre, á quien sucedió en el reino, sin que conste la fecha, aunque reinaba en 893,

Fortun Garcés parece reinó hasta el año 905 (3), en el cual se alzó rey de Pamplona

señor de los vascos (c), aunque no conste de qué vascos, si bien es probable fuera de los de Alava, por las relaciones de parentesco que mediaban entre este soberano y Alfonso II. Al decir de las crónicas de los Francos, los navarros y pamploneses se hallaban por este tiempo aliados con los sarracenos, tal vez para librarse del poder de Carlo-Magno. Mas á principios del siglo siguiente (806) volvieron á prestar su fe al emperador de los Francos, que habia dilatado sus conquistas por la parte oriental de la Península (a). Pero luego se levantaron otra vez contra el mismo emperador, y Ludovico Pío marchó sobre Dax contra ellos, y obligados á pedirle la paz, pasó el Pirineo por Roncesvalles, llegando hasta Pamplona. Arregladas aquí las cosas, Ludovico Pío regresó á Francia (812) por el mismo camino, aunque con más precauciones que ántes lo habia hecho su padre (b).

De las noticias expuestas se deduce que los vascos continuaban como ántes, ora apenas sometidos á uno ú otro de sus poderosos vecinos, ora independientes; más sin unidad, como ántes hemos dicho, sino divididos en tribus ó señoríos, entre los cuales aparecen, á principios del siglo ix, el pequeño condado de Aragon, de que hablaremos, y la soberanía de Pamplona, ó de Navarra de que tratamos.

(1) Así consta en el *Vetus Chronicon MS. Collegii Sancti Andreas Burdigalensis*. Véase la nota 28 del discurso del Sr. Oliver y Hurtado.

(2) Genealogía Medianense.

(3) Este rey figura como testigo en algunas escrituras de esta época, que constan en el *Libro Gótico* de San Juan de la Peña y en el *Cartuario* de Leire.

(a) *Anales Titiani, Loiseliani, Metenses* y otras obras citadas por el Sr. Oliver, lugar dicho, y que se encuentran en Bouquet, t. v.

(b) Eghinard, *Vita Hildorici Pii* (Bouquet, t. vi).

Sancho Garcés I, á quien Fortun hubo de reconocer de grado ó por fuerza (1). En este Sancho comienza la que puede llamarse dinastía peculiar de los reyes de Pamplona. Según las crónicas, Sancho Garcés I conquistó el país desde Nájera hasta Tudela, poseyó toda la comarca de Deyo con sus ciudades, sometió la cuenca de Pamplona y tomó todo el territorio aragonés con sus castillos (2).

Batalla de Valdejunquera.—Pero este mismo Sancho perdió con Ordoño de Leon la batalla de Valdejunquera contra Abderraman III (920), si bien poco tiempo despues se recuperó con la toma de Viguera, á cuya pérdida dió tanta importancia Abderraman III que, volviendo él mismo con otra expedicion, taló el país (924) navarro y llegó á Pamplona que destruyó en parte, con la catedral, sin que Sancho pudiera, por más que probára, contenerle en ninguna accion de armas (3). Poco tiempo despues murió Sancho Garcés I, en cuyo reinado, á pesar de estos reveses, más ruidosos que de resultado, el reino de Pamplona adquirió, no sólo importancia, sino que comenzó á ser temido. Sucedióle su hermano

Jimeno Garcés (925) que reinó cinco años, sucediéndole

García Sanchez I (931) (4) hijo de Sancho Garcés y de su esposa la reina Tota, que lo habia guardado en tutela, pues sólo contaba doce años de edad (5). Por el matrimonio de García Sanchez con Andregoto, hija de Galindo, último conde de Aragon, cuya descendencia legítima habia concluido, pasó el condado de Aragon á formar una nueva provincia del reino de Pamplona. De esta manera los dominios de García Sanchez pudieron extenderse hasta el valle de Boltaña (6), la villa más importante del histórico ó supuesto reino de Sobrarbe (7). Despues de García Sanchez gobiernan sus estados sus dos hijos

(1) Pergamino del monasterio de Leire.

(2) Codice Medianense, fól. 231.

(3) Dozy, t. III, pág. 46. Obra citada.

(4) Véase la crónica de Pampina en el *Codice Medianense*, fól. 231.

(5) De manera que en el año 920, en que se dió la batalla de Valdejunquera, no tenía dos años de edad. Mal pudo, por lo tanto, encontrarse activamente en ella, como tantos escriben.

(6) Esta extension de los dominios de García Sanchez consta por una escritura original, conservada en el archivo de la catedral de Huesca, Armario I, número 491.

(7) *Imaginado* reino, dice el Sr. Oliver; lo cual nos parece exagerado.

Sancho II y Ramiro (970) (1), ambos con el título de reyes, el primero, lo principal del reino, y el segundo, el pequeño país de Viguera, por cuya muerte prematura todo el territorio volvió á reunirse bajo su hermano Sancho (981), apellidado *Abarca*. Éste siguió luchando con los sarracenos, no sin algunas ventajas. Á Sancho II Abarca sucedió su hijo

García Sanchez II (994), llamado el *Tembloroso*, que reinó seis años, sucediéndole su hijo

Sancho Garcés III el Mayor (1000), así llamado por la grande extension que dió á sus estados. Hemos visto que fué uno de los tres soberanos cristianos que se hallaron en la batalla de Calatañazor. También hemos referido cómo agregó á su cetro el condado de Castilla. Resta sólo que hablemos de

Sus guerras con Bermudo III.—No satisfecho Sancho III con haber vencido á Bermudo III en sus pretensiones al condado de Castilla, trató de quitarle parte ó todos sus estados. Ya se habia apoderado del país entre el Pisuerga y Cea, y aún acometido á Leon, cuando, interviniendo los obispos de una y otra parte, ambos reyes vinieron en un acomadamiento, en cuya virtud, doña Sancha, hermana de Bermudo III, habia de casar con el hijo de D. Sancho, príncipe D. Fernando, á quien cederia la Castilla, con el título de reino, debiendo por su parte Sancha aportar en dote las tierras entre el Pisuerga y el Cea, acabadas de conquistar por el Navarro. Pero el ambicioso Sancho, apenas pasado el año de este tratado, sin que se sepa el motivo, acometió los estados de Bermudo, obligándole á refugiarse en Galicia, único país que le dejó. Con esto los estados de Sancho adquirieron tanta extension, que algunos le han aplicado el título de emperador; mas gozó poco tiempo de estas conquistas, pues murió en el año 1035, hecha en sus hijos la siguiente

(1) Esta simultaneidad de reyes que se observa aquí y ántes y aún despues de Sancho II, se explica teniendo en cuenta que el derecho de reinar en Navarra y aún en Astúrias, no se consideraba propio de un individuo, sino de toda la familia real: indicándose el orden de sucesion por la edad, ciertas prendas personales, ó la fuerza: de aquí el que algunas veces se vean dos hermanos reyes simultáneos, como á la muerte de García Sanchez I. y el que Iñigo Arista dejára, aún viviendo él, que también reinára su hermano García Jimenez. Pero sobre este derecho de toda la familia venia irresistiblemente la tendencia á la unidad en el mando.

Division de la Navarra en cuatro reinos, dejando á García la *Navarra* propia; á Ramiro^o, el condado de *Aragon*; á Gonzalo, el señorío de *Sobrave y Ribagorza*, y á Fernando, el condado de *Castilla* con las tierras entre el *Pisuerga* y el *Cea*, conquistadas á Leon; las cuatro divisiones con el título de reinos.

LECCION XXVI.

REINO DE LEON. — RAMIRO III. — BERMUDO II. — ALFONSO V. — CONCILIO DE LEON. — BERMUDO III. — UNION DE LOS REINOS DE LEON Y CASTILLA.

Ramiro III. — Hemos dejado á Ramiro III bajo la tutela de doña Teresa y doña Elvira, quienes, al paso que le educaban con todo esmero en las máximas cristianas, dirigian, especialmente la segunda, las riendas del Estado con tanto acierto como energía. Mas por desgracia, el regio pupilo, léjos de corresponder á los esfuerzos de sus virtuosas tutoras, crecia con la edad en aviesas inclinaciones, dando rienda suelta á sus pasiones juveniles y á los instintos de su natural sombrío y altivo; lo cual y las invasiones de Almanzor fueron un obstáculo en la marcha progresiva del Estado. Desabridos los próceres y condes de Castilla, Leon y Galicia por su caprichosa y tirana conducta en su mayor edad, y vista su mala suerte en la guerra, muchos se le hicieron enemigos, y los de Galicia proclamaron á Bermudo (982), hijo de Ordoño III, quien, despues de llegar á las manos con Ramiro en Portilla ó Puerto de Arenas (983) sin resultado (1), le sucedió á su muerte, acaecida poco despues.

Bermudo II, el Gotoso (984). — Desgraciado fué duran-

(1) Así nuestros historiadores, y el Sr. Simonet, *Almanzor*, pág. 106. Dozy dice que el mismo Bermudo echó de Leon á Ramiro (mes de Marzo 984), quien murió luégo. Y añade, que para hacerse reconocer de todos, Bermudo pidió auxilios á Almanzor, quien puso á su disposicion un grande ejército, con el cual se aseguró en el trono, pero quedando Bermudo como un lugar teniente de su protector, y el reino como una provincia tributaria del califato. Tomo III, pág. 196, obra citada, y *Recherches*, tomo I, pág. 107.

te todo su reinado, pues era la época en que Almanzor, con sus periódicas excursiones y aprovechando las discordias entre éstos, redujo á los cristianos casi, si no al mismo estado de los primeros tiempos de la Reconquista. Todo Leon, con su capital, cayó en poder de los musulmanes (988), que diez años despues invadieron tambien á Galicia y destruyeron á Santiago (997). En los últimos años de su reinado, Bermudo pudo restaurar algunas ciudades y fortalezas, así como el templo del Apóstol Santiago. Pero, agravándosele la gota, murió en 999. Aunque en este rey haya que lamentar algunos extravíos, fué prudente, bondadoso y justo. Confirmó las leyes de Wamba, y mandó que para la reforma legislativa se consultasen los cánones. Sucedióle su hijo

Alfonso V (999).—Contando sólo cinco años de edad, entró éste á reinar bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez y de su mujer doña Mayor, dirigiéndole al mismo tiempo su tio materno el conde de Castilla Sancho García, el hijo y sucesor de García Fernandez. Durante su minoría se supone dada la batalla de Calatañazor, aliados con Alfonso V, el conde de Castilla y Sancho el Grande de Navarra (1002).

Concilio de Leon (1020).—Ya en su mayor edad, Alfonso dió grandes pasos en la reorganizacion religiosa. Fundó iglesias, reedificó monasterios y restauró á Leon, en la cual hizo reunir en el año 1020 aquel tan célebre concilio ó asamblea, que tanto influyó en la reorganizacion política y civil, modificando, pero no aboliendo, la legislacion visigoda. Por esto es llamado *Alfonso el de los Buenos Fueros*. Despues de haberse dedicado á promover la reorganizacion religiosa, protegiendo á los buenos prelados, como el docto Sampiro, murió en el sitio de Viseo, en la Lusitania, reinando en Córdoba Hixen-III, que habia invadido sus fronteras (1027). Sucedióle su hijo

Bermudo III, cuyo primer acto fué casar con Jimena Teresa. Ya conocemos su historia hasta la muerte de Sancho el Grande de Navarra (1035). Tan pronto como Bermudo supo su muerte, trató de recuperar los países entre el Cea y el Pisuerga. Mas como, deseoso de rescatar todo lo cedido á la fuerza, traspasára los nuevos límites del reino de Castilla, fué vencido y muerto por Fernando, su cuñado, en la batalla de Tamarón.

Union de los reinos de Leon y Castilla (1037) —No dejando Bermudo III hijos, el reino de Leon debia recaer en su

hermana doña Sancha, casada con su vencedor D. Fernando, quien pronto fué reconocido por su rey, verificándose de esta manera por primera vez la union de Leon y Castilla.

LECCION XXVII.

ESPAÑA ÁRABE. — FRACCIONAMIENTO DEL CALIFATO. — ESTADOS QUE SE FORMARON. — REINO DE SEVILLA : MOTADHID. — MOTAMID. — CÓRDOBA. — ABENDJAHWUAR. — WALID-MOHAMED. — ABDELMELIK. — INCORPORACION DE CÓRDOBA AL REINO DE SEVILLA.

Hemos visto cómo, desobedecido Hixen III por los walíes de las principales ciudades, terminó en él la dinastía de los Omiadas (1031). Vamos á ahora á presenciar la total caída y fraccionamiento del califato de Occidente, que por tres siglos habia existido, siendo Córdoba centro de las ciencias é ilustración; pero que no por esto dejó de ceder á la ley que tiene condenados á la division los estados mahometanos; ley que nace muy lógicamente del vicio ó virus revolucionario que, santificado por el *Coran*, llevan en sí estos pueblos.

Fraccionamiento del califato. — Los walíes ó alcaides de las provincias, acostumbrados á ver sucederse rápidamente nuevos califas, los cuales, en sus luchas para subir ó conservarse en el califato necesitaban halagarlos y tenerlos propicios, estaban hechos á recibir por cada vez más franquicias, las cuales hemos visto hasta qué grado les concedieron la independencia. Pues bien; estos walíes, soberanos de hecho en sus respectivos gobiernos, á la caída de Hisen III no hicieron más que cambiar el nombre de walíes por el de emires ó reyes, y hacerse proclamar de derecho lo que ya tiempo venian siendo de hecho.

Estados que se formaron. — Los estados ó soberanías que al fraccionamiento del califato aparecieron son los siguientes :

El de Sevilla, bajo los Beni-Abbad.

1) Málaga, bajo los Hammuditas (jefes del partido berberisco).

2) Algeciras, bajo los mismos.

El de Granada, bajo los Beni-Ziri.

- » Carmona, bajo los Beni-Birzel.
- » Huelva, bajo los Beeritas.
- » Niebla, bajo los Beni-Yahya.
- » Badajoz, bajo los Aftasidas (berberiscos arabizados).
- » Toledo, bajo los Beni-Dhhi-n-nun (familia berberisca).
- » Zaragoza, Bajo los Beni-Hud (familia árabe).
- » Valencia.
- » Murcia.
- » Denia.
- » Almería y otros.

Reino de Sevilla.—Motadhid (1044).—De todos estos estados fueron los más poderosos el reino de Granada, centro del partido berberisco, y el de Sevilla, donde se concentró la civilización árabe. Éste tuvo tres soberanos: Casim-Mohamed-Ben-Ismael, Abbad-Ben-Mohamed y Casim-Mohamed-Ben-Abbad. El primero, que reinó desde 1023 á 1042, fué quien hizo su estado independiente de Córdoba. El segundo, conocido en la historia con el nombre de *Motadhid*, que reinó hasta 1069, agregó sucesivamente los estados de Mertola (1044), Niebla, Huelva, Silves (1051), Algarbe (1052) y los principados berberiscos de Moron, Ronda, Arcos y Jerez (1053), en cuya conquista le ayudaba la población árabe, deseosa de sacudir el yugo de sus jefes. También, después de una guerra que le promovió Badis de Granada, agregó el principado berberisco de Algeciras. Muerto Motadhid, le sucedió su hijo, el tercero de los mencionados, llamado en la historia

Motamid (1069).—Aunque muy dado á los placeres y la poesía, Motamid, no ménos ambicioso que su padre, se apoderó luego de Córdoba por medio de una traición. Mas entre tanto, Alfonso VI de Leon, que á su vez meditaba también la conquista de los reinos árabes, amenazó á Sevilla, que sólo se vió libre por entonces ofreciéndole Motamid un doble tributo del que, desde su padre, le pagaba aquel reino (1078). Habiéndose de esta manera salvado de Alfonso VI, Motamid meditó la agregación del reino de Murcia, cuya conquista llevó á cabo ayudado de Ramon Berenguer II de Barcelona (1078). Pero Alfonso VI, que no habia abandonado sus propósitos sobre los árabes, conquistado el reino de Toledo, se preparaba para marchar otra vez contra el de Sevilla, cuya historia en adelante veremos en la de los estados cristianos.

Córdoba.—Aben-Djahwar (1031).—En cuanto á Córdoba, constituida ésta en república, se dió el poder ejecutivo al honrado Aben-Djahwar, de relevantes prendas personales,

ilustre linaje, ajeno á los partidos y respetado de todos. Hombre probo y modesto en medio de tantas ambiciones, dictó varias medidas económicas y gubernativas, reformó la policía de la capital, procuró vivir en paz con todos los estados vecinos, y haciendo los mayores esfuerzos por restaurar la prosperidad pública, levantó de su postracion la industria y el comercio, llamando así á Córdoba multitud de nuevos habitantes, los cuales fueron reedificando tantos edificios demolidos en las anteriores revoluciones. Mas aunque Djahwuar observaba rigurosamente las formas republicanas, era un verdadero soberano, pues nunca el Senado se opuso á sus determinaciones.

Walid-Mohamed (1013).— Sucedió á Djahwuar su hijo Walid-Mohamed, quien, virtuoso y prudente como su padre, pero más pácifico de lo que convenia en aquellas circunstancias, siguió gobernando hasta el año 1064, en que, cansado del mando, lo confió á su hijo

Abdelmelik.— Aunque Abdelmelik era poco apto para el gobierno, la república estuvo bien dirigida mientras tuvo de primer ministro á Aben-as-Sacca, á quien todos los enemigos respetaban. Mas como Motamid de Sevilla viera en este ministro un obstáculo á sus miras de conquista, logró que Abdelmelik se deshiciera de él, y odiado éste de los suyos desde entonces por su tiranía, iba el Sevillano preparando el golpe, cuando, sitiada Córdoba por Mamun de Toledo, llamado Motamid en su auxilio por Abdelmelik, aunque rechazó á los sitiadores, volviendo traidoramente contra su aparente protegido, le hizo prisionero con toda su familia, declarando á Córdoba parte de su reino (1070).

Incorporacion de Córdoba al reino de Sevilla.— Pero Mamun no habia desistido de apoderarse de aquella ciudad, cuyos campos recorria, ayudado de su aliado Alfonso VI; y aunque fué rechazado por el joven gobernador Abbad, hijo de Motamid, al fin, ayudado por el traidor Aben-Ocacha, entró en ella (1075). Mas, muerto Mamun, envenenado, se supone, por el mismo Ocacha, éste se apoderó del mando, que conservó tres años á pesar de los esfuerzos de Motamid, quien al fin tomó la ciudad por asalto (1078). De esta manera acabó definitivamente la soberanía de Córdoba (1).

(1) Dozy, obra citada, t. IV.

LECCION XXVIII.

REINO DE LEON Y CASTILLA.

FERNANDO I.—SU GOBIERNO: CONCILIO DE COYANZA.—EXPEDICIONES CONTRA LOS MOROS.—DIVISION DE SUS ESTADOS.—SU MUERTE.—PROCLAMACION DE SUS HIJOS.—DESTRONAMIENTO DE ALFONSO.—GUERRAS ENTRE SUS HIJOS.—DESTRONAMIENTO DE GARCÍA.—MUERTE DE SANCHE.—ALFONSO VI.—REUNION DE LOS ESTADOS DE SU PADRE.—OCASION PARA LA GUERRA CONTRA LOS ÁRABES.—CONQUISTA DE TOLEDO.—OTRAS ADQUISICIONES.—RESTAURACION DE LA SILLA METROPOLITANA DE TOLEDO.

Fernando I.—Hemos dejado los reinos de Leon y Castilla bajo el cetro de Fernando I. La fusion de los estados cristianos de nuestra Península comienza á verificarse; pero desgraciadamente las divisiones testamentarias alejarán aún siglos enteros su consumacion: que ésta ha sido nuestra comun desgracia, por más que los españoles se hayan tantas veces mostrado heroicos.

Su gobierno: concilio de Coyanza.—Fernando, ganadas las voluntades de los leoneses con su prudente conducta y dulce gobierno, confirmó sus *buens fueros*, otorgados por Alfonso V, concedió otros conforme á sus costumbres, restauró las antiguas leyes góticas, y cuidó del orden y disciplina de la Iglesia, á cuyo fin hizo reunir el concilio de Coyanza (1050), asamblea religiosa y política á la vez.

Expediciones contra los moros. Conquistas á éstos.—Castigada en la batalla de Atapuerca la ambicion de su hermano García de Navarra, que con un ejército de musulmanes y cristianos habia invadido sus estados, dirigió una expedicion por la Lusitania, donde tomó al emir de Badajoz las plazas de Viso y Lamegos (1057). Al año siguiente, volviendo sus armas hácia el Sudeste, se apoderó de San Estéban de Gormaz, Vadoriego, Aguilar y Verlanga. Continuando sus expediciones, hizo tributarios á los reyes moros de Toledo y Sevilla, y tomó á Coimbra. En los intervalos de paz reedificaba ciudades como Zamora. Por último, dirigió el mismo Fernando en persona otra expedicion contra Valencia, que parece hubiera tomado, á no haberle obligado á retirarse una enfermedad que ya no le abandonó.

Division de sus estados: su muerte.—Pero este grande y religioso monarca, que tanta preponderancia hizo adquirir al reino de Leon y Castilla, siguiendo el funesto ejemplo de su padre, y sin prever las consecuencias que la conducta de sus hermanos le habia hecho palpables, fraccionó tambien su reino, dejándolo dividido entre sus hijos del modo siguiente:

A Sancho, el primogénito, la *Castilla*, con el título de reino.

A Alfonso, las tierras de *Leon*, con tierra de Campos, y

A García, la *Galicia*, tambien con el título de reinos.

A Urraca, el dominio absoluto de la ciudad de Zamora, y

A Elvira, el de la ciudad de Toro.

Hecho así el testamento, y despues de la mencionada expedicion á Valencia, le sobrevino la muerte, que fué tan santa como ejemplar habia sido su vida.

Proclamacion de sus hijos.—Por más que sabios políticos, más conocedores del corazon humano, hubieran aconsejado á Fernando la revocacion de aquel testamento, prevaleciendo en éste el amor de padre sobre la razon de estado, no lograron disuadirle, y en el mismo dia de su muerte sus hijos fueron proclamados reyes.

Guerras entre sus hijos: destronamiento de Alfonso.—Como era de temer, bien pronto la ambicion y descontento de Sancho comenzaron á turbar la tranquilidad, y si bien el respeto á su madre doña Sancha le contuvo por entónces, ocupándose en hacer la guerra á su primo Sancho de Navarra, quien, unido con Sancho Ramirez de Aragon, le venció en la batalla de Viana, apénas murió aquélla, cuando Sancho, sin acordarse del anterior descalabro, penetró por tierras de Leon, en busca de su hermano Alfonso. Vencido éste, primero en la batalla de Llantada (1068), y hécho tres años despues prisionero en la de Volpellar, Sancho se posesionó de su reino y le mandó preso al castillo de Búrgos, de donde huyó á Toledo.

Destronamiento de García.—Sin descanso despues de estas victorias, y llevado en alas de su ambicion, el vencedor marcha contra su segundo hermano, de Galicia, y en breves dias es reconocido su rey por los gallegos, cansados de las exacciones de García.

Muerte de Sancho.—La ambicion no reconoce límites, y Sancho, dueño ya de tres reinos, marcha contra las dos ciudades de sus hermanas. Atacada Toro, Elvira se la entrega sin resistencia; mas no logra otro tanto con Zamora, donde Urraca da lugar á que plantee un sitio. Por más que éste se estre-

che y sean redoblados los ataques, nada basta á abatir á aquellos leales súbditos, capitaneados por Arias Gonzalo. Sin embargo, la prolongacion del cerco dejaba ya sentir sus rigores en los sitiados, cuando Sancho es muerto alevosamente por un fingido desertor de la plaza, llamado Vellido Dolfos. Tal fué el término de aquel ambicioso rey.

Alfonso VI: reunion de todos los estados de su padre.—

Alfonso, que se hallaba refugiado en Toledo, donde reinaba el moro Mamun, apenas supo la muerte de Sancho, y avisado de que los magnates de Búrgos habian determinado proclamarle su rey, acudió, llamado por su hermana Urraca, á Zamora, y, proclamado en ésta, se dirigió á Búrgos, donde tambien fué reconocido, previo aquel célebre juramento que debia prestar, y sólo el Cid, entre todos los magnates, se atrevió á tomarle, *de no haber tenido parte en la muerte de su hermano Sancho*. Era de temer que Alfonso mirára desde entónces con malos ojos al Cid, por más que éste sólo hubiere sido el ejecutor de un deber. Su hermano García, que se presentó reclamando su reino, quedó encarcelado hasta su muerte. De esta manera todos los estados de su padre Fernando I quedaron otra vez reunidos bajo Alfonso VI.

Ocasion para la guerra contra los árabes.—Reunidos así los estados de su padre, miéntras los árabes, fraccionado el califato, se hallaban envueltos en sus guerras civiles, Alfonso VI, considerándose bastante poderoso para conquistar todos los estados musulmanes, miéntras por una parte hacia preparativos, por otra procuraba fomentar sus rivalidades, cuando habiendo enviado la embajada de costumbre al reino de Sevilla, en demanda del tributo anual, Motamid, al parecer escaso de recursos, hizo crucificar al judío Aben-Chalib, encargado de recibirlo, y aprisionar á los restantes de la comision (1082) (1). Irritado el Rey de Castilla por este proceder, despues de rescatar los presos en cambio de la plaza de Almodóvar, emprendió al momento por tierras musulmanas una correría, que, pasando por Sevilla y Sidonia, llegó hasta la playa de Tarifa, en cuyas aguas hizo entrar su caballo, como en otro tiempo habia hecho Oeba en las de la costa de Africa.

Conquista de Toledo.—Despues de esta expedicion, Alfon-

(1) Véase á Dozy, obra citada, t. iv.

so VI volvió sobre Toledo, de donde expulsó al Rey de Badajoz, Motawakil, que habia sido llamado por los toledanos, descontentos de Cadir, á quien repuso en su trono (1084). Pero, decidido Alfonso á apoderarse de esta ciudad, como Cadir se considerára muy débil para resistirle, le propuso entregársela con las condiciones de que serian respetadas las vidas y haciendas de todos los habitantes, se les dejaría su principal mezquita, y que Alfonso se comprometería á poner á Cadir en posesion del reino de Valencia. Admitidas estas condiciones, Alfonso hizo su entrada en la antigua capital del reino visigodo (Mayo, 1085) (1). A la conquista de Toledo se siguió la de la mayor parte del territorio, que recibió el nombre de Castilla la Nueva.

Restauracion de la silla metropolitana de Toledo.—Tocante á Toledo, Alfonso, previo un concilio que en ella hizo reunir, y respetando lo estipulado con el rey moro en la capitulacion, la restauró como silla metropolitana, siendo elegido para ella el abad de Sahagun, Bernardo, de nacion frances, hombre de grande reputacion y ciencia, pero cuyo indiscreto celo religioso produjo algun disturbio, que, gracias á haber Alfonso acudido pronto con su presencia, no fué de fatales consecuencias.

LECCION XXIX.

ESPAÑA ÁRABE.—SITUACION DE LOS MUSULMANES.—LLAMADA DE LOS ALMORAVIDES.—BATALLA DE ZALACA.—REACCION DE LOS CRISTIANOS.—SEGUNDA VENIDA DE YUSUF.—CIRCUNSTANCIAS QUE FAVORECIAN LAS MIRAS DE YUSUF.—LEVANTA EL SITIO DE ALEDO.—DECIDE APODERARSE DE LA ESPAÑA MUSULMANA.—CONQUISTA DE ÉSTA.—SOBERANOS ALMORAVIDES.

Situacion de los musulmanes.—Si importante era para los cristianos la conquista de Toledo, aquel baluarte de los musulmanes en el centro de la Península, no fué para éstos ménos

(1) Dozy, obra citada, t. IV. Otros dicen que esta conquista costó dos años de sitio. Véase á Lafuente, aunque no le seguimos.

trascendental su pérdida. Pues, tomadas con ella, ó expuestas á ser muy pronto invadidas todas sus posesiones al Norte de la sierra Mariánica, la preponderancia de los estados cristianos sobre los de los musulmanes era un hecho que hacía prever, y no muy lejana, la desaparicion de éstos. En efecto, sitiada Zaragoza ventajosamente por Alfonso VI, y dueño éste de los destinos de Valencia, en donde otro ejército suyo sostenia á Cadir, mientras García Jimenez, atrincherado con algunos caballeros en el castillo de Aledo, hacía continuas incursiones por el emirato de Almería, no les quedaba otro recurso que emigrar al Africa ó entregarse en manos de los cristianos.

Llamada de los almoravides.—No desconocían los musulmanes su crítica situacion; pero, en medio de su abatimiento, toman una determinacion, la más desesperada, y una nueva raza de infieles viene á pisar los ángulos de nuestra Península, renovándose el desastre del Guadalete, siquiera no entrara en las miras de la Providencia la repeticion de sus consecuencias. En efecto, aunque todos los príncipes andaluces temian el auxilio de un conquistador crecientemente y lleno de ambicion, no hallando otro recurso, excitados por Motamid, de Sevilla, al fin convinieron en llamar á Yusuf, emperador de los *Almoravides*, nueva secta del islamismo, que, procedente allende el Atlas, se habia rápidamente enseñoreado del Magreb.

Batalla de Zalaca.—Admitida por Yusuf la invitacion, aunque previos ciertos pactos, que desde luego no cumplió, penetró con sus huestes por Algeciras, cuya plaza habia hecho por la fuerza que se le cediera (1086), y, reunido con Motamid y los demas emires que, disimulando sus temores por aquella arrogancia, acudieron á la guerra santa, se dirigió por Extremadura, con ánimo de continuar hasta Toledo. Pero Alfonso, que tampoco se habia descuidado en prepararse para resistirle, le salió al encuentro cerca de Badajoz, y tuvo lugar la tristemente célebre batalla de Zalaca (Octubre 1086), en que el ejército cristiano, á pesar de la superioridad del número, fué completamente derrotado. Alfonso se retiró á Toledo con sólo unos quinientos caballeros (1).

Reaccion de los cristianos.—Semejante este desastre al del Guadalete, parecían tambien inevitables sus consecuencias, si

(1) Dozy, obra citada.

la circunstancia providencial de la muerte del hijo de Yusuf, á quien éste habia dejado enfermo en Ceuta, no le hubiera obligado á marchar inmediatamente al Africa, lo que hizo sin dejar en España más que tres mil hombres, que encargó á Motamid (1). De esta manera, cuando parecia que, acosados los cristianos por el mismo vencedor, iban á ser aniquilados, la ausencia de aquél reanimó su abatido espíritu, y, rehaciéndose en el Este, se fijaron en la fortaleza de Aledo, capaz de contener más de doce mil hombres, y que, situada en una montaña escarpada entre Lorca y Murcia, podia pasar por inexpugnable. Atrincheros aquí, hacian frecuentes correrías por los países inmediatos, llegando á sitiar á Almería, Lorca y Murcia, y amenazando á Andalucía.

Segunda venida de Yusuf (1090).—En vista de esta nueva actitud de los cristianos, convencido Motamid y tambien los otros emires de que sólo con sus andaluces no podian defenderse de ellos, lo mismo despues que ántes de la batalla de Zalaca, llamó nuevamente á Yusuf, de quien, en vista de su anterior conducta, no recelaba miras de conquista. Y volviendo el emperador de los almoravides con nuevos ejércitos, convocados otra vez los emires y walíes, se reunieron en los campos de Aledo, á cuya fortaleza pusieron sitio.

Circunstancias que favorecian las miras de Yusuf.—Ya hacia tiempo que estaban delante de la fortaleza sin adelantar nada, cuando, pululando las intrigas entre los sitiadores, Yusuf (tal vez guiado más por su celo religioso que por miras ambiciosas) debió concebir el deseo de apoderarse de España. Tenía en su favor al pueblo y ministros del mahometismo, que no veian otro medio de salvacion de sus instituciones, mientras le odiaban las demas clases, para quienes el rústico y bárbaro africano no sería más que un dominador déspota, que matando su libertad de pensar, ahogaria las letras y las ciencias. Por otra parte, el pueblo, ademas de odiar la dominacion de los berberiscos, se hallaba abrumado con tantos príncipes, cuyas córtés, con su lujo, costaban subidos impuestos, que les fueran ménos pesados si al fin los mantuvieran en paz, la cual estaba léjos de ser su estado ordinario. Y como de una revolucion no podian esperar sino el que empeorára su situacion, de aquí el que, ofreciéndose á salvarles un rey poderoso, justo y devoto, no du-

(1) Dozy, obra citada.

dáran, sin prever las consecuencias de una dominacion extranjera, entregarse en sus manos y ligar su suerte á la de los africanos.

Levanta Yusuf el sitio de Aledo. — Aunque Yusuf, pues, sólo hubiera proyectado vagamente la conquista de España, excitado por tan favorables circunstancias, y estimulado por los cadís y el clero, que eran los que más perdian con la actual situacion, y por el emir de Almería, que por todo pasaba con tal de perder á su enemigo el rey de Sevilla, no dudó llevar adelante la empresa. Pero entre tanto la situacion de los sitiadores iba empeorando, y más con la aproximacion del invierno, cuando acercándose Alfonso VI con diez y ocho mil hombres, Yusuf, no confiando en los andaluces, decidió retirarse á Lorca, despues de cuatro meses de sitio.

Yusuf decide apoderarse de la España musulmana. — Más, aunque esta retirada de Yusuf podia compararse á una derrota, excitado con este motivo, más que nunca, por los cadís, sobre todo por el de Granada, á acometer la empresa, despues de intimar á los príncipes andaluces que suprimieran todo impuesto, que, no conforme con las prescripciones del *Coran*, gravitára sobre sus pueblos, se dirigió contra el de Granada, en cuya ciudad entró en medio de las mayores aclamaciones del pueblo. Su rey Abdalla, que, no hallando otro recurso, habia salido á recibirle, fué cargado de cadenas. Dueño de Granada, y dejando á sus subalternos el odioso encargo de destronar á los demas príncipes, se embarcó para Africa (1).

Conquista de la España musulmana por los Almoravides. — Sir-ben-abi-Berck, á quien Yusuf habia nombrado generalísimo, dividió el ejército en varios cuerpos, y marchando éstos en diversos rumbos, pronto fueron cayendo en su poder: Tarifa (1090); Córdoba, entregada por los mismos habitantes (1091, Marzo); Carmona (Mayo); Sevilla, que fué tomada por asalto, despues de derrotar un ejército de Alfonso VI (Setiembre); Ronda, Mertola y Almería. Tambien se entregaron, poco tiempo despues, Murcia, Denia y Játiva. Volviendo desde aquí contra Badajoz, no llegando á tiempo Alfonso VI, que marchaba en favor de su rey Motawuakil, fué tambien tomada por asalto, y decapitada toda la familia real. En fin, toda la Espa-

(1) Dozy, obra citada.

ña musulmana fué cayendo en poder de los africanos, quienes solamente dejaron al emir de Zaragoza, Motamid, quien, ganado el favor de Yusuf, le conservó hasta su muerte (1110), despues de la cual tambien pasó su emirato á poder del Almoravid. De esta manera, odiados los príncipes árabes por el clero y el pueblo, éstos lo entregaron en poder de los almoravides; pero bien pronto, léjos éstos de cumplir sus promesas, y no ménos infeliz el pueblo con los nuevos dominadores, buscará otros, que viniendo tambien de Africa, á su vez expulsarán á los almoravides: éstos serán los almohades.

Soberanos almoravides. — Sujeta toda la España musulmana el cetro del emperador de Marruecos, fué sucesivamente regida por los tres príncipes de esta dinastía: Yusuf, hasta 1106; Alí, de 1106 hasta 1143, y Techufin, de 1143 á 11145.

LECCION XXX.

ESPAÑA CRISTIANA. — CONTINUACION DE ALFONSO VI. — SUS EXPEDICIONES: CREACION DEL CONDADO DE PORTUGAL.—MATRIMONIOS DE ALFONSO VI. —BATALLA DE UCLÉS.—FIN DE ALFONSO VI.—EL CID CAMPEADOR.

Expediciones de Alfonso VI: creacion del condado de Portugal. — Rehecho del desastre de Zalaca, y vencidos los almoravides en Aledo, habia (1093) también Alfonso hecho una expedicion por Extremadura y Portugal, apoderándose de Santaren, Lisboa y Cintra. Acompañado en ella por algunos francos, entre los cuales le merecian particular afecto los dos primos de la casa de Borgoña, Raimundo y Enrique, les casó con sus dos hijas, Urraca y Teresa, dando al primero el condado de Galicia, y al segundo el de Portugal, ambos como feudos de Castilla.

Matrimonios de Alfonso. — Alfonso, perdidas sucesivamente sus dos esposas Constanza (1093) y Berta (1095), casó con Zaida, hija de Motamid, la cual, hecha cristiana, recibió el nombre de Isabel. Tuvo de ésta lo que hasta entónce el cielo le habia negado, el primer hijo varon, llamado Sancho, aunque, para su mayor desgracia, pereció ántes de sucederle. Muerta tambien esta tercera esposa, y siempre anheloso de un sucesor varon, contrajo nuevo matrimonio con Beatriz; mas tampoco

logró su deseo, que parece hubiera evitado las guerras que á su muerte se siguieron.

Batalla de Uelés (1108).—Proclamado Alí sucesor de Yusuf, dejó encargado el gobierno á su hermano Techufin, quien, proponiéndose tomar la ciudad y castillo de Uelés, puso á los cristianos en tanto apuro, que Alfonso, que ya por su edad y achaques no podia acudir en persona á socorrerlos, les mandó un buen ejército con sus principales condes y su hijo Sancho, de once años de edad. Mas, desgraciadamente, las armas cristianas sufrieron una completa derrota, pereciendo el príncipe Sancho con siete condes. Los pocos que pudieron salvarse llegaron á Toledo con la triste noticia para Alfonso, quien, al saber la muerte de su hijo, prorumpió en los más doloridos lamentos, como se deja conocer, puesto que se veía privado del único varón, heredero del reino, que tanto había ansiado.

Fin de Alfonso VI.—Poco tiempo sobrevivió Alfonso á estos disgustos, los cuales, juntamente con sus achaques y la vejez, le iban consumiendo la vida, hasta que, sintiéndose extremadamente débil, llamó al arzobispo D. Bernardo y los monjes de San Benito, con los cuales pasó los postreros dias, hasta que falleció, el 30 de Junio de 1109, á los setenta y nueve años de su edad, llorado de todos y especialmente de los toledanos, quienes, libertados y tantas veces por él defendidos, exclamaban: *¿Cómo así, ¡oh pastor! abandonas tus ovejas?* Su cadáver, despues de estar veinte dias expuesto, fué trasladado al monasterio de Sahagun, acompañado de una inmensa procesion de nobles, clérigos, magnates, hombres y mujeres, que cubiertos de ceniza y los vestidos desaliñados, prorumpian en continuos gritos de dolor.

El cid Campeador: su destierro de Castilla.—Justo es que dediquemos alguna, siquiera muy pequeña, parte de este reinado á la narracion de los hechos que tanta celebridad dieron al caballero D. Rodrigo Diaz de Vivar, ó el *Cid Campeador*, cuyo nombre hemos tenido ocasion de citar en el célebre juramento que los castellanos tomaron á Alfonso VI. Desterado por éste de sus estados, probablemente en venganza, desde aquel solemne acto, Rodrigo comenzó á guerrear en favor de quien le acogia, ó por cuenta propia. Ostentó primero su valor en favor de Almotamin, rey moro de Zaragoza, contra su hermano Almondir. Continuó guerreando en favor del mismo rey de Zaragoza y por cuenta propia, haciendo grandes correrías contra los moros de Valencia, pero respetando, y aun

defendiendo esta ciudad, mientras en ella reinó Cadir, aliado de Alfonso VI.

Durante estos hechos el Cid había sido llamado, acudiendo al momento en auxilio de su rey Alfonso VI; mas éste, siempre ingrato y conservándole ojeriza, le obligó las dos veces á apartarse de sus estados. Volviendo á guerrear por cuenta propia, el Cid continuó sus correrías por Valencia, siempre respetando á Cadir; venció en Tovar del Pinar á Almostain, rey de Zaragoza, y á Berenguer de Barcelona, aliados con Almondir contra él. Acudió otra vez, llamado por Alfonso VI, contra los Almoravides, para nuevamente sentir los efectos de su ojeriza.

Muerto el desgraciado Cadir, rey moro de Valencia, por el usurpador Ben-Geaf, el héroe castellano atacó y tomó esta ciudad, castigando como se merecía al usurpador (1094). Por último, después de haber defendido varias veces heroicamente á Valencia contra los Almoravides, murió de sentimiento por haber sido sus tropas derrotadas en la única batalla que perdió, no dirigida personalmente por él (1099). Aunque su esposa Jimena se sostuvo algun tiempo en Valencia contra los Almoravides, al fin ésta cayó en poder de aquéllos.

LECCION XXXI.

DOÑA URRACA.—SU MATRIMONIO CON ALFONSO I DE ARAGON.—DISCORDIA ENTRE LOS ESPOSOS.—SITUACION DEL REINO.—SEPARACION DE LOS ESPOSOS: GUERRAS CIVILES.—CONTINÚAN LAS GUERRAS.—PAZ ENTRE URRACA Y SU HIJO: FIN DE URRACA.—CORRERÍAS DE LOS MOROS DURANTE ESTOS SUCEOS.

DOÑA URRACA.—Su matrimonio con Alfonso I de Aragon.—Las riendas del gobierno de Castilla habían pasado del robusto brazo de Alfonso VI á las débiles manos de su hija doña Urraca, ya viuda de D. Raimundo de Borgoña (1109). No descontentaba, sin embargo, al principio su gobierno á los castellanos, á quienes confirmó los fueros otorgados por sus antecesores, cuando su primo Alfonso I de Aragon, príncipe ambicioso á la vez que guerrero, aplicando á Castilla las leyes de

sucesion aragonesa, amenazaba apoderarse de los estados de Urraca. Y la nobleza castellana, temerosa, por una parte, de un hombre tan audaz, y viendo, por otra, en él un fuerte defensor del reino contra los mahometanos, más insolentes desde las batallas de Zalaca y Uclés, resolvió y llevó á término, aunque con repugnancia de ésta, el matrimonio de la Reina con el Aragonés, sin reparar en el parentesco que entre ambos existía (1110).

Discordia entre los esposos.—Mas la conducta ligera de la Reina, por una parte, y por otra el genio de Alfonso, más para el campo de batalla que para ganar la voluntad de una mujer desdeñosa, no tardaron en hacer ver cuán desacertado había sido dicho enlace. En efecto, como luego la misma Reina, aconsejada por los prelados, que no podían tolerar aquel matrimonio, canónicamente nulo, y acaso deseosa de dar á otro su mano, tratara de divorciarse, alarmado D. Alfonso, puso guarnicion aragonesa en las principales plazas fuertes de Castilla, y encerró á doña Urraca en un castillo (1111).

Situacion del reino.—Por otra parte, Enrique de Portugal, en cuya ambicion habia entrado el apoderarse de Castilla, despues de fugarse de Francia, donde habia sido preso al ir á reclutar gente, persuadió á D. Alfonso á apoderarse de los estados de doña Urraca por cuenta de ambos, cuando el conde Pedro de Trava, que dirigia la educacion del niño Alfonso Raimundez, hijo de Urraca y del difunto Raimundo, le proclamaba rey de Galicia, lo cual (que, segun algunos, estaba conforme con las disposiciones que habia dejado Alfonso VI) aprobaba la misma Reina desde su prision. Mas una pronta reconciliacion de los mal avenidos esposos cambió el estado de las cosas.

Separacion de los esposos: guerra civil.—Mas, separados pública y formalmente los mal avenidos esposos, y agrupados en torno de la Reina varios nobles (algunos acaso pretendiendo su mano), mientras Enrique de Portugal renovaba su alianza con Alfonso, éste los derrotó en la batalla de Campos de Espina (1111). Y como, amedrentados los castellanos, hicieran proclamar en Santiago rey al niño y le trajeran con gran comitiva á la Reina madre, fueron nuevamente vencidos en la batalla de Vidángos (Villadángos), aunque la Reina y Gelmirez lograron huir con el niño á Galicia. Mas no acabó aquí la guerra; ántes, volviendo la Reina y el Obispo con nuevas fuerzas, á las que se habia unido Enrique de Portugal, obligaron á Al-

fonso á levantar el sitio de Zamora, donde se habian refugiado los castellanos (1112). Continuaba la guerra con pocas ventajas para el Aragonés, cuando la retirada del de Portugal, y la llegada de un enviado del Papa á fin de mediar y declarar nulo el matrimonio, hicieron que se ajustára una especie de concordia, partiéndose los castillos y lugares entre el Rey y la Reina, á la cual faltando Alfonso, fué obligado á restituirse á sus estados.

Continúa la guerra.—Mas no por esto, y aunque el matrimonio fué declarado solemnemente nulo, dejaba Alfonso de hacer excursiones y tomar plazas en Castilla (1113); cuya conducta y las veleidades é intrigas de la Reina, hacen este período uno de los más lamentables de nuestra historia. Pues, por otro lado, las intrigas del obispo Gelmirez, tan pronto de parte de la Reina como en favor de su hijo Alfonso, á quien él y el conde de Trava trataron de proclamar rey, bien despojando de su autoridad á Urraca, bien haciendo á ésta ceder parte de sus estados (1115), ocasionaron largos altercados y luchas, no sin desdoro, tanto de la dignidad eclesiástica del Obispo, como de la autoridad real de la Reina. Y si bien se llegó á ajustar una concordia entre la madre y el hijo (1117), fué muy poco eficaz, y nuevos altercados se repitieron en Galicia entre la Reina y Gelmirez de una parte, y el pueblo de Santiago por otra, de los cuales se vieron libres aquéllos, despues de haber pasado mil apuros.

Paz entre Urraca y su hijo: fin de aquélla.—Por último, desavenidos otra vez Urraca y Gelmirez, y viniendo con este objeto un legado del Papa, se hizo por fin la paz, por la cual reinaron juntamente la madre y el hijo, aunque no anduvieran en armonía. Mas la conducta ligera de la Reina fué aumentando la supremacía del hijo sobre sus estados, hasta que murió aquélla (1126) en Saldaña desde donde su cuerpo fué trasladado á San Isidoro de Leon, en cuya iglesia se lee su epitafio.

Correrías de los moros durante estos sucesos.—Durante el azaroso reinado de doña Urraca, los moros hicieron dos excursiones por tierras de Castilla, llegando las dos veces á sitiar á Toledo (1109 y 1114), que ambas fué libertada por el valor de los sitiados, mandados por Alvar-Nuñez. Despues esta ciudad pasó alternativamente del de Aragon á Urraca y su hijo. Pero afortunadamente los moros, distraídos por otra parte por Alfonso de Aragon, no hicieron más correrías grandes

en Castilla, la cual difícilmente las hubiera podido resistir, en medio de sus disensiones civiles.

LECCION XXXII.

REINO DE ARAGON.

PRECEDENTES HISTÓRICOS DE ESTE REINO.—RAMIRO I.—AUMENTO DE SUS DOMINIOS.—SU FIN.—CONCILIOS DE SAN JUAN DE LA PEÑA Y JACA.—SANCHE RAMIREZ.—ANEXION DE LA NAVARRA.—CONQUISTAS Á LOS MOROS.—PEDRO SANCHEZ I.

Precedentes históricos del reino de Aragon.—Entre los pequeños señoríos que formaban los vascos despues de la invasion sarracena, hemos ántes nombrado al condado de Aragon. Á principios del siglo IX se hallaba reducido aquel condado al país comprendido entre los rios Aragon y Suburdan ó Aragon menor, que descienden del Pirineo y confluyen á unas dos leguas al Oeste de Jaca. Gobernaba aquel estado el conde *Aznar Galindez I*, quien casó á una hija llamada Matrona, con García apellidado *Malo* (hijo de Galindo Belascotenes). Disgustado García de su suegro, repudió á su mujer, y casado con Oña, hija de Iñigo Arista, ayudado de éste, expulsó del condado á Aznar Galindez (por el año 812). El expulsado conde fué á echarse á los piés de Carlo-Magno, quien le dió tierras en Cerdaña y Urgel, donde fué enterrado (1). Despues recibió el condado *Galindo Aznarez I* (hijo de Aznar) á quien sucedió su hijo *Aznar Galindez II*, que casó con Oña, hija de García Iñigo. Á Aznar Galindez II sucedió su hijo *Galindo Aznar II*, que casó con Doña Sancha, hija de García Jimenez, de quien tuvo entre otros hijos á Doña Andregoto que casó con García Sanchez I de Pamplona (2). Este conde edificó el castillo de Atarés, pobló muchas villas y extendió el condado hácia el Este. El mismo fundó el monasterio de San Martin de Cerc-

(1) Así el *Codice de Medianense*, la crónica más antigua conocida de la Edad Media.—*Genealogía de los condes de Aragon*, fólíos 91 y 92.

(2) El citado *Codice Medianense*.

to (1), y también pertenece á esta época la fundacion del célebre de San Juan de la Peña (2). Ya hemos visto en la Historia de los reyes de Pamplona cómo, concluida en Galindo Aznar II la descendencia legítima de los condes de Aragon, este conda-do pasó á formar una mera provincia del reino de García Sanchez, casado con doña Andregoto.

Este país es el que con el título de reino, dejó á su muerte Sancho III el Grande á su hijo Ramiro en el año 1035.

Ramiro I: Aumento de sus dominios.—Dicen que Ramiro quiso apoderarse de la parte que por el testamento de su padre había cabido á su hermano García de Navarra, y que éste le rechazó desde Tafalla. Mas pronto, si no por este lado, vió ensanchado su reino por el otro con la agregacion del de Sobrarbe y Rivagorza por muerte (1042) de su otro hermano D. Gonzalo, á quien habian éstos cabido en la misma particion. Se dice también (pues está muy oscura la historia de este reinado) que Ramiro aumentó sus estados con algunas conquistas á los árabes, y que hizo tributarios á los emires de Lérida, Zaragoza y Huesca.

Fin de Ramiro.—Parece lo más cierto que este rey murió de resultas de una herida, recibida en un combate con los moros de Zaragoza, en el año 1063, y no en el 1067, como muchos han dicho.

Concilios de San Juan de la Peña y Jaca.—En este reinado se celebraron dos concilios notables, uno en San Juan de la Peña y otro en Jaca. En éste, al cual asistieron nueve obispos, Ramiro y su hijo Sancho, hicieron donacion al Papa del décimo de todos los tributos que al presente percibieran ó de futuro pudieran percibir.

Sancho Ramirez (1063).—Sucedió á Ramiro su hijo Sancho Ramirez, quien inauguró su reinado con la conquista de Barbastro, que parecia precursora de otras muchas, á no haberle distraído la ambicion de Sancho de Castilla, que produjo la batalla de Viana, de que hemos hecho mencion.

Anexion de la Navarra.—La desastrosa muerte de su primo Sancho de Navarra hizo que los navarros le ofrecieran su

(1) V. la escritura primera del *Cartuario de San Martin de Cercito* (en la Academia de la Historia).

(2) V. el privilegio de la fundacion de esta iglesia. *Libro Gótico de San Juan de la Peña*, fólíos 97 vuelto, 98 y 99.

soberanía, la cual aceptó (1076), aunque le fué disputada por Alfonso VI de Castilla, quien se apoderó de la Rioja, Calahorra y otras plazas limítrofes de Navarra y Castilla; usurpaciones que por entónces abandonó Sancho.

Conquistas á los moros.—Deseoso Sancho de hacer la guerra á los moros ántes que á los cristianos, les tomó en Rivagorza el fuerte de Muñones, obligó al emir de Zaragoza á pagarle tributo, tomó á Graus, fortificó á Ayerbe, conquistó á Bolea y Piedratajada, y en 1086 tomó á Monzon. En fin, despues de arrollar á los enemigos casi por todas partes al otro lado del Ebro, Gállego y Cinca, puso sitio á la fuerte ciudad de Huesca, en el cual murió de un flechazo (1094), haciendo ántes jurar á sus hijos Pedro y Alfonso que no levantarían el cerco hasta tomarla. Sucedióle el primero de estos hermanos

Pedro Sanchez (1094), quien, continuando el sitio de Huesca, la rindió despues de vencer en la batalla del Alcoraz, á un ejército de cien mil hombres, del rey moro de Zaragoza, que iban en auxilio de los sitiados (1096). Tomó también á Barbastro, que había vuelto al poder de los moros. Publicada una cruzada (la primera de que se tiene noticia en España con las gracias apostólicas) contra Zaragoza, marchó sobre ésta, aunque dejó la gloria de tomarla á su hermano y sucesor. Alfonso I.

LECCION XXXIII.

ALFONSO I EL BATELLADOR.—CONQUISTA DE ZARAGOZA.—DESTRUCCION DEL EMIRATO DE ZARAGOZA.—ADQUISICION DEL CONDADO DE BIGORRA.—GRANDE EXPEDICION Á ANDALUCÍA.—NUEVAS DISENSIONES CON ALFONSO VII.—PAZ DEFINITIVA ENTRE AMBOS.—OTRAS GUERRAS CON LOS MOROS.—SU MUERTE.—SU TESTAMENTO.

ALFONSO I EL BATALLADOR (1104).—Algo tenemos visto de la historia de este rey en los sucesos de Castilla, con motivo de haber estado casado con doña Urraca, y sus pretendidos derechos á aquella corona. Vamos ahora á referir los demas hechos independientemente de Castilla.

Conquista de Zaragoza.—Disuelto su matrimonio con doña Urraca, y retirado á sus estados, que era donde los sucesos posteriores probaron le llamaba su estrella (pues no había aún llegado la época de la fusion de ambos reinos), D. Alfonso

volvió sus armas contra los sarracenos, á quienes, además de las plazas que ántes les habia conquistado, como Egea, Tauste y Tudela, trataba de tomarles á Zaragoza, la cual, no obstante los poderosos auxilios que recibia, al fin sucumbió en 1118.

Destruccion del emirato de Zaragoza.—Sin dormirse sobre tan importante como decisiva victoria, Alfonso volvió su rumbo hácia el Moncayo, tomando varios lugares sobre las riberas del Ebro, ganando á Tarazona, Borja, Alagon, Mallen, Magallon, Épila y otros de aquella comarca. Igualmente se le rindió Calatayud, á que siguieron Bribiesca, Alhama y varias otras del Jalon. Cerca de Daroca derrotó tambien un ejército de musulmanes. De esta manera quedó destruido el emirato de Zaragoza.

Adquisicion de los condados de Tolosa y Bigorra.—Durante estas conquistas, y sólo llevado de su fama, vino á acompañarle en ellas D. Beltran de Tolosa, quien le ofreció sus estados, que Alfonso le dejó en feudo. Igualmente, penetrando el mismo Alfonso en la Gascuña francesa, el conde Castulo de Bigorra se le declaró vasallo, prometiéndole gobernar en su nombre aquel país.

Grande expedicion á Andalucía.—Pero la empresa más atrevida de este magnánimo príncipe fué sin duda la grande expedicion que acometió y llevó á término por tierras de moros hasta Andalucía, adonde habia sido llamado por los muzárabes del reino de Granada, tiranizados por los almoravides. Emprendida por el Segre y Cinca, cayó en Valencia, recorrió la vega de Denia, y, penetrando por Murcia, llegó á la vega de Granada, por cuyos países se le unieron muchos cristianos muzárabes, como se lo habian prometido. Atravesó las Alpujarras y llegó á la costa, desde donde retrocedió por Sierra Nevada, luchando continuamente con los elementos y bandas de sarracenos, á quienes siempre venció. Por último, tomando el camino de Aragon, se restituyó á sus estados, acompañado de 10.000 muzárabes (1126) (1).

(1) Desde luégo que Alfonso no logró lo que se proponia, si es que llevaba ánimo de apoderarse de Granada; pero alcanzó una grande victoria en Arnisol, cerca de Lucena.—A su regreso, los muzárabes fueron objeto del mayor odio de los musulmanes, quienes, además de privarles de sus bienes, les trataron de la manera más cruel, hasta que casi todos fueron deportados al Africa. Véase á Dozy, *Recherches*, t. 1, pág. 345 y sig.—El historiador árabe granadino Ibn-Assairafi es quien da las noticias más minuciosas é importantes sobre esta expedicion.

Paz definitiva con Castilla.—Restituido así á sus estados D. Alfonso, que desgraciadamente no habia desistido de sus pretensiones sobre Castilla, en donde conservaba algunas plazas desde las anteriores guerras, estuvo dos veces á punto de pelear con su sobrino Alfonso VII; mas, afortunadamente, la intervencion de los prelados hizo, no sólo el que no se dieran las batallas, sino que se ajustára la paz definitiva, y que las plazas en cuestion quedáran restituidas á Castilla (1129).

Otras guerras con los moros. Su muerte.—Alfonso I de Aragon, que no podia vivir ocioso, despues de acabar de someter las comarcas de Molina y Cuenca, volvió otra vez á Francia y sitió y tomó á Bayona (1131). Mas, como abusáran de su ausencia los sarracenos de Lérida, Tortosa y Valencia, regresando contra ellos (1133), les tomó á Mequinenza, y, despues de pasear sus estandartes por las riberas del Ebro, Cinca y Segre, puso sitio á Fraga, durante el cual murió en una batalla contra el emir de Lérida, que venía en socorro de los sitiados (1134). Esta, dicen, fué, de veinte y nueve que dió, la única batalla que perdió, acompañándole en su muerte muchos nobles y principales aragoneses, prelados, etc. Jamas este fuerte guerrero, apellidado el Batallador, hizo alianza ni transigió con los infieles.

Su testamento.—Que Alfonso I de Aragon era un religioso creyente lo prueba bastante el testamento que hizo, dejando, entre otras muchas donaciones y legados piadosos, sus estados, por partes iguales, al Santo Sepulcro, los caballeros del Temple y los Hospitalarios de Jerusalem.

Córtes de Borja. Elección de Ramiro II.—Como ni siquiera les ocurriera poner en duda la legalidad de este testamento, los aragoneses y navarros reunieron córtes en Borja (que fueron las primeras en que se admitió á los procuradores de las ciudades y villas, ó sea de las universidades), para tratar sobre el sucesor en el trono, al cual fué llamado Ramiro II, hermano de Alfonso I, que era monje en el monasterio de Saint Pons de Tomières, cerca de Narbona.

Separacion de la Navarra.—Pero, no satisfechos los navarros con esta determinacion, y deseosos de tener reyes propios, se separaron de Aragon, y proclamaron por su rey á don *García Ramirez*, nieto de Sancho, el despeñado en Roda por su hermano D. Ramon. De esta manera la Navarra se separó de Aragon, al cual habia estado unida cerca de medio siglo.

Don Ramiro II, rey de Aragon.—Decididos los arago-

neses, en las córtés de Monzon, á dar la corona á D. Ramiro, y aceptada por éste, se casó, prévias las dispensas de sus votos, con doña Inés, hija de los condes de Poitiers (1134), y tomó posesion del reino.

Aragon y Navarra feudos de Castilla.—Mas las pretensiones de Alfonso VII á la corona de Aragon, por ser biznieto de Sancho el Grande de Navarra, y la actitud con que, despues de apoderarse de algunas plazas de la Rioja, se acercaba á Zaragoza, donde penetró sin resistencia (aunque con pretexto de socorrerla contra los almoravides), obligaron á Ramiro á cederle todas las tierras de la derecha del Ebro, reconociéndosele feudatario. Lo mismo hizo García de Navarra, deseoso de tenerle propicio en la guerra que preveia con Ramiro, porque éste no reconocia su independencia.

Estado de Aragon y Navarra.—Aunque la guerra entre Ramiro y García amenazaba constantemente, no llegaron á romperse las hostilidades, pues ambos monarcas parece se temian, sobre todo el de Aragon, quien se echó en brazos de Alfonso VII, á quien cedió Calatayud y otras plazas, si bien le fué restituída Zaragoza.

Abdicacion de Ramiro II.—Tal era el estado del reino de Aragon, cuando Ramiro, deseoso de dejar el gobierno, y viéndose con una hija que le acababa de nacer, convocadas córtés en Huesca, les anunció su proyecto de renunciar el mando. Y tratándose del matrimonio de la infanta, llamada Petronila, se acordó, como se efectuó, darla en esponsales á D. Ramon Berenguer IV de Barcelona, pues Petronila sólo contaba dos años de edad (1137). Don Ramiro, hecha renuncia de todos sus derechos en favor de Berenguer, se retiró á San Pedro el Viejo, de Huesca, donde pasó la mayor parte del resto de sus dias (1).

(1) Hay cronista que dice habérselo así ordenado el Papa, por haberse ya llenado el fin para el cual se le habian dispensado los votos.

LECCION XXXIV.

CONDADO DE BARCELONA.

RAMON BERENGUER I EL VIEJO.—USAJES.—EXTENSION DE SUS ESTADOS.—
 RAMON BERENGUER II Y BERENGUER RAMON II.—CONQUISTA DE TARRAGONA.—RAMON BERENGUER III EL GRANDE.—PAÍSES QUE AGREGÓ.—FELICES EXCURSIONES CONTRA LOS MOROS.—DESASTRES QUE SUFRE.—FOMENTO DE LA MARINA CATALANA.—LITERATURA PROVENZAL: FIN DE RAMON BERENGUER III.—RAMON BERENGUER IV: SUS PRIMEROS HECHOS.

Ramon Berenguer I el Viejo (1035).— Hemos dejado esta historia en la muerte de Berenguer Ramon I el *Curvo*, á quien sucedió Ramon Berenguer I el *Viejo*, sobrenombre que, aun cuando muy jóven al tomar el cetro, se mereció por la madurez, tino y prudencia con que le dirigió. Concluidas en un tratado con su abuela Hermisindis las disensiones que las intrigas de ésta promovieron, trató de extender sus dominios, como lo consiguió, á expensas de los musulmanes, por parte de Lérida, Tortosa y Tarragona.

Usajes.— Pero este conde no sólo era apto para la guerra, sino tambien para las artes de la paz. Despues de reformar las costumbres públicas y las del clero, para cuyo objeto hizo reunir un concilio en Gerona, se dedicó especialmente al arreglo de la legislacion, el cual llevó á término en las córtes reunidas en Barcelona en 1068, compilando el famoso código de los *Usajes*, obra la más honrosa de su reinado, y una de las más brillantes páginas de la historia del pueblo catalan.

Extension de sus estados.— Todavía, despues de esta grande obra, siguió aumentando sus dominios con la adquisicion de varios estados allende los Pirineos, que le pertenecian por derecho de herencia de su abuela Hermisindis, como los de Carcasona, Tolosa, Narbona, Cominges, Conflant y otros, que pasaron al cetro catalan (1070). Mas siguiendo el funesto ejemplo de otros monarcas cristianos, este soberano tuvo tambien la debilidad de dejar, aunque *pro indiviso*, el condado á sus dos hijos gemelos.

Ramon Berenguer II y Berenguer Ramon II (1076).— Tan pacífico el primero (llamado *Cabeza de Estopa*, por su blonda

cabellera), como belicoso, descontentadizo y ambicioso el segundo, duró poco entre ellos la armonía, y no cesaron las discordias, hasta que Ramon Berenguer apareció asesinado, según opinion comun, por su mismo hermano, quien continuó gobernando en nombre de su sobrino Ramon Berenguer III, hijo del muerto.

Conquista de Tarragona.—Derrotado en las alianzas y guerras que con reyes moros promovió contra el Cid, su única empresa digna fué la conquista de Tarragona (1090), baluarte de los sarracenos en la España oriental, aunque los resultados no correspondieran á lo que era de esperar, por las desavenencias con el Cid. Mas, como en la opinion de todos, él hubiera sido el asesino de su hermano (como que desde entónces se le llamó el fraticida), los magnates catalanes, que únicamente le habian permitido continuára gobernando en nombre de su sobrino, al llegar éste á los quince años, aparece reinando con el nombre de

Ramon Berenguer III el Grande (1096). Victorias contra los moros.— Despues de haber contribuido no poco á la destruccion del emirato de Zaragoza, rechazó completamente (1109) una invasion de almoravides, mandados por Techumin, y en union con los aragoneses, venció tambien al wali de Murcia.

Países que agregó.—Muerta su segunda esposa Almondís, casó con Dulcia, heredera de los condes de Provenza, agregando así á su condado aquellos países, cuyos habitantes, amalgamados con los catalanes, tanto influyeron en el desarrollo de la literatura y civilizacion catalana. Tambien agregó el condado de Besalú, y obligó á que se le reconocieran feudatarios ó vasallos el vizconde Alu de Carcasona y su hijo Roger. Más adelante agregó tambien á sus estados el condado de Cerdaña, por falta de hijos en su último conde.

Felices excursiones contra los moros.—En union con los pisanos, habia ántes hecho (1114) una grande y felicísima excursion contra los moros de las Baleares; y ahora, aliado con los mismos pisanos y genoveses, y obtenida una bula de cruzada contra los moros catalanes, paseó sus estandartes por las campañas de Tortosa hasta Lérida, á cuyo wali obligó á hacerse tributario por ambas ciudades, y entregarle los mejores castillos de aquella ribera (1120).

Desastres que sufre.— Pero esta satisfaccion fué algun tanto acibarada por la derrota que, dicen, sufrió de los mismos

almoravides, á cuyo empuje no pudo resistir por sí solo, durante la expedición de Alfonso el Batallador á Andalucía. También se vió obligado á ceder al Conde de Tolosa la mitad de la Provenza y Aviñon (1125), por los cuales le habia movido guerra á la misma sazón.

Fomento de la marina catalana.—Hecha una alianza con Alfonso de Aragon para su mutua defensa, Berenguer III pudo dedicarse al fomento de su escuadra, que desde la expedición á las Baleares habia recibido un grande impulso, favorecida por el laborioso genio catalan. Al fomento de la armada se siguió la extension del comercio; de manera que este príncipe echó los cimientos de la marina catalana y dió el primer impulso al desarrollo de su industria y comercio.

Introduccion de la literatura provenzal: fin de Ramon Berenguer III.—No concluirémos el reinado de este grande hombre sin mencionar, como otra de sus glorias, la proteccion que en su córte encontraron los poetas provenzales, quienes, perteneciendo generalmente á la nobleza, se trasladaron con ésta de Arlés á Barcelona, en donde se establecieron más gustosos, bajo un príncipe que, á sus cualidades caballerescas, reunia un gusto muy pronunciado por las artes de la paz (1).

Ramon Berenguer IV (año 1131): Sus primeros hechos.—Sucedióle su hijo Ramon Berenguer IV, excepto en la Provenza, que dejó á su segundo hijo D. Berenguer Ramon. Digno heredero de su padre, amante de la justicia y de la religion, sancionó el definitivo establecimiento de los Templarios en Cataluña. Y si sufrió del rey García de Navarra aquel descalabro que salvó á ésta del tratado que la condenaba á desaparecer, pudo Berenguer consolarse de aquel desastre con la renuncia que del reino de Aragon hicieron las Ordenes religiosas á quienes Alfonso I lo habia dejado. Los Templarios, más remisos en hacer su renuncia, recibieron, al parecer, como en compensacion, algunos castillos en Aragon, donde se les permitió establecerse.

Ya hemos visto sus esponsales con doña Petronila de Aragon, con cuyo matrimonio quedaron unidos ambos Estados.

(1) TIENOR, *Historia de la literatura española*.

LECCION XXXV.

CATALUÑA Y ARAGON REUNIDOS.

CONTINUACION DE BERENGUER IV.—SU FIN, Y FUSION DE CATALUÑA Y ARAGON.—**ALFONSO II**: PAÍSES QUE AGREGA AL REINO DE ARAGON.—OTROS HECHOS DE ALFONSO II.—SU FIN Y TESTAMENTO.—**PEDRO II**: CÓRTEES EN DAROCA.—CESIONES AL PAPA.—OPOSICION DE LOS ARAGONESES.—GUERRA CON LOS ALBIGENSES.—CONTINUACION DE ÉSTA: MUERTE DE PEDRO II.—RECONOCIMIENTO DE JAIME I.

Continuacion de Berenguer IV.—Terminada definitivamente (1158) la gran lucha que Ramon Berenguer IV de Barcelona traia con el Rey de Navarra, pudo atender á los negocios de Provenza, la cual infeudó al imperio de Alemania despues de casar su sobrino el Conde de aquélla con doña Rica, viuda de Alfonso VII de Castilla y pariente del emperador Barbaroja.

Fin de Berenguer IV: fusion de Cataluña y Aragon.—Mas cuando pasaba á Alemania con su sobrino á ratificar un tratado de alianza y amistad que con esta ocasion habia celebrado, le sorprendió la muerte (1165). Dejó por heredero de Aragon y Cataluña á su hijo Ramon, que se llamó despues Alfonso II, por quererlo así su madre doña Petronila, la cual, convocadas córtees en Huesca, aprobó todo lo hecho por su marido, encargándose ella del gobierno de Aragon durante la minoría del hijo. Dos años despues, haciendo Petronila con la más noble abnegacion cesion solemne de todos los dominios aragoneses en su primogénito, se consolidó la fusion de ambos estados.

ALFONSO II: paises que agrega al reino de Aragon.—A los ya vastos estados que acababa de heredar, Alfonso II agregó la Provenza (1166) y el Rosellon (1170), por muerte de ambos condes sin sucesion. Tambien le prestó reconocimiento de vasallaje por sus estados de Bearne y Gascuña la vizcondesa de Bearne, y fueron reducidos á su obediencia los vizcondes de Nímes y Carcasona (1185), que se mantenian en rebeldía.

Otros hechos de Alfonso II.—Ya veremos la alianza que

Alfonso II hizo con Alfonso VIII de Castilla y los hechos que á ella siguieron. Por lo demas, Alfonso II, despues de limpiar de moros á Aragon y Cataluña, intimidó al emir de Valencia y marchaba contra el de Murcia, cuando la invasion mencionada de Sancho de Navarra en sus estados le obligó á retroceder. Tambien referirémos la relevacion que del homenaje feudal le hizo el Rey de ésta despues de haberle ayudado á la conquista de Cuenca.

Fin y testamento de Alfonso II.—Posteriormente á estos hechos falleció Alfonso II de Aragon, dejando heredero á su primogénito D. Pedro II, y legando á su otro hijo D. Alfonso los condados de Provenza, Amilia, Gavelda y Roda y ciertos derechos al señorío de Mompeller. Tambien legó grandes rentas á varios monasterios, sobre todo á los del Temple y de San Juan. Por la honestidad de sus costumbres mereció el sobrenombre de *Casto*.

PEDRO II: córtés en Daroca.—D. Pedro II, confirmados en Zaragoza los fueros, usos, costumbres y privilegios del reino de Aragon, tomó posesion de éste y se tituló rey en córtés reunidas en Daroca, en donde volvió á hacer la misma confirmacion, así al reino en general, como á los particulares, verificado todo lo cual dispuso sus gastos para socorrer al de Castilla en sus mencionadas guerras con el de Leon.

Cesiones al Papa.—Creyendo este monarca que convenia más á su dignidad ser coronado por el Papa, pasó á Roma, donde recibió la corona por mano del mismo (1204). Por lo cual, agradecido D. Pedro, juró obediencia y ofreció un tributo al Papa, á quien tambien cedió el derecho de patronato que tenía en todas las iglesias de su reino.

Oposicion de los aragoneses.—Incomodados los aragoneses por estas cesiones, y sobre todo por la tributaria, resonó entre ellos aquella desde entónces tan célebre voz de *Union*, bajo la cual ligados, opusieron tal resistencia que nunca se pagó el tributo, si bien quedó introducido el derecho llamado de *coronacion*.

Guerra de los Albigenses.—Hemos visto la gloriosa parte que obtuvo en la expedicion y batalla de las Navas de Tolosa. Méenos feliz fué en los asuntos de su propio reino, por haber tenido la desgracia de tomar parte en la guerra de los albigenses. Favorecidos éstos por el conde Raimundo de Tolosa y Ramon Roger, vizconde de Carcasona (1209), se publicó contra ellos una cruzada, que á las órdenes de Simon de Mon-

fort tomó las ciudades de Beses y Carcasona. Y como éstas eran feudatarias del Rey de Aragon, medió D. Pedro sin faltar en nada á los respetos á la Santa Sede, y áun entró en amistades con el mismo Monfort.

Sigue la guerra: muerte de D. Pedro. — Así las cosas, cuando tuvo lugar la expedicion y batalla de las Navas de Tolosa, durante la cual habia seguido con ardor la guerra contra los albigenses. Apurados los condes de Tolosa, Bearne y Foix, deudos de D. Pedro, acudieron á éste (ya de regreso de las Navas), quien, marchando al momento á Francia, pidió fueran devueltas á dichos condes las ciudades tomadas. Entabló sobre esto negociaciones con el Papa; mas como dichos condes no convinieran en abjurar de la herejía, no dieron resultados. La guerra continuaba, y D. Pedro marchó en favor de sus deudos, protestando que no iba á defender á los herejes, sino á sus feudales y parientes. Llegaron á las manos, y el glorioso vencedor de las Navas de Tolosa murió, con veinte mil aragoneses, en el combate de Muret (1213).

Reconocimiento de Jaime I. — Siguiéronse á la muerte de Pedro II algunas alteraciones, promovidas por Sancho y Fernando, sus hermanos, los cuales no tenian en cuenta que el Rey habia dejado un hijo, llamado Jaime, el cual estaba en poder de Simon de Monfort, quien lo entregó sin resistencia, y traído á Cataluña, fué reconocido en córtés celebradas en Lérida, previos los juramentos de que conservaria los fueros, usos, costumbres y privilegios de todos. Apaciguadas así las disensiones y encargada la educacion del Rey al maestro del Temple, Guillen de Monredon, se nombraron tres gobernadores y un procurador general, y el Rey fué llevado al castillo de Monzon.

LECCION XXXVI.

CASTILLA.

ALFONSO VII: SU PROCLAMACION Y RECONOCIMIENTO.—GOBIERNO INTERIOR.
 —GUERRAS CON LOS MOROS.—PROCLAMACION DE ALFONSO VII EMPERADOR.
 —NUEVAS EXPEDICIONES CONTRA LOS MOROS.—TRATADO CON GARCÍA DE NAVARRA.—LOS ALMOHADES.—ENTRADA DE ÉSTOS EN ESPAÑA.—CONQUISTA DE ALMERÍA.—LOS ALMOHADES DUEÑOS DE TODA ESPAÑA MUSULMANA.—FIN DE ALFONSO VII Y DIVISION DE SUS ESTADOS.—PORTUGAL: SUS PRINCIPIOS.—SU ERECCION EN REINO.—SU INDEPENDENCIA.

CASTILLA. Alfonso VII. Su proclamacion y reconocimiento.—Hemos dejado la historia de Castilla en la muerte de doña Urraca (1126). Dos dias despues de su fallecimiento fué solemnemente proclamado el jóven Alfonso, fundada esperanza de los castellanos, y como su áncora de salvacion en medio de aquella borrascosa época por que entónces atravesaba el reino. Reducidos por la fuerza y por la generosidad de Alfonso algunos magnates que se oponian á su reconocimiento, y ajustada la paz ó tregua de Tanara con D. Alfonso de Aragon, obligó con las armas á que reconociera su supremacia á su tia doña Teresa de Portugal, la cual, como siempre, seguia en sus proyectos de hacerse independiente de Castilla. Tambien le prometieron sumision, en nombre del jóven Alfonso Enriquez, los nobles portugueses, á quienes, con éste, tenía sitiados en Guimaranes.

Gobierno interior.—Allanadas éstas y otras dificultades, Alfonso VII contrajo matrimonio con doña Berenguela, hija de Berenguer III de Barcelona (1128) (con cuya ocasion principió la amistad que despues tuvo con éste). Y ajustada definitivamente la paz de Almazan con el Rey de Aragon (1129), pudo dedicarse al gobierno interior, reuniendo córtes en Palencia, y siguiendo las huellas de su ilustre abuelo, prepararse contra los moros.

Guerra contra los moros.—En efecto, despues de hacérsele vasallo el emir de los restos del emirato de Zaragoza, á quien acogió en su estado, y derrotado completamente Techufin, jefe de los almoravides, que sostenian la guerra en Castilla, emprendió una grande expedicion á Andalucía, la cual,

pasando por Sevilla y Jerez, llegó á Cádiz, desde donde, no considerándose seguro en aquellas tierras, se volvió á Toledo.

Proclamacion de Alfonso VII emperador (1135).— Hemos visto cuánto este monarca aumentó sus estados á expensas de Aragon y Navarra, hasta llegar á infeudarse ambos reinos. Soberano, pues, de tantos estados, Alfonso VII tomó el vano título de *emperador* en las córtes reunidas en Leon en 1135, en las cuales, entre otros asuntos político-religiosos, fueron confirmados los fueros otorgados por monarcas anteriores.

Nuevas expediciones contra los moros.— Proclamado emperador, respetado de los más, y humillados García de Navarra, que queria sacudir su vasallaje, y Alfonso Enriquez de Portugal, que trataba de hacerse independiente de Castilla, Alfonso VII pudo volver contra los moros, emprendiendo una grande expedicion á Andalucía, que sentó los reales en el Guadalquivir, desde donde, divididas sus tropas, hicieron otras várias excursiones parciales á varios puntos, hasta que, cargados de botin y reunidas otra vez, se volvió á Toledo. Al año siguiente tomó tambien á Aurelia (Oreja), á ocho leguas de Toledo, y baluarte de los moros en esta parte, y poco despues á Coria (1142).

Tratado con García de Navarra.— En este intermedio, Alfonso VII y Berenguer IV de Barcelona, ya casado con Petronila de Aragon y administrando este reino, viéndose en Carrión de los Condes, convinieron en repartirse el reino de Navarra. Mas este proyecto no pasó de tal, por la actitud del rey García, quien descalabró á Berenguer y ajustó con Alfonso un tratado de paz y amistad, dándole su hija Blanca por esposa para su hijo Sancho.

Llamada de los Almohades.— Tal era el estado de la España cristiana y musulmana, cuando los Almohades, nueva secta del Islamismo, de raza pura africana, se iban apoderando del imperio de los Almoravides en Africa (1145). Y los árabes de España, que sufrían á la fuerza la dominacion de éstos, apénas les vieron en decadencia, ya por faltarles socorros de Africa, ya por las invasiones y algaradas de los cristianos, que diariamente los iban acosando en sus fortalezas, trataron de sacudir su yugo, y sublevándose en varios puntos á la vez ó sucesivamente, llamaron contra ellos á los mencionados Almohades.

Entrada de los Almohades en España.— No se hicieron mucho brindar los nuevos sectarios del Islam, y, desembarcan-

do en España contra los almoravides, de la misma manera que medio siglo ántes lo habían éstos hecho contra los árabes, la lucha se emprendió entre árabes, almoravides, almohades y cristianos. Y apurado el jefe de los almoravides Aben-Gania por los insurrectos y los nuevos invasores, se echó en brazos de Alfonso VII (como en semejantes circunstancias había hecho Motamid de Sevilla con Alfonso VI), implorando su auxilio, quien, conociendo lo que convenia fomentar aquella guerra entre los moros, se lo ofreció. De esta manera Aben-Gania recorrió á Baeza y áun rindió á Córdoba, donde estaba el rebelde Hamdain. Desde ahora los musulmanes de España reciben el nombre de moros.

Conquista de Almería.—Recrudescíase la guerra entre musulmanes por todas partes, cuando Alfonso, aprovechando tan buena ocasion y la paz que felizmente reinaba entre los príncipes cristianos, despues de hacer un llamamiento general de éstos, dentro y fuera de España, puso sitio á la importante plaza de Almería, baluarte de los moros en esta parte, y centro de sus piraterías en el Mediterráneo occidental. Acosada la plaza por las escuadras de Génova y Pisa, que habían acudido al llamamiento; miéntras los demas monarcas cristianos la estrechaban por tierra, sucumbió despues de trece meses de asedio (1147).—A la conquista de Almería se siguieron las de Tortosa, Lérida, Fraga, Mequinenza y otras, que hizo Ramon Berenguer, quedando así limpia de sarracenos toda la España oriental.

Los almohades, dueños de toda la España musulmana.—Por su parte los almohades, despues de apoderarse de Córdoba, y derrotado y muerto en una batalla, á pesar de ser socorrido por Alfonso VII, Aben-Gania, último jefe de los almoravides, quedaron únicos dueños de la España musulmana.

Fin de Alfonso VII y division de sus estados.—Por parte de los cristianos, despues de haber perdido á los diez años de tomada (1157) la plaza de Almería, murió en el mismo año Alfonso VII, despues de haber, siguiendo el funesto ejemplo de sus abuelos, dividido sus estados en dos reinos, de *Castilla* y de *Leon*, que dejó á sus dos hijos Sancho y Fernando.

PORTUGAL.—Sus principios.—La antigua Lusitania había corrido la misma suerte que el resto de nuestra Península hasta el siglo x, en el cual comenzó á nombrarse el distrito de *Portucale* ó *Terra Portucalensis*, de Portucale, la ciudad más importante sobre el Duero. Conquistado este país por Fernan-

do I, comenzaba en el siglo XI á sonar como provincia distinta, pues como tal la dejó el mismo Fernando á su hijo García, juntamente con Galicia, de la cual continuó formando parte, lo mismo siendo ésta reino independiente que condado ó provincia de Leon y Castilla. Sucesivamente fué agregando territorios conquistados á los musulmanes, hasta formar un vasto estado, en cuyos condes de sus distritos, sujetos unas veces al de Galicia, y otras dependientes inmediatos del monarca, pululaba la idea de independencia, favorecida por la distancia del gobierno.

Su ereccion en condado: rebellion contra Castilla.—Sabemos que Alfonso VI dejó este país, con el título de conde feudatario de Castilla, á Enrique de Borgoña, casado con su hija doña Teresa. Mas éstos, ingratos siempre á su favorecedor, no pensando más que en su independencia, pusieron cuantos medios hubieron á su alcance para conseguirla y aún adquirir territorio á expensas de su rey. Ya hemos visto cómo en el reinado de Urraca y de su hijo Alfonso VII movieron á éstos la guerra, y que continuada despues de la muerte de Enrique por su hijo Alfonso, fué éste obligado al tratado de Tuy.

Su independencia.—Mas no por esto abandonó Alfonso Enriquez, no ménos ambicioso que su padre, su heredada idea de independencia. Proclamado rey por sus soldados desde la brillante victoria de Urique contra los moros (1139), acometió las tierras del Rey de Castilla su primo Alfonso, quien, no obstante haberle escarmentado en Galicia, y seguídole él mismo hasta dentro de Portugal, con ánimo de castigarle, ajustó la tregua ó tratado de Valdevez, desde el cual, aunque no debió el castellano reconocer su independencia, tomó ya el Portugués el título de rey, y siguió el Portugal obrando como independiente de Castilla (1140). Mas no satisfecho Alfonso Enriquez hasta ser considerado de derecho rey independiente, acudió al Papa (segun derecho admitido en aquellos tiempos), solicitando su reconocimiento, que no obtuvo explícito hasta el papado de Alejandro III.

LECCION XXXVII.

SANCHO II.—ALFONSO VIII: SU BORRASCOSA MINORÍA.—SUS PRIMEROS HECHOS.—NUEVA GUERRA CON EL REY DE NAVARRA.—GOBIERNO INTERIOR. BATALLA DE ALARCOS.—GUERRA CON ALFONSO IX DE LEÓN: DESPOSORIO DE ÉSTE Y DOÑA BERENGUELA.—INCORPORACION DE ALAVA Y GUIPUZCOA Á LA CORONA DE CASTILLA.—PROTECCION Á LAS LETRAS.—GRANDE INVASION DE ALMOHADES.—CRUZADA CONTRA ÉSTOS.—EJÉRCITO DE LOS MUSULMANES.—PARTIDA DEL EJÉRCITO CRISTIANO.—RETIRADA DE LOS EXTRANJEROS. CONTINÚA SU MARCHA EL EJÉRCITO CRISTIANO.—LAS NAVAS DE TOLOSA.—REGRESO DEL EJÉRCITO CRISTIANO.—CONDUCTA DEL REY DE LEÓN DURANTE LA CRUZADA.—ÚLTIMOS HECHOS DE ALFONSO VIII.—SU FIN.—ENRIQUE I.—ABDICACION DE DOÑA BERENGUELA EN SU HIJO D. FERNANDO.

SANCHO II (1157).—Hemos dicho que en la nueva division de Leon y Castilla cupo ésta á Sancho III. Llamado éste el *Deseado*, reinó solamente un año, pero lo bastante para manifestar sus altas dotes. A favor de la paz que procuró mantener con los príncipes cristianos, pudo dirigir sus fuerzas contra los atrevidos almohades, á quienes hizo sufrir una terrible batalla.

ALFONSO VIII: Borrascosa minoría.—Sucedió á Sancho III su hijo Alfonso VIII, cuya minoría fué de las más borrascosas que cuenta la historia, por disputarse su tutela los Castros y los Laras, dos familias tan poderosas como rivales entre sí. Tambien, al ver así destrozarse el reino de su sobrino, tomó parte en aquellas cuestiones D. Fernando de Leon, quien, despechado, se apoderó de algunas plazas. Otro tanto hizo Sancho de Navarra en la Rioja. Todavía continuaron las guerras, hasta que el Rey, aunque todavía en menor edad, fué encargado del gobierno en córtés celebradas en Búrgos (1170). En las mismas córtés se acordó su matrimonio con Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra y conde de Gascuña.

Sus primeros hechos.—Aliado con su primo Alfonso II de Aragon, rescató del navarro la Rioja y tomó á los moros la ciudad de Cuenca (1177). Por cuyos auxilios, agradecido Alfonso VIII, relevó al aragonés del homenaje que desde Ramiro II venía aquel reino prestando á Castilla.

Nueva guerra con el Rey de Navarra.—Al año siguiente, insistiendo el Rey de Navarra, sin respetar las paces que acababan de celebrar, en apoderarse de la Rioja, rompieron

nuevamente los dos Alfonsos contra él, cuya guerra terminó por un tratado, en cuya virtud Logroño y otros pueblos de aquella parte quedaron definitivamente por Castilla, terminando por entonces tales disputas sobre límites (1179).

Gobierno interior.—Dedicado al gobierno interior Alfonso VIII, recorrió sus pueblos, reedificó iglesias y monasterios, como la catedral de Palencia y las Huelgas de Burgos (1186 y 1187); eximió al clero de todo pecho al Rey; otorgó fueros á algunas ciudades, como Santander, repoblada y fortificada por él, y por último, recobró también el infantazgo de Leon, que le habia tenido ocupado su tío D. Fernando.

Batalla de Alarcos.—Siempre deseoso de luchar con los moros, Alfonso VIII dirigió una excursion hasta la playa de Algeciras y retó al Emperador de Marruecos. Aceptado por éste el reto, vino con una inmensa muchedumbre de moros, la cual, desembarcando en el mismo Algeciras (1195), se dirigia en busca de los cristianos, cuando Alfonso VIII, sin esperar el auxilio que habia pedido á los reyes de Navarra, Aragon, Portugal y Leon, marchó en busca de la morisma, y encontrándola en Alarcos, tuvo lugar la triste batalla de este nombre, en la cual los castellanos fueron completamente derrotados (19 Julio 1195), 112 años despues de la derrota de Zalaca.

Guerra con Alfonso IX de Leon.—**Desposorio de éste y doña Berenguela.**—A pesar de haber encontrado Alfonso VIII, en su retirada á Toledo á Alfonso IX de Leon, que acudia á su llamamiento, emprendióse entre ambos una escandalosa guerra, la cual dió lugar á que el terrible emir de los almohades, viniendo del Africa, desolara comarcas y distritos de Castilla y otros puntos, hasta que señores y prelados pudieron lograr que se hiciera la paz entre los dos reyes cristianos, para asegurar la cual se celebró el matrimonio de D. Alfonso de Leon (cuyo primer enlace con doña Teresa de Portugal habia sido declarado nulo, por razon de parentesco) con doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla (1197).

Incorporacion de Alava y Guipúzcoa á la corona de Castilla.—Nunca desistiendo Sancho el Fuerte de Navarra de reconquistar la Rioja, ni tampoco D. Alfonso VIII, de acometer los estados de aquél, se envolvieron en nuevas guerras, tomando parte el Aragonés contra Navarra. El resultado de tales guerras fué quedar Alava y Guipúzcoa definitivamente incorporadas á Castilla, jurando el Rey guardar sus leyes y fueros á todos sus moradores (1200).

Su proteccion á las letras.—En paz Alfonso VIII, ó emparentado con todos sus vecinos, pues casó á sus dos hijas Blanca y Urraca, la primera con el despues Luis VIII de Francia, y la segunda con el príncipe Alfonso de Portugal (1208), y ajustada una tregua de cinco años con el rey de Navarra, ya llegado de Africa, dedicó tambien sus cuidados al fomento de las letras, que iban renaciendo en España, como lo manifestó fundando la universidad de Palencia (1209), á la cual hizo venir sabios profesores de Francia é Italia, para que, en union con los que en España habia, dieran la enseñanza de lo que entónces alcanzaba el saber humano, juntamente con las ciencias eclesiásticas, que ya se venian estudiando.

Grande invasion de almohades.—Como Alfonso VIII no podia olvidar el desastre de Alarcos, una vez concluida la tregua con los almohades, excitó con sus excursiones tanto la cólera de su emperador Mahomed-ben-Yacub, que vino éste en persona con un inmenso ejército, el cual tomó pronto á Salvatierra, resuelto á continuar al año siguiente la guerra contra los cristianos.

Cruzada contra ellos.—Por su parte Alfonso VIII, que asimismo meditaba dar el último golpe á la morisma, comenzó tambien á hacer grandes aprestos militares, y otorgado por el Papa el favor apostólico para aquella guerra sagrada, fueron invitados todos los príncipes cristianos extranjeros, y especialmente los soberanos, señores y prelatos de España que quisieran contribuir á la grande empresa que se preparaba. Hicieron en Roma grandes rogativas, ordenadas por el papa Inocencio III, quien concedió indulgencia plenaria á cuantos á ella concurieran; y enardecidos los corazones de los príncipes cristianos de España á la voz del ilustre arzobispo de Toledo, pronto se vió en esta ciudad reunido un ejército de cruzados nacionales y extranjeros, deseoso de marchar contra los infieles. Desgraciadamente, llevados de su celo mal entendido por la religion que iban á defender, aquellos soldados de la cruz cometieron muchos asesinatos en los judíos de la misma ciudad.

Ejército de los musulmanes.—Por su parte el emperador Mohamed-ben-Yacub, léjos de descuidarse, convocaba toda el Africa á la guerra santa, y reunia el mayor ejército que los musulmanes habian traído jamas á España.

Partida del ejército cristiano.—Reunido á los cruzados tambien el rey D. Pedro II de Aragon con sus aragoneses, emprendieron todos la marcha. Pronto cayeron en su poder Malagon y Calatrava.

Retirada de los extranjeros. — Pero aquí los extranjeros, con pretexto del calor de la estación, abandonan la cruzada y se vuelven á sus respectivas naciones, no sin dejar sentir sus devastaciones en los puntos por donde pasaban.

Continúa su marcha el ejército cristiano. — Mas este cobarde abandono de los extranjeros no asusta á los españoles, quienes, siguiendo su marcha, llegan á Alarcos (de triste recuerdo para Alfonso VIII, quien ahora entra en ella triunfante), donde apareció también el rey de Navarra con su brillante ejército. Continúan juntos los tres monarcas cristianos hasta Salvatierra, donde pasan revista general al ejército, mientras Mohamed-ben-Yacub, sentando sus reales en Baeza, trataba de cortarles el paso de Sierra Morena. Era el día 12 de Julio cuando llegó nuestro ejército al puerto de Muradal, y vencida una avanzada de caballería musulmana que quiso impedirle el paso, se apoderó de la fortaleza de Castro-Terral, á la parte oriental de las Navas. Mas los moros estaban muy bien atrincherados en el paso de la Losa, que era necesario atravesar, cuando un pastor les indicó una senda, por la cual podían subir á la montaña, donde había buen sitio para la batalla; era ésta

Las Navas de Tolosa. — Subió, en efecto, el ejército el día 14, y emplearon el día 15, que era domingo, en preparativos, estratégicos por los caudillos y reyes, y espirituales por los prelados y monjes, confesando y comulgando muchos, y oyendo el sacrificio de la misa todos. Llegó el amanecer del día 16, cuando al sonido de las trompetas todos se ponen en movimiento, disputándose la vanguardia: marchan en cuatro divisiones; el rey de Navarra dirigía el segundo cuerpo y el de Aragon el ala izquierda, mientras el centro era conducido por Alfonso VIII, á quien rodeaban el arzobispo D. Rodrigo y demás prelados de Castilla. No eran menores los preparativos del ejército enemigo, que al frente, en forma de una media luna, ostentaba sus vistosos pendones, dirigido por el mismo Califa, cuyas tiendas rodeaban 10.000 negros, que con sus picas apoyadas en tierra verticalmente, formaban una muralla, al parecer, inexpugnable. — Llegado el momento de acometerse, lo hacen unos y otros, y después de combatir casi todo el día, el cántico del *Te Deum laudamus*, entonado por el Arzobispo de Toledo, anunció á la cristiandad el triunfo de los soldados de la Cruz. — 200.000 musulmanes quedaron en el campo, y unos 25.000 cristianos, no obstante ser éstos una cuarta parte que

los enemigos, los cuales se aproximaban á medio millon (1).

Regreso del ejército cristiano. — Sin dormirse sobre tan decisiva victoria, los cristianos siguieron adelante, y tomaron á Baeza y Ubeda; más el rigor de los calores y las enfermedades les obligó á abandonar la Andalucía, y volviendo por Calatrava, se despidió aquí D. Pedro II de Aragón con sus valientes aragoneses, haciendo lo mismo el rey de Navarra en Toledo, donde, con el de Castilla, había sido recibido con el más sincero regocijo. Alfonso, agradecido, le devolvió quince plazas que hasta entónces había retenido. En cuanto á Mahomed, después de dejar sentir en Sevilla su coraje por tan grande desastre, se volvió á Africa, y murió el año siguiente (1213).

Conducta del rey de Leon durante la cruzada. — Con razon se echó de ménos en esta cruzada á los reyes de Leon y Portugal, de los cuales si el segundo tuvo razones valederas para excusarse, no así el primero, quien, léjos de mandar su contingente, como, grande ó pequeño, le había mandado el portugues, valido de la ausencia de Alfonso VIII, y teniendo presentes rivalidades que nunca mejor que ahora debiera haber dado al olvido, se apoderó de algunas plazas que habian sido ofrecidas en dote á doña Berenguela. Además tomó parte en las disensiones de Portugal, cuyo reino acaso pensó agregar al suyo. Pero la llegada de Alfonso VIII lo sosegó todo, y se hizo la paz entre todos los monarcas, en Valladolid.

Últimos hechos de Alfonso VIII. — Todavía Alfonso VIII emprendió dos expediciones contra los moros, en 1213 y 1214, tomándoles algunas plazas en la primera y sitiando á Baeza en la segunda, miéntras el rey de Leon, por su parte, tomaba á Alcántara y sitiaba á Cáceres, que no pudo tomar. Por este mismo tiempo hubo en Castilla, de resultas de una escasísima cosecha, una hambre horrorosa, durante la cual, así el rey como el arzobispo D. Rodrigo, rivalizaban en liberalidades.

Su fin. — Mas en este mismo año, y después de haber tan dignamente como hemos dicho enmendado los desaciertos de los primeros tiempos de su reinado, murió este grande y noble monarca en una aldea cerca de Arévalo, provincia de Avila, cuando iba á negociar con el rey de Portugal. Llamado el *Noble* por su generosidad, es conocido tambien por Alfonso el de

(1) Véase al arzobispo D. Rodrigo, historiador testigo.

las Navas. Sus restos fueron sepultados en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

ENRIQUE I.—Sucedió á Alfonso VIII su hijo Enrique I, menor de edad, bajo la tutela de su madre doña Leonor, y luego, por fallecimiento de ésta á los pocos dias, de doña Berenguela, hermana mayor del pupilo. Mas, si borrascosa habia sido la minoría de su padre, no fué ménos la del hijo, tambien, como entónces, por la ambicion de los Laras, de los cuales D. Alvaro, habiendo logrado por medio de intrigas el que la bondadosa Berenguela le entregára el pupilo, dirigió el gobierno del modo más tiránico, persiguiendo y atropellando, no sólo á los que no eran de su parcialidad sino que á todas las clases, al clero y las iglesias, contra cuyos bienes é inmunidades atentó, no respetando ni aún á la misma doña Berenguela. Mas cuando ya comenzaba la guerra que tanta tiranía no podia ménos de traer, el rey murió en Palencia, del golpe de una teja, que, hallándose jugando con otros de su edad, se desprendió de un tejado y le dió en la cabeza.

Abdicacion de doña Berenguela en su hijo D. Fernando.—Convocadas al momento córtes en Valladolid (1217) por doña Berenguela, fué ésta reconocida heredera de la corona, como de derecho le correspondia, por ser hermana mayor de Enrique. Mas esta buena señora, con la más noble abnegacion, la renunció en el acto en su hijo D. Fernando, quien, presente en las mismas córtes, fué luego solemnemente proclamado en la misma ciudad (31 Agosto 1217).

LECCION XXXVIII.

REINO DE LEON.

FERNANDO II.—DISENSIONES CON PORTUGAL.—CONQUISTA DE BADAJOZ.—AUXILIO AL REY DE PORTUGAL.—FIN DE FERNANDO II.—**ALFONSO IX.**—ALIANZAS.—NULIDAD DE SU SEGUNDO MATRIMONIO.—ÚLTIMOS HECHOS Y FIN DE ALFONSO IX.

FERNANDO II.—*Disensiones con Portugal.*—Sabemos que Alfonso VII dejó el reino de Leon á su hijo Fernando, quien hemos visto que tambien tomó parte en los disturbios

de Castilla durante la minoría de su sobrino Alfonso VIII, de cuya tutela desistiendo, se volvió á sus estados, y casó con doña Sancha, hija de Alfonso Enriquez de Portugal. No vivieron muy en paz suegro y yerno, pues, acometida por el Portugués Ciudad Rodrigo, sin fundado motivo alguno, y derrotado por D. Fernando, deseoso aquel de venganza, entró por tierras de Galicia, y se apoderó de Tuy y algunos distritos del de Leon.

Conquista de Badajoz.—Restituido Alfonso Enriquez á Portugal, continuó la guerra contra los moros, á quienes tomó á Santaren, Cintra y Lisboa. Mas como atacára tambien á Badajoz, la cual, caso de conquista, segun pactos, debia pertenecer al Rey de Leon, acudió éste é hizo prisionero á Alfonso Enriquez, á quien despidió generosamente, sin más rescate que la devolucion de las plazas que le habia tomado en Galicia (1169): Badajoz quedó por el Rey de Leon, quien, cuatro años despues (1173), derrotó tambien un cuerpo de almoravides, que, rechazados por Alfonso Enriquez de Portugal, quisieron tomar á Ciudad Rodrigo.

Auxilio al Rey de Portugal.—Despues de algun tiempo de paz, D. Fernando fué llamado por Alfonso Enriquez contra un gran cuerpo de almohades, que, dirigidos por su mismo emperador Yussuf, tenian sitiada á Santaren. Voló el rey de Leon en su auxilio, y obligó á los africanos á levantar el sitio, huyendo á la desbandada, despues de haber muerto el mismo Yussuf (1184).

Fin de Fernando II.—Cuatro años despues de estos hechos, bajó al sepulcro D. Fernando de Leon, Rey valiente, caballero completo y hombre generoso, por cuyas cualidades dejó á los leoneses el único consuelo de continuar regidos por su hijo Alfonso IX.—Tambien habia fallecido tres años ántes Alfonso Enriquez de Portugal, fundador de este reino, y de quien, para admirarlo como un gran rey, quisiéramos apartar las injustas guerras que movió á los monarcas cristianos, sus parientes.

ALONSO IX (1188).--Alianzas.—Proclamado Alfonso IX rey de Leon, y casado con Teresa, la hija de Sancho de Portugal (1190), realizóse un tratado de paz y amistad (1191) entre los tres soberanos, de Leon, Portugal y Aragon; en cuya virtud no habia de hacer ninguno de ellos paz, guerra ni tregua, sin aprobacion de los tres.

Nullidad de su segundo matrimonio.—Hemos visto en la Historia de Castilla las guerras que, despues de la batalla

de Alarcos, se movieron entre Alfonso VIII y Alfonso IX, las cuales terminaron por el matrimonio de éste con Berenguela, hija de aquél. Pues, ahora Alfonso IX tuvo el nuevo sentimiento de separarse (1204) también de ésta, como ántes se habia separado de doña Teresa de Portugal, por la misma razon de parentesco, pues el Papa era inexorable con esta clase de impedimentos. Entre los hijos, todos legitimados, de este matrimonio disuelto, se contó al príncipe D. Fernando, que fué jurado y reconocido en córtes de Carrion, heredero legítimo del reino de Leon, á lo que se siguió un solemne tratado de paz con Castilla (1206).

Últimos hechos y fin de Alfonso IX.—Despues de haber sostenido algunas guerras, ya con portugueses, ya con castellanos, hecha la paz con D. Fernando ya rey de Castilla, Alfonso IX volvió contra los moros por Extremadura, tomó á Cáceres, que dotó con el famoso fuero de su nombre, y á Mérida, en cuya conquista le ayudó con sus tropas su hijo D. Fernando (1229). Mas al año siguiente murió dejando herederas á sus dos hijas Sancha y Dulce (habidas en su primer matrimonio con Teresa de Portugal, aunque disuelto por parentesco), no obstante haber jurado por su sucesor á D. Fernando, que con toda solemnidad habia sido reconocido por tal. Pero no por esto pudo evitar que le heredára, como luégo verémos, quedando así definitivamente unidos Leon y Castilla.

ORDENES MILITARES.

En esta época fueron creadas las tres órdenes de caballería, *Calatrava*, *Santiago* y *Aldántara*: institutos militares y religiosos á la vez, destinados á avivar el espíritu de los pueblos con el espectáculo de una milicia, la cual confundidos el monje y el caballero, halagaba los dos primeros sentimientos de aquella Edad, la religion y la defensa de la patria.

El mismo fin tuvo la fundacion de la órden de *Montesa* en Aragon.

Orden militar de Calatrava.—En la dificultad de sostener la plaza de Calatrava contra las acometidas de los moros, D. Sancho II la ofreció á quien quisiera tomarla por su cuenta, y no habiendo ninguno de la nobleza que admitiera la oferta, la concedió (1158) á D. Raimundo, abad de Fitero, y á

D. Frey Diego Velazquez, monje del mismo monasterio, quienes se comprometieron á defenderla. Posesionados de la villa y su castillo, reunieron unos veinte mil hombres, y concediéndoles el Rey permiso para establecer una órden militar con objeto de hacer la guerra á los moros, los asociados recibieron del capítulo general del Císter la regla de San Benito, mitigada y acomodada á su instituto militar. El Papa Alejandro III aprobó y confirmó la órden (1164).

Orden militar de Santiago.—Por el año 1170, trece caballeros, tomando por protector al apóstol Santiago, se obligaron con voto á guardar y asegurar los caminos contra las invasiones de los infieles; y unidos á los canónigos regulares de San Eloy, que habian fundado algunos hospitales en el camino llamado de Santiago ó Frances, para hospedar á los peregrinos, comenzaron á llenar el objeto de su órden, que despues confirmó Alejandro III. Su constitucion estaba basada en la regla de San Agustin, que seguian los canónigos, mitigada y acomodada al instituto militar de la órden.

Orden militar de Alcántara.—En cuanto á la órden de Alcántara, tuvo su principio por el año 1176, en que dos caballeros de Salamanca se asociaron con otros contra los infieles, tomando la sociedad el nombre de *San Julian del Pereiro*, que era una ermita, inmediata al rio Coca, diez leguas de Ciudad Rodrigo.—Confirmada luégo despues (1177) esta asociacion como órden militar religiosa, por el papa Alejandro III, recibió sus constituciones de la regla de San Benito, mitigada y acomodada á su instituto militar. Más adelante (1218) los caballeros de Calatrava les cedieron la villa de Alcántara, y trasladando á ésta su convento y residencia, tomaron el nombre de *caballeros de Alcántara*.

LECCION XXXIX.

FUSION DEFINITIVA DE CASTILLA Y LEON.

FERNANDO III.—PRIMEROS AÑOS DE SU REINADO.—OCASION PARA LA GUERRA CONTRA LOS MOROS.—CONQUISTAS Á ÉSTOS.—FUSION DE LOS REINOS DE LEON Y CASTILLA.—CONQUISTA DE CÓRDOBA.—CONSECUENCIAS DE ÉSTA.—SUMISION DE LOS REINOS DE MURCIA Y JAEN Y VASALLAJE DEL DE GRANADA.—ALIANZA CON D. JAIME DE ARAGON.—FIN DE DOÑA BERENGUELA.—CONQUISTA DE SEVILLA.—LOS MOROS REDUCIDOS AL REINO DE GRANADA.—FIN DE D. FERNANDO.

FERNANDO III, el Santo: primeros años de su reinado.—Contaba Fernando III sólo diez y ocho años de edad cuando fué proclamado rey de Castilla; mas sus pocos años eran suplidos por la sábia y prudente direccion de su madre doña Berenguela, como se dejó conocer en el acierto con que sucesivamente fueron desbaratadas las tentativas del Rey de Leon, su padre, quien promovió aquellas grandes disensiones y guerras, que tanto agitaron los primeros años de este reinado. Felizmente sosegadas éstas, durante las cuales ya mostró el jóven Rey aquel genio que le habia de distinguir en adelante, y siempre dócil á los prudentes consejos de su madre, D. Fernando contrajo matrimonio con doña Beatriz de Suavia, prima del emperador Federico II (1219) y señora adornada de toda clase de prendas. Verificado este enlace, y sosegadas tambien nuevas turbulencias, promovidas por algunos magnates, pusieron los dos jóvenes esposos la primera piedra en la obra, entonces comenzada, de la majestuosa catedral de Búrgos.

Ocasion para llevar la guerra contra los moros.

—Comenzado su reinado con tan felices auspicios, pronto manifestó D. Fernando III sus deseos de continuar la guerra contra los moros, para lo cual se presentaba la ocasion más propicia, por el descontento que reinaba entre los moros de Andalucía, medio separados de los de Africa, pues el imperio almohade, desde la batalla de las Navas, habia entrado en el período de su decadencia.

Conquistas á éstos.—Aprovechando D. Fernando tan buena ocasion, determinó marchar contra los moros. Seguido

del arzobispo D. Rodrigo y los maestros de las órdenes militares, y aliado con el emir de Baeza, en el pacto de Guadalupe, alcanzó brillantes triunfos, con los cuales alentado, continuó sus expediciones todos los años á Andalucía, y en cuatro, tomó á Andújar, Mártos, Priego, Loja, Alhama, Capilla, Salvatierra, Baeza, etc. (1227).

Fusion de los reinos de Leon y Castilla (1230).—

Muerto, como hemos visto, su padre D. Alfonso IX de Leon, aunque éste dejara el reino á sus dos hijas Sancha y Dulce, como D. Fernando habia ántes sido reconocido solemnemente heredero, dejando éste la guerra de Andalucía, acudió á Leon; y recibido con aclamacion en todas partes, acompañado de su madre doña Berenguela, fué coronado en Villalon, y luégo colocado en el trono de Leon, sin efusion alguna de sangre. De esta manera los reinos de Castilla y de Leon quedaron definitivamente unidos.

Conquista de Córdoba.— Volviendo D. Fernando contra los moros, despues de haber primero hecho una expedicion hasta Jerez, de la cual volvió victorioso (1233), trató en otra de acometer á Córdoba, la cual sitiada cayó en su poder (1236). Facilitóle esta empresa la muerte de Aben-Hud, el más poderoso de los reyes moros de Andalucía. La gran mezquita fué consagrada al culto católico, y las campanas de Compostela restituidas á su primitiva iglesia. Emigrando sus habitantes, á quienes fueron concedidas solamente las vidas, fué la ciudad repoblada por cristianos, que llamados por el Rey, acudian de todas partes, atraidos por la benignidad del clima y fertilidad de su suelo.

Consecuencias de la conquista de Córdoba.—A la toma de Córdoba y muerte de Aben-Hud se siguió cierta division y fundacion de estados moros en Andalucía, que terminó por el establecimiento del reino de Granada, estado único musulman que en adelante quedará en España.

Sumision de los reinos de Murcia y Jaen, y vasallaje del de Granada.— Poco tiempo despues el reino de Murcia ofrecia ya vasallaje al infante D. Alfonso, que se cubria de gloria contra los moros de esta parte, miéntras don Fernando acosaba al Rey moro de Granada y tomaba á Jaen, quedando al fin sometidos á Castilla los reinos de Murcia y Jaen, y reconociendo su vasallaje el de Granada (1146).

Alianza con D. Jaime de Aragon.— Poblada y fortificada Jaen, D. Fernando proyectó la conquista de Sevilla. Mas

antes quiso prevenir diferencias que pudieran surgir sobre límites de conquistas con D. Jaime de Aragon, quien no adelantaba ménos por tierras de Valencia, y ambos conquistadores hicieron una alianza para ayudarse mutuamente, confirmada con el matrimonio de doña Violante, hija del aragones, con el príncipe Alfonso de Castilla.

Fin de doña Berenguela.—Mas tanta satisfaccion fué turbada por el fallecimiento de la anciana, venerable, virtuosa y por tantos títulos recomendable, la reina madre doña Berenguela, á cuyos cuidados y sabios consejos habia indudablemente debido sus glorias el futuro Rey Santo, su hijo, y los reinos de Leon y Castilla su union definitiva. Y para que tan grande pérdida no fuera sola, en el mismo año pasó tambien á mejor vida el, por no ménos títulos recomendable, arzobispo de Toledo, D. Rodrigo.

Conquista de Sevilla.—Así las cosas, cuando D. Fernando, decidido á llevar adelante su proyecto de tomar á Sevilla, planteó el bloqueo de ésta, el cual duró quince meses, rindiéndose al fin la reina de Andalucía, capital del último asilo de los almohades, sin otra condicion que la libertad de salir sus habitantes con los bienes que pudieran llevar. En cuya virtud, despues de salir por sus puertas trescientos mil moros con su rey Abul-Asam, entró triunfante el ejército cristiano, el 22 de Diciembre de 1248, acompañado del rey D. Fernando, su esposa, hijos y toda la comitiva que habia acudido á tan decisiva conquista.

Los moros reducidos al reino de Granada.—Dichadas las disposiciones competentes al gobierno de los nuevos habitantes de la ciudad, D. Fernando continuó la guerra, y Cádiz, con las demas ciudades y puertos de la costa, cayeron pronto en poder de las armas cristianas, quedando los moros reducidos al solo reino de Granada.

Fin de D. Fernando.—No satisfecho el activo D. Fernando con haberles vencido en España, se preparaba para llevarles la guerra al África, cuando le sorprendió la muerte en la misma Sevilla, á los cincuenta y cuatro años de edad. Si gloriosa fué su vida como rey, no lo fué ménos como hombre, pues, por sus virtudes de toda clase la Iglesia le ha colocado en el número de los santos.

A este rey se deben las fundaciones de las magníficas catedrales de Búrgos y Toledo; la concesion de varios fueros á distintas ciudades, como Badajoz, Cáceres, Castrogeriz, etc. Con-

cedió el fuero de Cuenca á los moradores de Ubeda. | Hizo traducir el Fuero Juzgo, que dió como tal á los habitantes de Córdoba; y dicen que encargó á su hijo Alfonso la creacion de un código general.

LECCION XL.

CASTILLA.

ALFONSO X, EL SABIO.—PRIMEROS AÑOS DE SU REINADO.—SUS PRETENSIONES AL IMPERIO DE ALEMANIA.—SUBLEVACION DE LOS MOROS DE ANDALUCÍA.—DISCORDIAS ENTRE LOS MAGNATES.—FALLECIMIENTO DEL PRÍNCIPE D. FERNANDO.—PRETENSIONES DE D. SANCHE.—GUERRA CON LOS MOROS.—D. SANCHE RECONOCIDO HEREDERO DE LA CORONA.—SITIO DE ALGECIRAS.—DESGRACIADAS EXPEDICIONES CONTRA LOS MOROS.—CÓRTESES EN SEVILLA: ALTERCADOS ENTRE ALFONSO Y SANCHE.—RESULTADOS.—LUCHA ENTRE EL PADRE Y EL HIJO.—FIN DE DON ALFONSO.—JUICIO SOBRE ÉSTE.

Primeros años de su reinado.—Aunque Alfonso X pensaba desde luego llevar la guerra al Africa como su padre tenía proyectado, no se lo permitieron las pretensiones de Alfonso III de Portugal á las plazas de Algarbe, á quien al fin cedió este país, despues de ajustar el matrimonio de aquél con su hija Beatriz. Tambien cedió á Enrique III de Inglaterra los derechos que sobre la Gascuña tenía y pudiera tener, previo el matrimonio de su hermana la infanta doña Leonor con el príncipe Eduardo, heredero de la corona de Inglaterra (1254). Desde ahora tienen principio aquellas desavenencias con sus súbditos, que tanto han de agitar en adelante este reinado.

Sus pretensiones al imperio de Alemania.—D. Alfonso, por su parte, insistia en llevar la guerra al Africa, proyecto que tampoco realizó, distraido por su eleccion y pretensiones al imperio de Alemania, en competencia de Roberto de Cornuallas: pretensiones vanas, que le ocuparon, no sin graves perjuicios para su propio país, diez y ocho años, durante los cuales nada recabó, por más sumas que, agotando el tesoro de Castilla, empleára, siquiera sus derechos no fueran infundados.

Sublevación de los moros de Andalucía.—Así las cosas, cuando sublevados todos los moros desde Murcia hasta Jerez, ayudados por el Rey de Granada, aliado aparente de Alfonso X, se siguió entre mahometanos y cristianos una guerra de exterminio (1261), que puso á pique de perderse todas las conquistas de San Fernando. Apurado, en efecto, se hallaba D. Alfonso, cuando las divisiones que entre los moros se suscitaron vinieron á salvarle, recobrando algunas plazas importantes. También rescató el reino de Murcia con la ayuda de D. Jaime de Aragón.

Discordias con los magnates.—A esta guerra exterior se siguió la que los magnates D. Nuño de Lara, señor de Vizcaya, y otros, entre ellos el infante D. Felipe, promovieron levantándose contra el Rey, en realidad movidos por su altivez, sobre todo del de Lara, y no por el aumento de cargas é impuestos, como pretextaban. Pues, á pesar de que D. Alfonso hizo más de lo que cabía en su dignidad para atraerlos, no pudo evitar el que se llegara á las armas, teniendo al fin que ceder á las exigencias de los rebeldes (1274).

Fallecimiento del príncipe D. Fernando.—D. Alfonso, nunca desistiendo de sus pretensiones á la corona de Alemania, y dejando el gobierno del reino al príncipe D. Fernando, emprendió un viaje para conferenciar sobre ello con el Papa (1275). Durante este viaje, Mohamed-ben-Alhamar, habiendo logrado, con ayuda de los Benimerines de África (á quienes dió los puertos de Tarifa y Algeciras), reducir á los wálies rebeldes, se dirigió con ellos contra las tierras de Castilla. En esta desastrosa campaña murió Nuño de Lara, que tenía á su cargo la defensa de la frontera, á cuya desgracia se siguió el fallecimiento del príncipe D. Fernando (1275), ocurrido en Villa Real ó Ciudad Real, cuando marchaba á defender la misma frontera.

Pretensiones de D. Sancho.—Sabida por D. Sancho, su hermano inmediato, la muerte de D. Fernando, acudió presuroso á Ciudad Real, más, al parecer, que por remediar los males de la guerra, por hacerse reconocer heredero del reino; y aunque D. Fernando había dejado dos hijos (que en adelante serán conocidos por los *infantes de la Cerda*), los magnates que allí había se hicieron á su partido, y desde entónces comenzó á titularse príncipe heredero de Castilla.

Guerra con los moros.—Encargado del gobierno Don Sancho, mandó contra los moros á D. Lope Diaz de Haro,

quien, rechazándolos cerca de Jaen, obligó al rey de los Benimerines y al de Granada á aceptar una tregua (1276).

Don Sancho reconocido heredero de la Corona.—En tal estado las cosas, y D. Alfonso restituido de su viaje, D. Sancho fué declarado, en Córtes de Segovia, heredero de la corona; por lo que, ofendida la reina doña Violante, que creia era mejor el derecho de sus nietos, los infantes de la Cerda, huyó con éstos á Aragon, lo que encolerizó sobremanera á D. Alfonso, temeroso de nuevos disturbios.

Sitio de Algeciras.—Despues de estos sucesos interiores, y volviendo á la guerra contra los moros, á fin de que éstos no recibieran auxilios de Africa, D. Alfonso y D. Sancho pusieron sitio por mar y por tierra á Algeciras. Mas, aunque D. Alfonso no se descuidára en mandar recursos, empleados éstos por D. Sancho para congraciar á la reina doña Violante y hacerla volver á Castilla, llegaron los sitiadores á tal grado de abatimiento, por el hambre y las enfermedades, que no fué difícil al emperader de Marruecos obligarles á levantar el sitio.

Desgraciadas expediciones contra los moros.—Restituida doña Violante á Castilla (gracias al oro que debiera haberse empleado en el sitio de Algeciras), y entabladas negociaciones, aunque sin resultado, entre el Rey de Francia y don Alfonso X, en favor de los infantes de la Cerda, que habian quedado en Aragon (1280), D. Alfonso y D. Sancho dirigieron contra Mohamed II de Granada otra expedicion, que tambien fué desgraciada. No obtuvo mejor éxito otra tercera expedicion contra el mismo, la cual, si bien llegó hasta las puertas de Granada, dispersada aquí por Mahomed, sólo se salvó por el valor de Sancho (1281).

Córtes en Sevilla: altercados entre Alfonso y Sancho.—Entramos desde ahora en la segunda época del reinado de Alfonso X; época de lamentables desgracias, ya le consideremos como padre, ya como rey, por más que en gran parte sean debidas á sus continuos desaciertos. Hallábase el reino exhausto de recursos, cuando D. Alfonso, por no gravar más á los pueblos con nuevos impuestos, propuso por segunda vez, y obtuvo en Córtes reunidas en Sevilla, la antieconómica medida de aumentar el valor de la moneda. Tambien propuso en las mismas córtes la particion de sus estados, dando el reino de Jaen al mayor de los infantes de la Cerda, á lo cual se opuso decididamente D. Sancho, dando así lugar á que se trabáran entre hijo y padre proposiciones duras; y como los procurado-

res de las Córtes se hallaban cansados con las exigencias de don Alfonso, se hicieron al partido de D. Sancho, quien prometió librarles de ellas.

Resultados.—Declarada la lucha entre la familia real, Sancho se alió con el rey moro de Granada y con sus dos hermanos contra su padre, y declarado por él su tío Pedro III de Aragon, su sobrino Dionisio de Portugal, y casi todos los principales del reino, obrando ya como soberano, convocó córtes en Valladolid (1282) para que le declaráran rey, como lo hicieron; y uniéndosele también doña Violante, D. Alfonso quedó casi totalmente solo. Entónces parece fué cuando, abandonado de todos, el poeta Rey se desahogó, componiendo sus *Querellas*.

Lucha entre el padre y el hijo.—Reducido D. Alfonso á sola la ciudad de Sevilla, declaró solemnemente desheredado á Sancho, quien, por esto y estar casado incestuosamente con doña María de Molina, fué también excomulgado por el Papa (1283). Don Alfonso, por su parte, pidió socorros al emperador de Marruecos, ofreciéndole su propia corona; y aunque no fueran éstos muy eficaces (pues no pudieron tomar á Córdoba), reanimaron á los de su partido, mientras decaía el de Sancho, á quien abandonaron muchos de sus parciales, especialmente sus hermanos, los cuales, volviendo á los piés de D. Alfonso, fueron no pequeño consuelo para aquel tan afligido padre.

Fin de D. Alfonso.—También D. Sancho, al ver que decaía su partido, trataba de reconciliarse con el desgraciado Alfonso, cuando una enfermedad puso fin á los días de éste, á los sesenta y dos años de edad (1284).

Juicio sobre Alfonso X.—Así acabó su reinado este tan grande hombre como pequeño y desgraciado rey; pues, si desacertado anduvo en casi todos sus actos de gobierno, como legislador y literato llegó á la mayor altura que cabía en aquellos tiempos. A él debemos, entre otros códigos inferiores, la inmortal coleccion de *Las Siete Partidas*, monumento el primero en su género de la Edad Media. Como historiador, dejó una *Crónica de España*, hasta su reinado. Como científico, compuso las *Tablas Astronómicas*, llamadas *Alfonsinas*, y como poeta nos dejó sus *Cántigas* y las *Querellas*. En fin se mereció el sobrenombre de *Sabio* (1).

(1) V. Antequera, Marichalar y Martínez Marina.

Este rey ordenó que en los instrumentos públicos se hiciera ya uso del romance ó lengua castellana.

LECCION XLI.

SANCHO IV EL BRAVO.—SUS PRIMEROS HECHOS.—DISCORDIAS INTERIORES.—GUERRA CIVIL.—CONCORDIAS.—GUERRAS CON EL DE MARRUECOS.—NUEVA REBELION DE D. JUAN.—HEROICIDAD DE GUZMAN EL BUENO.—**FERNANDO IV EL EMPLAZADO.**—BORRASCOSA MINORÍA.—COALICION CONTRA CASTILLA.—NOBLE CONDUCTA DE DOÑA MARÍA DE MOLINA.—INGRATITUD DE D. FERNANDO.—TRATADO CON EL REY DE GRANADA.—ARREGLO CON ARAGON Y LOS INFANTES DE LA CERDA.—GUERRA CON LOS MOROS.—FIN DE FERNANDO IV.

SANCHO IV.—*Sus primeros hechos.*—Recibida por D. Sancho de derecho una corona que ya tiempo poseía de hecho (1284), y desbaratados los planes del infante D. Juan, que desde Sevilla queria hacer valer la segunda disposicion de su padre, comenzó á prepararse para llevar la guerra contra los moros; y sosegados, no sin rigor, algunos disturbios promovidos por los ricos hombres ofendidos de que se les hubieran anulado algunos privilegios ántes concedidos, marchó, ayudado del infante don Juan y de D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, contra el emperador de Marruecos, que habia penetrado en Andalucía y puesto sitio á Jerez. El africano hubo de replegarse hácia Algeciras, miéntras la escuadra castellana ahuyentaba de las costas la flota marroquí.

Discordias interiores.—Mas desavenidos con D. Sancho el infante D. Juan y D. Lope de Haro, éstos se retiraron á sus estados, comenzando desde ahora aquellas grandes disensiones que se siguieron, á pesar de las cuales y del carácter que D. Sancho habia siempre manifestado, se dejó tanto influir de aquél, que le concedió cuanto le pedia (1285). Esta desmedida ambicion é influencia de D. Lope, y el resentimiento de los ricos-hombres, privados de sus anteriores concesiones, así como los agravios de que culpaban al mismo D. Lope, y la envidia que tenían de su privanza, promovieron disturbios, que, alentados por el infante D. Juan, terminaron con la muerte que en las Córtes de Alfaro hizo dar D. Sancho al de Haro, y la prision de D. Juan (1288).

Guerra civil.— Este rigor de D. Sancho fué el principio de una guerra civil, promovida por la familia de Haro y la esposa de D. Juan, quienes, uniéndose con D. Alfonso de Aragon (quien conservaba en su reino los infantes de la Cerda), que estaba ofendido por haber D. Sancho preferido la amistad del rey de Francia á la suya, proclamaron rey de Castilla á D. Alfonso de la Cerda, á quien se unieron todos los rebeldes y descontentos de D. Sancho.

Concordias.— Mas, celebrada una conferencia en Bayona (1290) entre los reyes de Castilla y de Francia, renunciando éste á los derechos de su protegido el de la Cerda, y habiendo sucedido á D. Alfonso de Aragon su hermano D. Jaime, las cosas tomaron otro rumbo, pues Jaime II, no considerándose ya ofendido de D. Sancho, le propuso su alianza, que éste aceptó, concertándose ademas el casamiento de D. Jaime con Isabel, hija de D. Sancho; y como esta alianza fué aprobada por el rey de Francia, los infantes de la Cerda quedaron solos. Sancho alcanzó tambien su tan deseada dispensa del Papa para legitimar su matrimonio con dona María de Molina.

Guerra con el de Marruecos.— Deseaba D. Sancho esta concordia para llevar la guerra contra los moros, como lo hizo, auxiliando á Mohamed de Granada contra Abu-Jacob de Marruecos y el-walí de Málaga, quien, apartándose de Mohamed, se habia aliado con el africano. La escuadra de D. Sancho destruyó la del de Marruecos, mientras D. Sancho (1292) tomaba á Tarifa, que dejó encomendada al Maestre de Calatrava, y despues á D. Alfonso Perez de Guzman.

Nueva rebellon de D. Juan.— Así las cosas, cuando nuevamente rebelado el infante D. Juan contra su hermano don Sancho, le promovió algunos disturbios, hasta que, abandonado D. Juan de sus secuaces, y expulsado tambien de Portugal, se refugió al rey de Marruecos, ofreciéndose á rescatarle la plaza de Tarifa, á la sazón guardada por el mencionado Guzman.

Heroicidad de Guzman el Bueno.— Sitiaba con sus africanos D. Juan á Tarifa, que se defendia heroicamente, y como desesperára de tomarla, acudió á un medio, el cual, al paso que deshonoró para siempre su memoria, dió ocasion al mayor rasgo de patriotismo que refiere la historia. En efecto, apurado D. Juan porque no podia cumplir al rey moro su palabra empeñada, intimó á Guzman que le entregára la plaza, pues de lo contrario haria morir á un hijo suyo, tierno mance-

bo, que tenía en su poder, y cuya muerte podía presenciar el padre desde la muralla. Mas como Guzman, lejos de doblegarse por tan dolorosa intimación, le contestara *que antes querria que le matára aquel hijo y otros cinco que tuviera, que darle una villa que tenía por el Rey*, y se retirara despues de tirarle desde el adarve su propio cuchillo, el bárbaro infante degolló al joven con el propio instrumento del padre. Hizo más, pues mandó arrojar la cabeza del sacrificado dentro de la muralla de la plaza (1294). Desde entónces D. Alfonso de Guzman es conocido en la historia por *Guzman el Bueno*.

FERNANDO IV, EL EMPLAZADO: Borrascosa minoría.— A la muerte de Sancho IV *el Bravo*, fué proclamado su hijo Fernando, de nueve años de edad, bajo su madre doña María de Molina (1295). Pero no obstante haberse ésta anticipado á hacer algunas reformas para captarse las voluntades, que veía muy expuestas, pronto tuvieron principio las rebeliones, que llenaron casi todo su reinado. El primero que levantó bandera contra el niño rey fué su tío D. Juan, quien, auxiliado de los moros de Granada, se hizo en ésta proclamar rey. Siguió á aquella rebelion la de D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, á quien se unieron bien pronto los Laras, no sólo abusando de la confianza que en ellos acababa de depositar la Reina Madre, sino que tambien faltando al encargo especial que les habia hecho D. Sancho de que no abandonáran al niño. Daba pábulo á estas rebeliones el infante D. Enrique, hermano de Alfonso X, quien logró, en córtés de Valladolid, el ser nombrado regente del reino, aunque doña María no accedió á entregar el niño.

Guerra con Portugal: arreglos.— D. Juan, abandonado de los moros de Granada, ganó al rey Dionisio de Portugal, quien declaró la guerra á Castilla. Mas el regente D. Enrique cortó el mal cediendo al Portugues algunas ciudades que reclamaba, reponiendo á D. Juan en sus señoríos de tierra de Leon, y comprando á los señores de Haro y Lara con una cantidad de dinero.

Coalicion contra Castilla.— Pero otra nueva tempestad se levantaba contra el Rey y la Reina, la cual iba á poner á prueba la energía y talento de esta gran señora. Existian todavía retenidos en Aragon los infantes de la Cerda, arma bien poderosa por cierto para cualquiera que á su lado quisiera levantar bandera contra Castilla; y devuelta, con pretexto de parentesco, la infanta Isabel, con quien D. Jaime II habia con-

traído esponsales, éste se prestó á ayudar á los enemigos de aquel reino. En efecto, formóse una confederacion, en que entraron el infante D. Juan, D. Dionisio de Portugal, el rey moro de Granada, la Navarra, Francia y Aragon, proclamando la legitimidad de D. Alfonso de la Cerda, despues de convenir éste y D. Juan en repartirse los estados de Castilla, no sin dar á los otros confederados su premio por la ayuda.

Noble conducta de doña María de Molina.—Mas, por grande que fuera el apuro de la Reina, su imperturbable ánimo, unido á su prudente actividad, correspondidos por la hidalguía castellana, triunfaron de tantos enemigos (1296), sobre todo desde que, atraído mañosamente el de Portugal por la Reina, y ajustado el casamiento de D. Fernando con doña Constanza, infanta de aquel reino, y el de doña Beatriz de Castro con el príncipe heredero del mismo (1297), fué cambiando el aspecto de la situacion, aunque continuaron las guerras y revueltas, sumisiones é infidelidades por bastante tiempo.

Ingratitud de D. Fernando.—Mas nuevos y bien diversos disgustos acometen otra vez á aquella singular madre reina, producidos por la ingratitud del hijo por quien tanto habia sufrido. El infante D. Juan y el de Lara habian, por medio de sus trazas, apartado al hijo de su madre, y convocadas Córtes por aquél, obrando ya como rey, en Medina del Campo, como los diputados se negáran á celebrarlas sin la presencia de la madre, porque veian al hijo supeditado á sus dos nuevos mentores, acudió aquélla á ruegos del hijo, quien de otra manera parece no hubiera podido contener la disolucion de la asamblea. Pues, á pesar de todo, en estas Córtes fué donde pedidas cuentas, interviniendo en ello el hijo, á doña María, acerca de los gastos hechos durante su administracion, presentó ésta, adelantado de sus propios recursos, un importante *déficit*, para suplir el cual se habia desprendido de sus propias alhajas, sin haberse reservado más que un vaso de plata para beber.

Tratado con el rey moro de Granada.—Durante las anteriores turbulencias, el rey moro de Granada se habia apoderado de algunas ciudades de Castilla; y entrando ahora en arreglos su sucesor Mahomed III con D. Fernando, sin contar éste con su madre, ajustaron un tratado, en cuya virtud, si bien el moro se reconoció vasallo de Castilla, se le concedieron las plazas conquistadas, reservándose Castilla la de Tarifa (1304).

Arreglo con Aragon: turbulencias en Castilla.—

Continuaban las turbulencias en Castilla, aunque la muerte de D. Enrique dió á ésta algun momentáneo sosiego. En cuanto á Aragon, se arreglaron las diferencias por medio de un arbitraje, y respecto á D. Alonso de la Cerda, renunció éste sus pretensiones, prévia una renta para él y otra para su hermano. Mas no cesaban las turbulencias en Castilla, y aunque las Córtes de Valladolid (1308), dieron á D. Diego de Haro el señorío vitalicio de Vizcaya, que á su muerte debia pasar á la mujer del infante D. Juan y sus herederos, no se consiguió, por haber quedado ahora descontento D. Juan de Lara, á quien el Rey se vió obligado á hacer la guerra.

Guerra con los moros.—Continuando siempre en este estado lamentable, el Rey determinó mover la guerra contra los moros. Unido con D. Jaime de Aragon, prévias las gracias espirituales que en estos casos otorgaban los Papas, los aragoneses sitiaban por mar á Almería, miéntras el ejército de Castilla se dirigia á Algeciras. Mas aquí se apartó el infante don Juan con quinientos caballos, si bien no por esto desistió don Fernando, hasta que el de Granada pidió la paz, que le fué concedida, prévia la entrega de algunas ciudades y reconocimiento de vasallaje (1310). Tambien Gibraltar (1309) fué tomado por los cristianos.

Fin de Fernando IV.—Sabido de todos es cómo se cuenta el fin de este Rey, despues de haber hecho dar una injusta y cruel muerte á los dos hermanos Carvajales, por lo cual es llamado el *Emplazado*. Mas hay quien niega este hecho.

LECCION XLII.

ARAGON.

JAIME I.—PRIMEROS HECHOS DE SU REINADO.—CONQUISTA DE LAS BALEARES.—GUERRA CON LOS MOROS DE VALENCIA.—CONQUISTA DE ÉSTA.—DESACUERDO ENTRE D. JAIME Y EL REY DE CASTILLA.—NUEVA GUERRA CON LOS MOROS DE VALENCIA.—CÓRTES EN ZARAGOZA Y BARCELONA.—AUXILIO DE D. JAIME AL REY DE CASTILLA.—DEFINITIVA DIVISION DEL REINO.—MATRIMONIO DEL PRÍNCIPE D. PEDRO CON DOÑA CONSTANZA.—FIN DE DON JAIME.

JAIME I: Primeros hechos de su reinado.—Hemos dicho que á D. Pedro II habia sucedido, en menor edad, su hijo Jaime I, á quien, despues de reconocido en Córtes en

Lérida, hemos dejado en el castillo de Monzon, custodiado por el maestre de los Templarios. Creyendo éste que dejándole libre cesarian las turbulencias que agitaban al reino, bastante abatido ademas por el mal estado del tesoro, le dejó salir de su encierro (1216), y, aunque no sin apuros, por la ambicion de su tio D. Sancho, que quiso apoderarse de su persona, llegó á Zaragoza en donde fué recibido con el mayor entusiasmo. Continuaron, no obstante, las turbulencias promovidas por los ricos-hombres y su tio D. Fernando, llegando la liga que contra él se formó á tenerle como cautivo (1223), dirigiendo de hecho el gobierno dicho D. Fernando, hasta que al fin D. Jaime llegó á triunfar de tantos enemigos é intrigas, y sacando á salvo su dignidad y su decoro, logró que todas las poblaciones y ricos-hombres le reconocieran y prestaran juramento de homenaje (1223). Durante esta azarosa época de su reinado, don Jaime habia heredado el señorío de Mompeller.

Conquista de las Baleares.—Restablecida la tranquilidad del reino y robustecida la autoridad real, D. Jaime, que ya en medio de las anteriores turbulencias habia manifestado sus deseos de llevar la guerra contra los moros, trató de efectuarlo ahora en grande, y acompañado de los ricos-hombres y de muchos prelados de Aragon y Cataluña, que contribuian con su contingente, emprendió, al frente de una poderosa escuadra, la conquista de Mallorca, la que, despues de un obstinado sitio, cayó en su poder (1228). Restituido D. Jaime á Aragon, ya con el nombre de *el Conquistador*, despues de andar en tratos con Sancho el *Fuerte* de Navarra, aunque sin resultado, volvió otra vez contra los moros de las Baleares, y las islas de Menorca é Ibiza cayeron tambien en su poder. Asimismo agregó á su corona el condado de Urgel.

Guerra con los moros de Valencia.—Pero un rey que habia admitido el sobrenombre de *Conquistador* no debia descansar mientras hubiera tierras de musulmanes por conquistar; y rivalizando con su primo D. Fernando de Castilla, mientras éste se cubria de gloria contra los almohades de Andalucía, D. Jaime, marchando contra los moros de Valencia, comenzó con ellos la guerra (1232). En dos campañas consecutivas les tomó multitud de plazas, y recorrida la vega de Valencia, se restituyó á Aragon.

Conquista de Valencia.—Despues de casar con doña Violante de Hungría, disuelto por parentesco su primer matrimonio con doña Leonor de Castilla, el *Conquistador* volvió

á la misma guerra, y sitiada Valencia, cayó también en su poder (1238), después de una obstinada resistencia. Dueño de la capital, D. Jaime se fué en nuevas guerras apoderando de las demás plazas, hasta que en 1253 agregó todo el país hasta Murcia, coincidiendo estas conquistas con las de Andalucía por D. Fernando III de Castilla, y su muerte, acaecida por este tiempo, sucediéndole, como hemos visto, Alfonso X.

Desacuerdos entre D. Jaime y el Rey de Castilla.

—No eran tan amistosas como habían sido con D. Fernando las relaciones entre el sucesor de éste y D. Jaime, pues ya en vida de D. Fernando habían existido entre Alfonso y Jaime diferencias sobre límites de conquistas. Esta mala inteligencia continuaba sordamente desde que D. Alfonso había tomado las riendas del gobierno de Castilla, en tal grado que, según dicen algunos, éste mantuvo alguna relación con los moros de Valencia, sublevados contra el Rey de Aragón.

Nueva guerra con los moros de Valencia.—Esta guerra fué promovida y desesperadamente sostenida por los moros, que resistieron al decreto de D. Jaime, quien, por haber urdido una conspiración contra su vida, los expulsó de sus estados.

Córtes en Zaragoza y Barcelona: Auxilio de don Jaime al Rey de Castilla.—Ardía por este tiempo (1261), como hemos visto, en Andalucía, la guerra entre los moros y Alfonso de Castilla, quien, no llevando en ella la mejor parte, acudió en demanda de auxilio á su suegro D. Jaime. No dudó éste marchar en su defensa, y necesitando subsidios, reunió ántes córtes de catalanes en Barcelona, y de aragoneses en Zaragoza. Mas, como éstas le dirigieran fuertes quejas por haber violado sus derechos y preeminencias con otras pretensiones relativas á sus fueros, hubo lugar á réplicas y contestaciones tan ágras, que hubieran producido un rompimiento entre el Rey y los ricos-hombres, á no haber mediado los obispos de Zaragoza y Huesca. Mas, arregladas estas diferencias y obtenido el subsidio, D. Jaime partió en socorro de su yerno, á quien rescató á Murcia, con otros varios castillos, que le entregó generosamente (1266).

Definitiva division del reino.—Antes de estos sucesos, D. Jaime, habiendo fallecido su primogénito Alfonso, con quien andaba poco acorde con motivo de las particiones que en su perjuicio había hecho del reino, hizo de éste otra division entre sus restantes hijos D. Pedro y D. Jaime, la cual ocasio-

nó nuevos disturbios, hasta que en otra nueva particion fueron señalados á D. Pedro, Aragon, Valencia y Cataluña, y á D. Jaime, las Baleares, Rosellon, Cerdeña y Mompeller.

Matrimonio del príncipe heredero con doña Constanza.—Posteriormente se verificó el matrimonio entre D. Pedro, hijo y heredero de D. Jaime, y doña Constanza, hija de Manfredo de Sicilia y de doña Beatriz de Saboya, cuyo matrimonio valió más tarde á Aragon la adquisicion de Sicilia.

Fin de D. Jaime.—Ultimamente, despues de terminadas las disensiones que, descontentos de D. Jaime y su hijo don Pedro, sostenian algunos grandes del reino (1275), sublevados nuevamente los moros que habian quedado en Valencia, dos derrotas que sufrieron los aragoneses agravaron tanto la enfermedad que venía padeciendo el anciano Rey, que murió luégo en Valencia, llorado de todos (1276).

LECCION XLIII.

PE. RO III. — CONCLUYE LA GUERRA CON LOS MOROS DE VALENCIA. — HACE FEUDATARIO Á SU HERMANO JAIME. — CONQUISTA DE SICILIA. — INVASION DE FELIPE EL ATREVIDO EN ARAGON. — QUEJAS DE LOS ARAGONESES Á PEDRO III. — PRIVILEGIO GENERAL DE LA UNION. — CONFIRMA D. PEDRO LOS FUEROS Á LOS VALENCIANOS Y CATALANES. — ALTERCADOS ENTRE DON PEDRO Y LOS ARAGONESES. — GUERRA DE D. PEDRO CON FRANCIA. — FIN DE D. PEDRO.

Concluye la guerra con los moros de Valencia.

Recibida por Pedro III la corona en Zaragoza de manos del Arzobispo de Tarragona, y reconocido tambien su hijo Alfonso príncipe heredero, volvió á continuar la guerra de Valencia contra los moros, á los cuales expulsó totalmente de aquel reino.

Infenda á su hermano Jaime.—Acto continuo marchó contra algunos ricos-hombres y principales de Cataluña, que se habian sublevado, ofendidos porque no habia tambien pasado á reconocer los fueros y privilegios de los catalanes, los cuales, vencidos en Balaguer (1280), obligó tambien á su hermano D. Jaime, rey de las Baleares, á que se le reconociera feudatario.

Conquista de Sicilia. — Libre D. Pedro de enemigos moros ni cristianos en sus estados, trató de hacer valer los derechos de su esposa doña Constanza á la isla de Sicilia. Mas ántes marchó con una gran expedicion á las costas de Túnez, al parecer, con ánimo de apoderarse de Constantina. Aquí se hallaba D. Pedro, cuando los sicilianos, tiranizados por Cárlos de Anjou, y contra quien ya habia tenido lugar la terrible insurreccion de las *Visperas Sicilianas*, le llamaron para que les libertára. Acude con su escuadra el Rey de Aragon, quien, efectivamente recibido como su libertador, obliga al momento á levantar el sitio de Mesina á Cárlos de Anjou, y huyendo éste vergonzosamente, deja dueño de toda la Sicilia á D. Pedro III de Aragon, la cual le reconoció por su rey (1282). El digno y generoso comportamiento del Rey de Aragon con los prisioneros, al paso que sirvió de leccion, hizo avergonzar y enfurecer al ántes tan altivo Cárlos de Anjou. Dictadas algunas disposiciones como soberano, y dejando por entónces de virey de la isla y rey propio despues de sus dias á su hijo Jaime, D. Pedro se restituyó á Aragon (1283).

Invasion de Felipe el Atrevido en Aragon. — Miéntras D. Jaime y su madre doña Constanza seguian en Sicilia venciendo por medio de su almirante Lauria las diversas expediciones marítimas de los Anjevinos (los partidarios del de Anjou), tomaban á Malta, conquistaban las Calabrias ó Nápoles, y hacian prisionero al Príncipe de Salerno, hijo de Cárlos de Anjou, las cosas se presentaban muy distintas á D. Pedro, pues Felipe el *Atrevido*, de Francia, que se habia apoderado de la Navarra, penetraba por los estados de Aragon, á cuyo rey no guardaba respeto alguno desde la conquista de Sicilia.

Quejas de los aragoneses á D. Pedro III. — Las graves censuras que habia lanzado el Papa contra D. Pedro y su reino por haberse apoderado de la Sicilia no podian ménos de alarmar las conciencias de un pueblo tan religioso y lleno de fe como el aragonés, miéntras la invasion con que los amenazaba un rey tan poderoso como el de Francia, dueño de la Navarra y protegido por Roma, no dejaba de infundirles algun respeto. Igualmente sentian ver distraidas sus fuerzas de mar y tierra en Sicilia y Nápoles para sostener una conquista lejana, y que por de pronto ya les habia traído la guerra á su casa. Y como el Rey obrára en tan importantes empresas por sí solo, á lo cual no estaban acostumbrados los aragoneses, convocadas Córtes de éstos por el Rey D. Pedro en Tarazona para atenderá

las cosas de la guerra con Francia, los ricos-hombres, caballeros, procuradores, etc., se le quejaron por las várias cargas que se les habia impuesto y trataba de imponer, y sobre todo, porque no habia respetado sus fueros, franquicias y libertades, pidiéndole, en conclusion, que ni en la guerra con Francia, ni en otra alguna, se procediera sin consulta y acuerdo de los ricos-hombres, segun costumbre, así como que se les confirmáran sus privilegios, etc., etc.

Privilegio general de la Union.— Como el Rey quisiera aplazar la contestacion hasta despues de la guerra, uniéronse todos, y jurando no ceder en nada hasta que se les otorgase lo que pedian, amenazaban con que, si no se les hacía justicia, dejarian de tenerle por su rey y señor. En vista de tan enérgica resolucion, el Rey convocó Córtes en Zaragoza (1283), en las cuales se le pidió la confirmacion de todos los antiguos privilegios, fueros, etc., etc. (1), todo lo cual les fué concedido como se demandaba, quedando desde entónces con toda formalidad confirmados los derechos que ya tiempo tenian los aragoneses: tal fué el *Privilegio general de la Union*, base de las libertades aragonesas.

Confirma sus fueros á los valencianos y catalanes.

— Los mismos fueros concedió á los valencianos, aunque les hizo desechar el fuero aragones, dejándoles el propio de Valencia. Igualmente, expuestas las mismas quejas por los catalanes en Córtes en Barcelona (1284), les confirmó todos sus *usajes*, fueros y privilegios que les tenian concedidos sus condes y reyes.

(1) Entre otras muchas cosas, se le pidió: «Que no hubiera pesquisa contra persona alguna sin requisicion y pedimento de parte, ni en caso alguno se inquirese por solo oficio de juez.—Que el Justicia de Aragon juzgase todos los pleitos que viniesen á la corte, con consejo de los ricos-hombres, mesnaderos, infanzones, etc., y los procuradores de las villas.—Que en las guerras y hechos que tocaban á todo el reino, se hallasen en consejo del Rey los ricos-hombres, mesnaderos, caballeros, etc., y procuradores de las ciudades y villas.—Que el Rey no pusiera jueces en ninguna villa que no fuese suya; en todo lo cual estuviesen todos tan conformes, que no procuraron más los ricos-hombres y caballeros su preeminencia y libertad que los comunes é inferiores; teniendo concebida en su ánimo tal opinion que Aragon no consistia ni tenia su principal sér en las fuerzas del reino, sino en la libertad; siendo una la voluntad de todos, que cuando ella fuese neciese se acabára el reino.»—Zurita, *Anales de Aragon*, cap. XXXVIII, lib. IV.

Altercados entre el Rey y los aragoneses.—Agradecidos los catalanes, le ofrecieron su apoyo, hasta el clero, en la guerra con Francia, lo que no quisieron hacer los aragoneses, porque viendo que el Rey difería repararles los agravios, sospechaban que trataba de emplear el ejército catalán contra los de la Unión; de lo cual nacieron contestaciones y hechos, tan deprimentes de la autoridad real, como enaltecedores de las libertades aragonesas.

Guerra de D. Pedro con Francia.—Concedidos por el Papa, en virtud de la excomunion de D. Pedro, los estados de éste á Carlos de Valois, hijo de Felipe IV de Francia, éstos, al frente de un numeroso ejército, penetraron en Cataluña, y aunque D. Pedro, casi solo, trató de oponérseles en el Pirineo, no pudiendo contener á un ejército de doscientos mil hombres, llegó éste, aunque no sin grandes apuros, á Gerona. Pero, derrotada la escuadra francesa por el almirante Lauria, llamado de Sicilia; declarada una epidemia en el ejército francés, y acosado éste por todos lados por D. Pedro, á quien ya venían ayudando también los aragoneses, emprendieron la retirada por el mismo camino que tan envalentonados habían traído. Mas, habiendo el activo D. Pedro llegado ántes que ellos al Pirineo, seguramente no le hubieran pasado si, después de pedirle este favor, no se les hubiera concedido el tan generoso como valiente Aragonés.

Fin de D. Pedro III.—Poco después (1285), cuando don Pedro se disponía á marchar contra su hermano D. Jaime de Mallorca, para quitarle este reino, en castigo por haber estado en la pasada guerra de parte de los franceses (quienes, á haber él ayudado á D. Pedro en el Rosellon, seguramente no hubieran entrado), murió en Tarragona, víctima de una fiebre, á los cuarenta y seis años de edad. Por sus elevados hechos fué apellidado *el Grande*. Sucedióle su hijo Alfonso III.

LECCION XLIV.

ALFONSO III. — SU CORONACION. — EXIGENCIAS DE LA UNION. — AMENAZAS AL REY. — DIVISION DE LOS UNIONISTAS. — ROMPIMIENTO CON LOS UNIONISTAS: CONCESIONES DEL REY. — ASUNTOS DE SICILIA. — TRATADO DE TARRAGON. — FIN Y TESTAMENTO DE ALFONSO III. — **JAIME II.** — NUEVA GUERRA EN ITALIA: PAZ DE AGNANI. — RENUÉVASE LA GUERRA EN ITALIA. — EXPEDICION DE CATALANES Y ARAGONES Á ORIENTE. — DISCORDIAS ENTRE DON JAIME Y LOS RICOS-HOMBRES. — SEGUNDO MATRIMONIO DE D. JAIME. — CONQUISTA DE Córcega y CERDEÑA. — FIN DE D. JAIME II. — **ALFONSO IV.** — REBELION DE LA ISLA DE CERDEÑA. — DISCORDIAS EN LA FAMILIA REAL. — ÓRDEN MILITAR DE MONTESA.

ALFONSO III (1285): su coronacion. — Alfonso III, cumplida la mision última de su padre de conquistar las Baleares, pasó á recibir la corona en Zaragoza, obligado por los aragoneses, quejosos porque ántes de esta solemnidad habia tomado el título de rey de Aragon, y obrado como tal, sin prestar el juramento de guardar los fueros y privilegios del reino.

Exigencias de los de la Union. — Pero esta manifestacion de los magnates no era sino el preludio de sus futuras exigencias. Efectivamente, aunque al ser coronado el Rey juró guardar los fueros, privilegios y franquicias de los aragoneses, y cuanto en este acto se solia jurar, no satisfechos los de la Union, muchos de éstos pretendieron que el consejo y la casa real fueran ordenados á gusto de las Córtes y con acuerdo y deliberacion suya. Mas aunque el Rey contestára de un modo prudente á tan elevadas exigencias, no quedaron satisfechos todos los ricos-hombres, pues si bien parte de ellos se hicieron al partido del Rey, los otros continuaron en sus pretensiones, importunándole tanto, que se salió de Zaragoza y marchó á Cataluña, escribiéndoles que le llamaban allí asuntos urgentes.

Amenazas al Rey. — Ofendidos por esta salida de la ciudad, así verificada por el Rey, los de la Union, que se habian nuevamente congregado, le invitaron á que volviera á Zaragoza y revocára ciertas disposiciones dictadas sin el concurso de los ricos hombres y contra el privilegio general; y despues de nombrarle por sí los individuos de su consejo, renovaron la jura de la Union, mandando, por último, á decir al Rey: que

si no cumplia todas sus demandas, no sólo se le apartarian, sino que le embargarían todas las rentas y derechos que tenía en el reino.

Division de los unionistas. — Contestados por el Rey que acordaria la respuesta, despues de confirmar á los valencianos sus respectivos fueros y privilegios, convocó tambien Córtes en Huesca, en las cuales se quejó con tanta energía por lo desmesurado de las peticiones que se le hacian, que los de la Union, ya poco acordes, se dividieron, continuando unos con sus pretensiones, mientras otros se inclinaron al lado del Rey.

Rompimiento con los unionistas: Concesiones del Rey. — Aunque Alfonso acordó luégo despues que en el reino de Valencia se juzgase por el fuero de Aragon, no cesaron las exigencias, añadiendo siempre los Unionistas nuevas quejas y conminaciones, hasta tal punto, que habiendo querido impedir al Rey su entrevista proyectada con el de Inglaterra, y buscando alianzas contra él, llegaron, segun dicen, al extremo de querer dar la corona á Carlos de Valois. Cansada la paciencia de D. Alfonso, rompió con ellos, y haciendo dar muerte á doce de los principales, se siguió una guerra entre los que se habian hecho del partido del Rey y los insistentes, hasta que, despues de pláticas y contestaciones, el Rey les concedió en Córtes, celebradas en Zaragoza (1288), los dos privilegios siguientes: primero: *Que nunca procedería contra los de la Union sin prévia instancia del Justicia y sin consentimiento de las Córtes*; y segundo: *Que todos los años convocaria Córtes generales de aragoneses en Zaragoza, las cuales le habian de elegir las personas de su consejo*. Tal fué el resultado de la lucha entre el Monarca y la altiva nobleza aragonesa, si bien tan exorbitante privilegio ni fué en gran parte jamas cumplido, ni confirmado por ningun rey posterior, por más que se conservára sin abolir por mucho tiempo.

Asuntos de Sicilia. — Entre tanto, aclamado Jaime rey de Sicilia (1286), en cuyo favor habia ademas cedido sus derechos á ésta el Príncipe de Salerno (hijo de Carlos de Anjou), á quien retenian prisionero en Cataluña; como éste hubiera prometido que el Papa aprobaria tal concesion, D. Alfonso, mediando Eduardo de Inglaterra, entró en negociaciones con el Papa y el Rey de Francia, y despues de conferenciar en Burdeos, y hacer un tratado en Oloron (1287) acerca de la libertad del Príncipe de Salerno, sobre la cual ocurrían siempre

muchos obstáculos, al fin quedó ésta concertada (1289). Por este tiempo tuvieron lugar los sucesos entre Aragon y Castilla, que vimos en la historia de ésta.

Tratado de Tarascon.—Así las cosas, cuando el Papa coronaba al Príncipe de Salerno por rey de Sicilia, con el nombre de Carlos II, D. Alfonso y D. Jaime se aprestan para la lucha, y cayendo sobre Gaeta con probabilidades de triunfo, vuelve á mediar Eduardo de Inglaterra y se ajusta una tregua por dos años. Entabladas nuevas negociaciones, como ni el Papa quisiera reconocer los derechos de Jaime á Sicilia, ni Carlos de Valois renunciar la investidura que de los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña le habia dado el Papa anterior, preparábase otra vez la guerra, cuando, mediando nuevamente Eduardo de Inglaterra, previas mil y mil contestaciones, ajustaron en Tarascon una especie de acomodamiento, en cuya virtud, despues de dar satisfaccion el Aragonés por todo al Papa, éste revocaba la investidura de los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, hecha en favor de Carlos de Valois, quedando el reino de Mallorca por el Rey de Aragon, previas algunas promesas de éste.

Fin y testamento de Alfonso III.—Poco tiempo sobrevivió D. Alfonso á este tratado que trató de cumplir, pues murió en el mismo año (1291), á los veinte y siete de edad, dejando los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, con el señorío de Mallorca, á su hermano D. Jaime de Sicilia, quien debia ceder ésta á su otro hermano D. Fadrique. Don Jaime vino luego de Sicilia y recibió la corona, jurando los derechos de los aragoneses.

JAIME II (1291). Nueva guerra en Italia: paz de Anagni.—Coronado D. Jaime II en Zaragoza, arregló las diferencias que habian mediado entre su hermano y Sancho de Castilla, con cuya hija se estipuló su casamiento. Mas como don Jaime, contra la última voluntad de su hermano Alfonso no se desprendia de la Sicilia, renovada la guerra en Calabria y vencidos los franceses por los aragoneses y sicilianos, al fin, siendo general el deseo de paz, se estipuló ésta en Anagni, bajo la condicion, entre otras, de que D. Jaime habia de casar, como se efectuó, con doña Blanca, hija de Carlos de Nápoles, y restituir al Papa la Sicilia é islas adyacentes, salvos los derechos de Carlos de Nápoles, y que el Rey de Francia y su hermano Carlos renunciarían el reino de Aragon en poder de la Iglesia, para que ésta lo restituyera á D. Jaime.

Renuévase la guerra en Italia.—Mas negándose, por su parte, con arrogancia los sicilianos al cumplimiento del tratado, proclamando por su Rey á D. Fadrique ó Federico III (1296), sin hacer caso alguno de cuantos medios empleaba el Papa para reducirlos, no pudo ménos de emprenderse la guerra, la cual, nombrado por el Papa generalísimo de todas las tropas D. Jaime de Aragon, se hizo con gran furor de una y otra parte. Pero aunque la escuadra siciliana fué derrotada por D. Jaime en la, al parecer, decisiva batalla naval del cabo Orlando, una de las más célebres de aquellos siglos (1299), reanimados los sicilianos con la retirada de D. Jaime á Cataluña, resistieron á los franceses y napolitanos, hasta que, vencidos éstos en los campos de Falconara, con prision del Príncipe de Tarento (1299), terminó luégo despues la lucha con un tratado, en cuya virtud D. Fadrique había de casar con doña Leonor, hija del Rey Carlos de Nápoles, conservando la Sicilia, aunque sólo durante su vida, pero concediéndole el Papa la conquista y derecho al reino de Cerdeña ó al de Chipre ú otro equivalente, dado caso que lo pudiera efectuar en tres años, pues de lo contrario quedaria en la posesion perpétua de Sicilia para él y sus hijos (1302).

Expedicion de catalanes y aragoneses á Oriente.—Por esta época (de 1302 á 1313) tuvo lugar aquella tan célebre expedicion de catalanes y aragoneses al imperio griego. Componíase de cuatro mil infantes y quinientos jinetes, los cuales, mal avenidos con el reposo en que se hallaba Sicilia desde la última paz, se embarcaron, dirigidos por el napolitano Roger de Flor, para auxiliar al emperador Andrónico contra los turcos. No desmintieron las esperanzas de Andrónico los hijos de Aragon y Cataluña, quienes, mandados al Asia, alcanzaban tantas victorias contra los otomanos, que éstos llegaron á no atreverse ya nunca con tan formidables auxiliares de sus enemigos.

Mas la preferencia con que el Emperador trataba á los jefes de esta expedicion comenzó á excitar la envidia en la corte de Constantinopla, cuando algunos desórdenes con motivo de faltarles las pagas, ocurridos en Gallípoli, adonde se habian retirado á invernar, sirvieron de pretexto á sus émulos para indisponerlos con el pueblo y el Emperador.—No dejaron los intrigantes de lograr su objeto, y fraguada una vergonzosa conjuracion contra nuestros españoles, el mismo hijo del Emperador hizo degollar en un convite á Roger de Flor con ciento treinta caballeros y capitanes catalanes y aragoneses.

Este hecho, y otra tentativa para acabar, no ménos traidoramente, con todos los expedicionarios, hicieron que la guerra se emprendiese entre éstos y el Emperador, á quien, despues de retarle inútilmente por su felonía, derrotaron en todas partes sus tropas, lo mismo en tierra que en mar.

Mas otra traicion cae sobre nuestros españoles, cual fué la de los genoveses, quienes, fingiendo hacer causa comun con ellos, les mataron doscientos hombres y apresaron á su jefe Berenguer de Entenza, sucesor de Roger. Exasperados, y con sobrada razon, por tantas traiciones, los aragoneses y catalanes que quedaban salieron de Gallípoli á las órdenes de Bernardo de Rocafort, y barriendo cuantos ejércitos encontraban delante, llegaron á hacerse tan formidables, que sólo su nombre era bastante á ahuyentar á los griegos. Varios pueblos de la costa de Tracia caen en su poder, y los habitantes todos de Rodisco mueren al filo de su espada, en represalia por las anteriores traiciones.

Así se hallaban nuestros expedicionarios cuando, muerto Berenguer de Entenza, que, libertado, se habia vuelto á encargar de su direccion, ofrecieron sus servicios al Duque de Aténas, y atravesando la Macedonia, de que fueron casi dueños, y las montañas de Tesalia, despues de recorrer las fértiles llanuras de ésta, pasaron las Termópilas, y penetrando en Morea, ayudaron á su auxiliado Duque á recobrar los pueblos que le habian tomado sus enemigos.

Mas tambien este segundo protegido trató de deshacerse de ellos, lo cual le costó el que, volviéndose contra él, fuera echado de su ducado, el cual y el de Neupatria pasaron de esta manera al dominio de Sicilia y de aquí al de Aragon.

Tales fueron los principales hechos de aquella famosa expedicion de catalanes y aragoneses, digno episodio de la especial historia de Aragon, y el cual há poco tiempo uno de nuestros poetas ha llevado al teatro con ménos acierto del que tan elevado asunto se merece y prometia.

Discordias entre D. Jaime y los ricos hombres.—Por su parte D. Jaime II, despues de restituirse, como hemos dicho, á Aragon, vió su reino tranquilo por algun tiempo, durante el cual repuso el erario y fomentó las ciencias, fundando la universidad de Lérida (1300). Mas esta tranquilidad fué luégo turbada por varios ricos-hombres, quienes, con pretexto de reclamarle ciertas cantidades que les debia, formaron una liga contra el Rey (1301), el cual, convocadas Córtes en Za-

ragoza para que decidieran en la cuestion, tuvo la satisfaccion de que el Justicia, oida una y otra parte, sentenciase en su favor, facultándole para que impusiera á cada uno la pena correspondiente.

Segundo matrimonio de D. Jaime.—Algunos años despues (1311), D. Jaime II, viudo de doña Blanca de Nápoles, casó en segundas nupcias con María de Lusiñan, hermana de Enrique, rey de Chipre, y heredera de este reino.

Conquista de Córcega y Cerdeña.—Ya hemos visto en la historia de Castilla los sucesos de Aragon relacionados con ésta, como su cooperacion en el sitio de Algeciras, etc. Posteriormente á éstos, como ya ántes habia tratado D. Jaime, mandó una fuerte expedicion contra las islas de Córcega y Cerdeña, de las cuales se apoderó (1324), no obstante la grande resistencia de los pisanos.

Fin de D. Jaime II.—Ultimamente, despues de una reunion de Córtes en Zaragoza (1325), en las cuales confirmó el antiguo privilegio general y dictó otras medidas, como la prohibicion del tormento ó tortura, murió llorado de todos en Barcelona, á los sesenta y seis años de edad (1327).

Fundacion de la órden militar de Montesa (1317).—Abolida la órden de los Templarios, y reducidos los que se conservaban en Aragon, Jaime II fundó en su lugar, y dotándola con los bienes de éstos, la órden militar de *Montesa*, la cual aprobó el papa Juan XXII.

ALFONSO IV.—Rebellion de la isla de Cerdeña.—Sucedio á D. Jaime II su hijo Alfonso IV, el *Benigno*, cuyo corto reinado sólo ofrece, en el exterior, la rebellion de la isla de Cerdeña, promovida por los genoveses, y la guerra marítima sostenida con este motivo entre aquéllos y los catalanes.

Discordias en la familia real.—En el interior, su historia se halla reducida á las disensiones entre los miembros de la misma familia real, promovidas por haber D. Alfonso, á instancias de su segunda esposa, doña Leonor de Castilla, hecho donacion de algunas ciudades en favor de D. Fernando, hijo habido en ésta. Aunque D. Alfonso, cediendo á la oposicion de los valencianos, revocó tales donaciones, la Reina insistia en hacerlas valer, pero la desbarató siempre sus planes D. Pedro, hijo primogénito de D. Alfonso, quien, al fin, por muerte de éste (1336), le heredó, sin desmembracion alguna de sus estados.

LECCION XLV.

CASTILLA.

ALFONSO XI.—MINORÍA DEL REY: TURBULENCIAS: GUERRA CON GRANADA.
 —ANARQUÍA EN EL REINO: MAYORÍA DEL REY.—NUEVAS TURBULENCIAS.
 —GUERRAS CIVILES EN CASTILLA.—NUEVA INVASION DE AFRICANOS.—
 BATALLA DEL SALADO: CONQUISTA DE ALGECIBAS.—CÓRTEZ Y ORDENA-
 MIENTO DE ALCALÁ.—FIN DE ALFONSO XI.

ALFONSO XI.—Minoría del Rey: turbulencias: Guerra con Granada.—Sucedió á D. Fernando IV su hijo Alfonso XI, de un año de edad. Pronto, no obstante los cuidados de su abuela doña María de Molina, comenzaron á suscitarse cuestiones acerca de su tutela, dividiéndose el reino en bandos y parcialidades, cuyas guerras no impidieron, sin embargo, que se volviera á las armas contra los moros, cuyo emir, Mu-ley Nasar, acababa de ser ecnadc del trono de Granada. Pocas ventajas tuvieron los cristianos, que al fin pidieron una tregua. En esta guerra murieron los dos infantes tutores del Rey, D. Pedro y D. Juan.

Anarquía en el reino: mayoría del Rey.—Las pretensiones que á la muerte de los dos infantes se siguieron á la tutoría del Rey produjeron una grande anarquía, que no pudo evitar la prudencia de doña María de Molina, y llegó á su colmo con la muerte de ésta, ocurrida en Valladolid (1321), despues de entregar el niño rey á los regidores y caballeros de esta ciudad, quienes le conservaron hasta que, en vista de aquel estado en que yacia el reino, fué reconocido en Cortes mayor de edad y se encargó del gobierno (1325).

Nuevas turbulencias.—Mas no por esto cesaron los disturbios y conspiraciones, promovidos por los mismos tutores, á quienes hubo de castigar D. Alfonso. Pero el repudio que éste hizo de su esposa doña Constanza (1327), hija del infante don Juan Manuel, y las mercedes que prodigaba á sus favoritos, produjeron nuevas rebeliones y turbulencias, de las cuales el Rey se fué desembarazando promoviendo en sus contrarios varios enlaces matrimoniales.

Vasallaje del rey moro de Granada.—No obstante estos

disturbios, el Rey había podido marchar contra los moros, á quienes tomó algunas plazas, como Olvera, Pruna, Ayamonte, etc., y volviendo ahora contra los de Granada, obligó á su Rey á reconocérsele vasallo y tributario, con cuyo hecho coincide la renuncia que de sus derechos al trono de Castilla hizo D. Alfonso de la Cerda.

Nuevas guerras civiles en Castilla. — Pero mientras la guerra se había vuelto á mover contra los moros, y, perdido Gibraltar (1333) por los cristianos, éstos ajustaban con ellos una tregua, no cesaban en el interior las contiendas civiles, promovidas por el infante D. Juan Manuel, D. Juan Nuñez de Lara y D. Alfonso de Haro, dando lugar á que el Rey se portára con ellos de una manera cruel y bárbara, como lo hizo con D. Juan de Haro, señor de los Cameros, á cuyo asesinato se siguió la sumision de D. Juan de Lara, señor de Vizcaya, siendo el que más resistió el infante D. Juan Manuel, quien, mediando el Rey de Aragon, al fin vino en un acomodamiento.

Nueva invasion de Africanos. — Ya hacía algun tiempo que el Rey mantenía relaciones ilícitas con doña Leonor de Guzman, las cuales ocasionaron una guerra con su suegro el de Portugal (1336), cuando el rey de Fez, Abul-Hassam, con ánimo de reducirla á las banderas del Islam, preparaba una grande invasion de Benimerines en la Península. Mas los monarcas españoles, en vista de la tempestad que á todos amenazaba, olvidando sus propias disensiones, se unen contra el enemigo comun, y saliendo al encuentro á los primeros ejércitos africanos, que á las órdenes de Abdelmelik, hijo de Abul-Hassam, habian desembarcado en Andalucía, les derrotaron, con muerte de su jefe (1339). Pero, distraido D. Alfonso con motivo de la rebelion y muerte del gran maestre de Alcántara, á quien se habia debido la anterior victoria, desembarcaron numeros ejércitos africanos, deseosos de vengar la muerte del hijo de Abul-Hassam; lo cual, y la muerte de los almirantes de las escuadras aragonesa y castellana, con la derrota de ésta en el Estrecho de Gibraltar, hacian presagiar la renovacion de los tiempos de Tarik.

Batalla del Salado y conquista de Algeciras. — Pero Alfonso, más grande que nunca á la vista del inminente peligro, unido con el monarca de Portugal, y auxiliado por el de Aragon, se preparó contra el numeroso ejército musulman, y llegando á las manos en las orillas del pequeño rio Salado, no lejos de Tarifa, los enemigos sufrieron una completa derrota,

semejante, por lo grande y su importancia, á las de Calatañazor y de las Navas (1340). El ejército cristiano era muy inferior al de los musulmanes, á quienes se habian unido tambien los moros de Granada. Cuatro años despues cayó tambien en poder de Alfonso la importante plaza de Algeciras, despues de un formidable sitio que duró veinte meses (1344).

Córtes y ordenamiento de Alcalá. — Fin de Alfonso XI. — Tomada la importante plaza de Algeciras, Alfonso proyectó la conquista de Gibraltar. Para obtener recursos reunió Córtes en Alcalá (1348), en cuya asamblea se hizo el célebre *Ordenamiento de Alcalá*, desde el cual las Partidas tuvieron fuerza legal. Alfonso, obtenidos recursos, planteó el bloqueo de Gibraltar; mas una epidemia que se declaró en el ejército no perdonó ni al mismo Rey, el cual murió el 26 de Marzo de 1350.

LECCION XLVI.

PEDRO EL CRUEL. — PRIMEROS SUCESOS DE SU REINADO. — CÓRTEES EN VALLADOLID. — VALIMIENTO DE LOS PADILLAS. — LIGA CONTRA DON PEDRO. — VENTAJAS DE LOS LIGADOS. — DISPERSION DE LA LIGA: VENGANZAS DE DON PEDRO. — GUERRA CON ARAGON. — CRUELES VENGANZAS DE DON PEDRO. — NUEVAS CRUELDADES DE DON PEDRO. — ES VENCIDO POR MAR Y TIERRA: NUEVAS CRUELDADES DE DON PEDRO. — DERROTA DE LOS ARAGONESES. — CONTINUÁN LAS CRUELDADES DE DON PEDRO. — FIN DE LA GUERRA CON ARAGON. — GUERRA CON GRANADA. — DOÑA MARÍA DE PADILLA RECONOCIDA REINA. — RENUÉVASE LA GUERRA CON ARAGON. — BELTRAN DUQUESCLIN. — DON ENRIQUE CORONADO REY. — DON PEDRO RESTITUIDO AL TRONO. — RETIRADA DEL PRÍNCIPE NEGRO. — CONDUCE A DON PEDRO Y SUS CONSECUENCIAS. — VUELVE DON ENRIQUE CONTRA DON PEDRO. — FIN DE ÉSTE.

Primeros sucesos de su reinado. — Sucedió á Alfonso XI su hijo D. Pedro, habido en doña María de Portugal (1350). Tanto la madre como el hijo dieron muestras de dureza desde un principio; aquélla, haciendo morir trágicamente á su rival doña Leonor de Guzman, y D. Pedro, haciendo dar una muerte cruel á D. Garcilaso de la Vega por ser parcial de don Juan de Lara, á quien algunos designaban como sucesor del

Rey en la grave enfermedad que éste acababa de sufrir. — Con la muerte de D. Juan de Lara, seguida luego de la de su hijo, toda Vizcaya y las tierras del señorío de los Laras quedaron incorporadas á la corona de Castilla.

Córtes en Valladolid. — En estas Córtes, celebradas en 1351, se hizo un *Ordenamiento de menestrales*, se revisó y confirmó el de Alcalá, se trató de la organización de las *behetrías* y se dictaron varias disposiciones, encaminadas al fomento de la industria, del comercio interior, de los bosques y plantíos, al mejoramiento de la clase proletaria, etc.

Valimiento de los Padillas. — Desde ahora, sometido don Enrique de Trastámara, hermano bastardo del Rey, que habia intentado rebelarse en Asturias, y castigado D. Alfonso Fernandez Coronel, que se habia sublevado en su villa de Aguilar, entramos en aquella larga tragedia del reinado de D. Pedro, la cual, iniciada por sus funestos amores con doña María de Padilla, despues de una serie no interrumpida de agitaciones, guerras y asesinatos, horrores y desastres, ha de tener por desenlace un fratricidio y cambio de dinastía. En efecto, prendado D. Pedro de la jóven Padilla (tal vez por los manejos de D. Alfonso de Albuquerque, su favorito), prodigó todos los cargos de su casa y del reino en individuos de la familia de ésta, la cual habia reemplazado en el favor del Rey á D. Alfonso de Albuquerque, contra lo que, probablemente, habia éste calculado. Y aunque D. Pedro casó con doña Blanca de Francia, abandonó muy pronto á ésta, y continuando sus relaciones, no interrumpidas, con la Padilla, Albuquerque huyó á Portugal (1353).

Liga contra D. Pedro. — Pero uniéndosele los hijos de la Guzman, á pesar de que tambien gozaban de algun favor del Rey, conspiraron juntos contra éste, para proclamar á D. Pedro de Portugal. No podian los conspiradores elegir mejor ocasion, pues el nuevo matrimonio del Rey, no obstante vivir doña Blanca, con doña Juana de Castro, á quien tambien abandonó, le enajenó muchas voluntades y suscitó no ménos enemigos. Toledo y muchas otras ciudades se levantaron en favor de doña Blanca, formándose una fuerte liga, en la cual entraban Albuquerque, D. Enrique de Trastámara, sus hermanos D. Tello y D. Fadrique, D. Fernando de Castro, hermano de doña Juana, la última abandonada, y otros.

Ventajas de los ligados. — Aunque el Rey, ayudado por sus primos los infantes de Aragon, trató de hacer frente á esta

coalicion : abandonado luégo de aquéllos, prometió ceder á sus proposiciones, que se reducian á que volviera á hacer vida con doña Blanca y depusiera de sus empleos á los Padillas. Pero como sus hechos desmentieran estas promesas, reunidos los de la liga en Toro, y obligado á comparecer allí el Rey, se le apoderaron de los sellos, repartiéndose entre sí todos los empleos.

Dispersion de la liga : venganzas de D. Pedro. — Mas aunque parecia acabar aquí la escena, como las miras de los ligados no se fijaban tanto en la libertad de doña Blanca como en la ruina de los Padillas y posesion de sus empleos, conociéndolo así el Rey, aunque cautivo, ganó á algunos de ellos con promesas de empleos, y libre de su cautiverio, hizo sentir su venganza sobre los restantes con grandes ejecuciones en Toledo y en Toro. Algunos, con D. Enrique de Trastamara, huyeron á Francia. La reina madre, doña María, conducida á Portugal, murió envenenada.

Guerra con Aragon (1356). — El apresamiento de dos embarcaciones florentinas que, creyéndolas genovesas, hicieron los aragoneses en Sanlúcar de Barrameda, presenciándolo el Rey de Castilla, fué causa de que se emprendiera una guerra entre D. Pedro de Castilla y D. Pedro IV de Aragon. Este llamó, prometiéndole estados en su reino, á D. [Enrique de Trastamara, quien acudió con una pequeña hueste de castellanos, miéntras su hermano D. Pedro de Castilla, con un valor digno de mejor causa, iba tomando castillos en Aragon, hasta que, por mediacion del legado del Papa, ajustaron una tregua (1357).

Cruels venganzas de D. Pedro. — Empleando esta tregua el Rey de Castilla en satisfacer sus rencores sobre los que habian formado la liga anterior, y guiado de los más sutiles antojos, por todas partes cayeron víctimas á los golpes de su furor, é inaugurada aquella escena con el asesinato de su hermano D. Fadrique, sufrió la misma suerte el infante D. Juan de Aragon, delante del Rey, en Bilbao, adonde le habia éste llamado con la promesa de darle el señorío de Vizcaya, prévia la muerte meditada de su poseedor D. Tello, hermano del Rey, que se fugó á tiempo. La esposa de D. Juan doña Isabel de Lara y la reina doña Leonor su madre, fueron reducidas á prision y embargados sus bienes. Mas no paró aquí tan sangrienta escena, y las cabezas de seis caballeros castellanos, segadas de su órden en varios puntos del reino, fueron presentadas en Búrgos á este tigre real, á quien algunos tienen el cinismo de lla-

mar rey justiciero y piadoso. Y no parece hubieran cesado las matanzas, si afortunadamente D. Enrique, sabedor de la muerte de sus hermanos, no hubiera roto la tregua ajustada y distraído nuevamente con la guerra al asesino.

Nuevas crueldades de D. Pedro. — Continuaba la guerra (1358), que amenazaba ser la más desastrosa, cuando, á instancia de un legado del Papa, ambos monarcas entraron en negociaciones, durante las cuales el cruel castellano desahogó su furor, haciendo dar muerte á su tia la reina doña Leonor, á doña Juna de Lara, esposa de D. Tello y cuñada suya, á la reina doña Blanca y á doña Isabel de Lara, esposa de D. Juan; estas últimas dicen que envenenadas de orden suya.

Es vencido en mar y tierra. — Nuevas crueldades. — Poco despues de haber huido la escuadra castellana ante la actitud de la aragonesa en el Mediterráneo, fueron tambien las tropas de D. Pedro derrotadas en los campos de Araviana (1359) por sus hermanos D. Enrique y D. Tello, en union con los ricos-hombres de la familia de los Lunas de Aragon (aquí murió don Francisco de Hinestrosa). Encolerizado el Rey, sació su ira haciendo dar muerte á los dos inocentes jóvenes hermanos suyos, hijos de la Guzman, D. Juan y D. Pedro, á quienes tenía presos en Carmona, y á otros varios caballeros en quienes suponía traicion. Tambien fué ejecutado el Arcediano de Valladolid.

Derrota de los aragoneses en Castilla. — Engruesado el partido del de Aragn con los emigrados que huían aterrorizados por las crueldades de D. Pedro, D. Enrique y los aragoneses entraron en Castilla y se apoderaron de Haro y Nájera (1360); pero partiendo de Búrgos con respetables fuerzas el Castellano, fueron derrotados á su vez, pudiendo á duras penas restituirse á Aragon.

Continúan las crueldades de D. Pedro. — D. Pedro, como descansando de la guerra, hizo nuevamente sentir su dura venganza, ya en algunos caballeros extraídos de Portugal, ya en D. Gutierre Fernandez de Toledo, su repostero mayor, uno de sus mejores servidores, sin que escapára de su incalificable saña ni el judío Samuel Levi, su consejero íntimo y camarero mayor, quien fué martirizado en Sevilla.

Concluye la guerra con Aragon: continúan las crueldades. — Despues de esta alternativa acostumbrada, el Rey de Castilla volvió á la guerra con Aragon (1361), cuando, nunca cesando en sus instancias, el legado del Papa logró (acaso más

porque amenazaba á Castilla la guerra de Granada) que ambos monarcas ajustáran la paz, debiendo el Aragonés expulsar de sus estados á D. Enrique. Pero funesta como siempre esta tregua para los castellanos, descargó ahora la ira del Rey sobre la inocente y piadosa reina doña Blanca, á quien, ya tiempo presa, hizo asesinar en Medina-Sidonia, acabando así esta señora, jóven de veinticinco años, despues de tanto tiempo de resignado sufrimiento.

Guerra con Granada.— Durante estas trágicas escenas habia sido destronado el rey moro de Granada, Mohamed V, y reemplazado por Abú-Laid, quien, al parecer, trataba de hacer la guerra á D. Pedro. Éste acudió en socorro de Mohamed V, y aunque los cristianos sufrieron una derrota, cambiada la suerte del usurpador, se echó éste en brazos de D. Pedro, quien, no obstante la generosidad con que ya ántes le habia devuelto los prisioneros, despues de recibirle en Sevilla con la mayor cordialidad, le hizo matar traidoramente, con los demas caballeros moros que le acompañaban. El destronado Mohamed se restituyó al trono.

Doña María de Padilla, reconocida reina.— Ya ántes de estos últimos sucesos habia muerto la Padilla, de ninguno odiada, y llorada por D. Pedro, quien hizo ahora declarar en Córtes reunidas en Sevilla, que su matrimonio con doña Blanca era nulo por estar ántes casado con aquélla. En su virtud, muerto luégo su hijo D. Alfonso, hizo declarar herederas por órden de primogenitura á sus tres hijas, todas de la Padilla.

Renuévase la guerra con Aragon.— Desembarazado de la guerra de Granada, y pactada amistad con el rey Cárlos el Malo de Navarra, D. Pedro rompió otra vez la guerra con Aragon, y auxiliado por los reyes de Portugal y de Granada, llegó á amenazar á la misma Zaragoza (1362). Apurado D. Pedro de Aragon, á la sazón ocupado en la guerra de Cerdeña, hizo un tratado de amistad con Francia, y llamó á D. Enrique, expulsado desde la paz ántes celebrada, quien (ya concebida la idea de suceder á su hermano en el trono de Castilla), acudiendo con una hueste castellana, ajustó con el Aragonés un tratado, en cuya virtud le ofrecia parte del territorio que conquistára.— En vista de estos convenios y de las tropas reunidas en Zaragoza, el Castellano tomó el camino de Valencia, á cuyos muros llegó, siguiéndole el Rey de Aragon y D. Enrique, cuando otra vez la intervencion del Legado del

Papa, que nunca cesaba de exhortarlos á la conciliacion, logró que se ajustára la paz (1363), la cual, negándose el Castellano á cumplir las condiciones en ella estipuladas, volvió á romperse, prolongándose, con variedad de fortuna, la guerra por dos años.

Beltran Duguesclin.— Tal era el estado de las cosas, cuando D. Pedro de Aragon y D. Enrique negociaron con Beltran Duguesclin, caballero breton, muy célebre en su tiempo, el auxilio de las *compañías blancas*, especie de milicia mercenaria, que, en número de unos treinta mil hombres, vagaba por Francia desde que ésta habia ajustado la paz con Inglaterra. Penetrando con esta tropa en España Beltran Duguesclin, acompañado tambien de varios caballeros franceses, deseosos de vengar la muerte de doña Blanca, se apoderó de Calahorra, donde fué D. Enrique proclamado rey.

Don Enrique coronado rey.— Aterrado con tan inesperados sucesos D. Pedro, á la sazón en Búrgos, partió de aquí para Toledo y Sevilla. Entre tanto D. Enrique se hacía coronar solemnemente en Búrgos, dispensando mercedes á manos llenas en todas partes, y siguiendo luego el mismo camino que D. Pedro, llegó á Toledo, donde fué tambien recibido. De todas partes acudían nobles y caballeros á prestarle homenaje y reconocimiento, como á su rey y señor, al paso que Don Pedro era de todos abandonado.— Continuando D. Enrique su camino á Sevilla, tambien ésta le abrió sus puertas, huyendo ántes D. Pedro. Dueño del trono D. Enrique reunió Cortes en Búrgos, las cuales proclamaron heredero á su hijo D. Juan, y le votaron subsidios para la guerra que preparaba D. Pedro.

Don Pedro restituido en el trono.— En efecto, Don Pedro, que no cedia, ni mucho ménos, á su desgracia, habia pasado por el Portugal (á cuyo rey prometió su hija como heredera del reino) á Galicia, país que le era adicto, desde donde, despues de hacer dar muerte al Arzobispo y Dean de Santiago, se embarcó para Bayona, ciudad perteneciente á Inglaterra.— Recibido benévolamente aquí por el Príncipe Negro (hijo de Eduardo III de Inglaterra), venía con un ejército á España, acompañado del mismo príncipe, y encontrándose con D. Enrique en los campos de Nájera, tuvo lugar una terrible batalla, que, no obstante el valor de los castellanos, quedó por el príncipe Negro y D. Pedro. Don Enrique huyó, no sin apuros, por Aragon á Francia.

Retirada del príncipe Negro.— Al mismo tiempo don

Pedro y el Príncipe Negro, señalados ambos ántes y despues de la batalla, aquel por su habitual crueldad, y éste por su nunca desmentida caballerosidad é indulgencia con los vencidos, se internaron hasta Búrgos, no sin muestras de desacuerdo, así por el opuesto carácter que los distinguia, como por la morosidad de D. Pedro en el cumplimiento de las promesas y la paga de las tropas: esto fué causa de que el Príncipe Negro se marchára, maldiciendo del falso carácter de su protegido, que de aquella manera le pagaba su reposicion en el trono.

Conducta de D. Pedro, y sus consecuencias.—Entre tanto D. Pedro, despues de entrar en Toledo y Córdoba, llegó á Sevilla, haciendo sentir su cruel venganza en todos los puntos por donde pasaba; cuya conducta, y su desacuerdo con el Príncipe Negro, hicieron que los descontentos aumentáran diariamente, y que muchos, huyendo de su furor (pues nada le habian humanizado todos estos sucesos), se marcháran á D. Enrique, el cual, bien recibido por el Rey de Francia y por el Papa, hacía nuevos preparativos para volver contra su hermano.

Vuelve D. Enrique contra D. Pedro.—En efecto, alentado D. Enrique con la retirada del Príncipe Negro, y por las ciudades y provincias que se decidian por él, penetró (1367) en España con algunos auxilios que le prestó el Rey de Francia, y pasando por Aragon y Navarra, llegó á Calahorra, donde, recibido con tanto entusiasmo como la vez primera, se le unieron varios de los que habian peleado en Nájera, y en solos cuatro meses ya sólo obedecian á su hermano parte de Murcia, Andalucía y de Galicia. Córdoba tambien estaba por D. Enrique.

Fin de D. Pedro.—En tan crítica situacion, D. Pedro pidió socorros al rey moro de Granada, quien, dicen, le aprestó hasta treinta mil hombres, con los cuales puso sitio á Córdoba, que no pudo tomar. Por su parte, D. Enrique, miéntras el Rey de Granada se retiraba á sus estados, tenía puesto sitio á Toledo, la cual resistia ya más de diez meses (1368), cuando, viniendo D. Pedro en su auxilio, le salió D. Enrique al encuentro, y trabada la batalla en las cercanías de Montiel, fué obligado D. Pedro á encerrarse en este castillo. Estaba en él estrechamente cercado por D. Enrique, cuando una negra y fea traicion hizo que saliera una noche á la tienda de Duguesclin, buscando el medio de fugarse, segun éste le habia prometido, y llegando aquí D. Enrique, murió en lucha personal con es-

te (1369), á los treinta y cinco años de edad y diez y nueve de su turbulento reinado.

Hemos seguido en la historia de este reinado á D. Modesto Lafuente, quien ha basado la suya en la Crónica de Pedro Lopez de Ayala. Este ilustre escritor fué testigo de los hechos, pues sirvió siempre al lado de D. Pedro hasta el año 1366, en que éste pasó á Francia en busca de auxilio extranjero. Además de la Crónica de D. Pedro, Ayala escribió también las de Enrique II, Juan I y parte de la de Enrique III, pues hasta éste alcanzó su larga vida. Hombre de grande erudicion y sano consejo, aventajó como historiador á todos los de su tiempo en Europa. No es extraño, por lo mismo, que tanto nuestros historiadores, que merecen el nombre de tales, como los extranjeros, hayan venido á parar á esta autoridad que califican, y con sobrada razon, de *indestructible*, por cuanto, aparte de lo que de suyo se merece el Cronista sin más que ser leido, todos los testigos oculares é inmediatos al reinado de D. Pedro, hablan de éste de la misma suerte y con mucha más aspereza que Lopez de Ayala. Sentimos que la naturaleza de este libro no nos permita copiar algunas frases, siquiera de las más importantes de ellos, como de *Juan Froissart*, historiador contemporáneo, en su Crónica de Beltran Duguesclin; *Mateo Villani*, de Florencia, el padre de la historia italiana en el siglo XIV; *Pedro Gomez Alvarez de Albornoz*, nombrado en 1372 arzobispo de Sevilla; *Aben Haldun*, escritor árabe del mismo siglo; *El Despensero mayor* de la reina doña Leonor, mujer de D. Juan I de Castilla, que escribió el *Sumario de los reyes de España*; *Berenguer de Puig Pardinas*, escritor lemosin del primer tercio del siglo XV, quien dice que al morir D. Pedro *se alegró toda la tierra*; *Gutierrez Diaz de Games*, autor de la Crónica de D. Pedro Niño, en la época de Enrique III; el obispo *D. Rodrigo Sanchez*, que floreció en los dos primeros tercios del siglo XV y escribió su *Historia de España*, etc. Todos éstos se explican sobre D. Pedro I en tales términos, que Ayala aparece sumamente templado; por lo cual, y ser al mismo tiempo Ayala más sañoso contra los hermanos bastardos de D. Pedro que contra éste, cae por tierra la infundada vulgaridad que supone á este célebre escritor entre los cronistas asalariados por los reyes para escribir su Historia en són de panegirico.

Además de los mencionados historiadores coetáneos ó inmediatos, tan concordantes en representar á D. Pedro horriblemente cruel, tal como se desprende de la narracion histórica de Ayala, convienen en la misma idea y en el propio juicio todos los escritores posteriores que han alcanzado mayor reputacion literaria, tales como *Mariana*, *Zurita*, *Flores*, *Ferrers*, *Zúñiga*, *Colmenares*, *Ortiz y Sans* y otros muchos, y recientemente el frances *Prosper Merimée*, quien, no obstante parecer desear sacar á salvo á aquel monarca, concluye por admitir y aceptar los hechos tales como los refiere el cronista Ayala. Por último, *Romey y Saint-Hilaire* se explican con la misma dureza que nuestros historiadores coetáneos á los hechos ántes citados. No les cede en nada el inglés *Dunan*, con quien por fin dirémos, «que la critica se ve obligada á admitir por bueno y veraz el testimonio de Ayala.»

Ademas, están en favor de Ayala el testimonio de los Papas, que tan severamente reprendieron su inmoral conducta, y los cuadernos de Córtes publicados por la Real Academia de la Historia, así como los documentos originales que se conservan en el Archivo de Aragón.

Por otra parte, si pasamos á estudiar los escritores en favor de Pedro, empeñados en cambiarle el sobrenombre de *cruel* por el de *justiciero*, ¡qué de frivolidades no vemos en éstos! Es el primero de ellos *Pedro Gratia Dei*, rey de armas de D. Fernando V y Doña Isabel I, quien supone fingida la Crónica de Ayala, y verdadera una de D. Juan de Castro, obispo de Jaen, cuya Crónica nadie hasta hoy ha visto.

Son escritores en el mismo sentido *D. Francisco* y *D. Diego de Castilla*, quienes en el siglo XVI se hicieron eco de la voz de *Gratia Dei*, pero con tan poca fortuna, que de sus relatos se deduce que D. Alfonso XI tuvo ya hijos á los cinco años de edad.— Sigue á éstos en el siglo XVII el *Conde de la Roca*, que escribió su obra *El Rey D. Pedro defendido*, en la cual no niega los hechos en cuestion de este Rey, sino que trata de atenuar su malicia, suponiéndole *necesitado* á cometerlos. Viene luego *Salazar y Mendoza*, quien en su *Monarquía de España*, despues de juzgar á D. Pedro I de la manera que lo hace *Gratia Dei*, añade que «aun cuando el Rey hubiera sido tan perverso, como algunos le han hecho,..... deben callarse estos defectos por su dignidad.»

Es el último escritor en el mismo sentido en el siglo XVIII *D. José Ledo del Pozo*, catedrático de la Universidad de Valladolid, quien en su *Apología de D. Pedro* lo ensalza tanto que, con mucho ménos, pudiera ser puesto en los altares, sin tener en cuenta que *argumentum nimis probans nihil probat*.

En cuanto á las tradiciones vulgares que de D. Pedro de Castilla se cuentan, y que son el único fundamento en que se apoyan los que en nuestros mismos dias, parece, sólo por espíritu de contradicción, se empeñan en sustituir el sobrenombre que lleva, sólo dirémos con el Sr. Ferrer del Rio, «que si lances de esta especie dieran popularidad á un monarca, sería muy semejante á la que gozan entre la hez del pueblo Francisco Estéban y Jaime el Barbudo (1).

(1) V. D. Modesto Lafuente, en la conclusion de la *Historia de Don Pedro de Castilla*, y D. Antonio Ferrer del Rio, en su *Exámen crítico* del mismo reinado, obra premiada por la Academia.

En los dos últimos cursos del Ateneo Científico y Literario de Madrid, hemos visto anunciadas conferencias sobre *Historia crítica del reinado de D. Pedro de Castilla*, por el Sr. Tubino; más ni en uno ni en otro curso hemos tenido el gusto de oirle, pues no ha hecho más que iniciarlás, y lo hemos sentido, pues, al parecer, trataba de vindicarlo. Dice el mismo Sr. Tubino que en el archivo de Ortés (departamento de Pau) hay documentos interesantes y desconocidos, que dan mucha luz sobre el reinado en cuestion. No hemos tenido ocasion de consultarlos, si bien para otra edicion prometemos hacerlo.